ANTHONY BURGESS

LA NARANJA MECÁNICA



Anthony Burgess fue un famoso escritor y compositor británico cuya obra más famosa fue la novela La naranja mecánica publicada en 1962. La historia está inspirada por un incidente vivido por el autor durante la Segunda Guerra Mundial, cuando él y su mujer fueron asaltados en 1944, siendo la esposa del propio Burgess víctima de robo y violación por parte de cuatro soldados estadounidenses en las calles londinenses. Dado que se encontraba embarazada, la paliza le provocó un aborto. El libro trata sobre la libre voluntad y la moral, y la manipulación de los individuos por fuerzas como los sistemas políticos, la represión, y como estas conllevan a la corrupción del ser humano.

La naranja mecánica cuenta la historia del nadsat-adolescente Alex y sus tres drugosamigos en un mundo de crueldad y destrucción. Alex tiene los principales atributos humanos: amor a la agresión, amor al lenguaje, amor a la belleza. Pero es joven y no ha entendido aún la verdadera importancia de la libertad, la que disfruta de un modo violento. En cierto sentido vive en el edén, y sólo cuando cae, como en verdad le ocurre, desde una ventana, parece capaz de llegar a transformarse en un verdadero ser humano.

Esta novela fue llevada al cine en 1971, de la mano del director Stanley Kubrick, en un polémico film protagonizado por Malcolm McDowell, que le dió vida al carismático y psicopático delincuente Alex De Large.

Anthony Burgess

La naranja mecánica

INTRODUCCIÓN

(Se recomienda consultar durante la lectura el Glosario de términos nadsat en español, inserto al final del libro.)

La naranja mecánica exprimida de nuevo

Publiqué la novela *A Clockwork Orange* en 1962, lapso que debería haber bastado para borrarla de la memoria literaria del mundo. Sin embargo se resiste a ser borrada, y de esto la versión cinematográfica de Stanley Kubrick es la principal responsable. De buena gana la repudiaría por diferentes razones, pero eso no está permitido. Recibo cartas de estudiantes que tratan de escribir tesis sobre la novela, o peticiones de dramaturgos japoneses para convertirla en una suerte de obra de teatro noh. Así pues, es altamente probable que sobreviva, mientras que otras obras mías que valoro más muerden el polvo. Esta no es una experiencia inusual para los artistas. Rachmaninoff solía lamentarse de que se le conociera principalmente por un Preludio en Do menor sostenido que compuso en la adolescencia, mientras que sus obras de madurez no entraban nunca en los programas. Los niños afilan sus dientes pianísticos en un Minueto en Sol que Beethoven compuso sólo para poder detestarlo. Tendré que seguir viviendo con *La naranja mecánica*, y eso significa que me liga a ella un cierto deber de autor. Tengo un deber muy especial hacia ella en los Estados Unidos, y será mejor que explique en qué consiste.

Expondré la situación sin rodeos. *La naranja mecánica* nunca ha sido publicada completa en Norteamérica. El libro que escribí está dividido en tres partes de siete capítulos cada una. Recurra a su calculadora de bolsillo y descubrirá que eso hace un total de veintiún capítulos. 21 es el símbolo de la madurez humana, o lo era, puesto que a los 21 tenías derecho a votar y asumías las responsabilidades de un adulto. Fuera cual fuese su simbología, el caso es que 21 fue el número con el que empecé. A los novelistas de mi cuerda les interesa la llamada numerología, es decir que los números tienen que significar algo para los humanos cuando éstos los utilizan. El número de capítulos nunca es del todo arbitrario. Del mismo modo que un compositor musical trabaja a partir de una vaga imagen de magnitud y duración, el novelista parte con una imagen de extensión, y esa imagen se expresa en el número de partes y capítulos en los que se dispondrá la obra. Esos veintiún capítulos eran importantes para mí.

Pero no lo eran para mi editor de Nueva York. El libro que publicó sólo tenía veinte capítulos. Insistió en eliminar el veintiuno. Naturalmente, yo podía haberme opuesto y llevar mi libro a otra parte, pero se consideraba que él estaba siendo caritativo al aceptar mi trabajo y que cualquier otro editor de Nueva York

o Boston rechazaría el manuscrito sin contemplaciones. En 1961 necesitaba dinero, aun la miseria que me ofrecían como anticipo, y si la condición para que aceptasen el libro significaba también su truncamiento, que así fuera. Por tanto hay una profunda diferencia entre *La naranja mecánica* que es conocida en Gran Bretaña y el volumen algo más delgado que lleva el mismo título en los Estados Unidos de América.

Sigamos adelante. El resto del mundo recibió sus ejemplares a través de Gran Bretaña, y por eso la mayoría de las versiones (ciertamente las traducciones francesa, italiana, rusa, hebrea, rumana y alemana) tienen los veintiún capítulos originales. Ahora bien, cuando Stanley Kubrick rodó su película, aunque lo hizo en Inglaterra, siguió la versión norteamericana, y al público fuera de los Estados Unidos le pareció que la historia acababa algo prematuramente. No es que los espectadores exigieran la devolución de su dinero, pero se preguntaban por qué Kubrick había suprimido el desenlace. Muchos me escribieron a propósito de eso; la verdad es que me he pasado buena parte de mi vida haciendo declaraciones xerográficas, de intención y de frustración de intención, mientras que Kubrick y mi editor de Nueva York gozaban tranquilamente de la recompensa por su mala conducta. La vida, por supuesto, es terrible.

¿Qué ocurría en ese vigésimo primer capítulo? Ahora tienen la oportunidad de averiguarlo. En resumen, mi joven criminal protagonista crece unos años. La violencia acaba por aburrirlo y reconoce que es mejor emplear la energía humana en la creación que en la destrucción. La violencia sin sentido es una prerrogativa de la juventud; rebosa energía pero le falta talento constructivo. Su dinamismo se ve forzado a manifestarse destrozando cabinas telefónicas, descarrilando trenes, robando coches y luego estrellándolos y, por supuesto, en la mucho más satisfactoria actividad de destruir seres humanos. Sin embargo, llega un momento en que la violencia se convierte en algo juvenil y aburrido. Es la réplica de los estúpidos y los ignorantes. Mi joven rufián siente de pronto, como una revelación, la necesidad de hacer algo en la vida, casarse, engendrar hijos, mantener la naranja del mundo girando en las rucas de Bogo, o manos de Dios, y quizás incluso crear algo, música por ejemplo. Después de todo Mozart y Mendelssohn compusieron una música celestial en la adolescencia o nadsat, mientras que lo único que hacía mi héroe era rasrecear y el viejo unodós-unodós. Es con una especie de vergüenza que este joven que está creciendo mira ese pasado de destrucción. Desea un futuro distinto.

En el vigésimo capítulo no hay ningún indicio de este cambio. El chico es condicionado y luego descondicionado y contempla con júbilo la recuperación de una voluntad libre y violenta. «Sí, yo ya estaba curado», dice, y así concluyen el libro norteamericano y la película. El capítulo veintiuno concede a la novela una cualidad de ficción genuina, un arte asentado sobre el principio de que los seres humanos cambian. De hecho, no tiene demasiado sentido escribir

una novela a menos que pueda mostrarse la posibilidad de una transformación moral o un aumento de sabiduría que opera en el personaje o personajes principales. Incluso los malos bestsellers muestran a la gente cambiando. Cuando una obra de ficción no consigue mostrar el cambio, cuando sólo muestra el carácter humano como algo rígido, pétreo, impenitente, abandona el campo de la novela y entra en la fábula o la alegoría. La *Naranja* norteamericana o de Kubrick es una fábula; la británica o mundial es una novela.

Pero mi editor de Nueva York veía mi vigésimo primer capítulo como una traición. Era muy británico, blando, y mostraba una renuencia pelagiana a aceptar que el ser humano podía ser un modelo de maldad impenitente. Venía a decir que los norteamericanos eran más fuertes que los británicos y no temían enfrentarse a la realidad. Pronto se verían enfrentados a ella en Vietnam. Mi libro era kennediano y aceptaba la noción de progreso moral. Lo que en realidad se quería era un libro nixoniano sin un hilo de optimismo. Dejemos que la maldad se pavonee en la página y hasta la última línea y se ría de todas las creencias heredadas, judía, cristiana, musulmana o cualquier otra, y de que los humanos pueden llegar a ser mejores. Un libro así sería sensacional, y lo es.

Pero no creo que sea una imagen justa de la vida humana.

Y no lo creo porque, por definición, el ser humano está dotado de libre albedrío, y puede elegir entre el bien y el mal. Si sólo puede actuar bien o sólo puede actuar mal, no será más que una naranja mecánica, lo que quiere decir que en apariencia será un hermoso organismo con color y zumo, pero de hecho no será más que un juguete mecánico al que Dios o el Diablo (o el Todopoderoso Estado, ya que está sustituyéndolos a los dos) le darán cuerda. Es tan inhumano ser totalmente bueno como totalmente malvado. Lo importante es la elección moral. La maldad tiene que existir junto a la bondad para que pueda darse esa elección moral. La vida se sostiene gracias a la enconada oposición de entidades morales. De eso hablan los noticiarios televisivos. Desgraciadamente hay en nosotros tanto pecado original que el mal nos parece atractivo. Destruir es más fácil y mucho más espectacular que crear. Nos gusta morirnos de miedo ante visiones de destrucción cósmica. Sentarse en una habitación oscura y componer la *Missa Solemnis* o la *Anatomía de la melancolía* no da pie a titulares ni a flashes informativos. Desgraciadamente mi pequeño libelo atrajo a muchos porque despedía los miasmas del pecado original como un cartón de huevos podridos.

Parece mojigato e ingenuo negar que mi intención al escribir la novela era excitar las peores inclinaciones de mis lectores. Mi saludable herencia de pecado original se exterioriza en el libro y disfruto violando y destruyendo por poderes. Es la cobardía innata del novelista, que delega en personajes imaginarios los pecados que él tiene la prudencia de no cometer. Pero el libro también guarda una lección moral, la tradicional repetición de la importancia de la elección moral. Es precisamente el hecho de que esa lección destaca tanto la que me hace

menospreciar a veces *La naranja mecánica* como una obra demasiado didáctica para ser artística. No es misión del novelista predicar, sino mostrar. Yo he mostrado suficiente, aunque a veces lo oculta la cortina de un idioma inventado; otro aspecto de mi cobardía. El nadsat, una versión rusificada del inglés, fue concebido para amortiguar la cruda respuesta que se espera de la pornografía. Convierte el libro en una aventura lingüística. La gente prefiere la película porque el lenguaje los asusta, y con razón.

No creo tener que recordar a los lectores el significado del título. Las naranjas mecánicas no existen, excepto en el habla de los viejos londinenses. La imagen era extraña, siempre aplicada a cosas extrañas. «Ser más raro que una naranja mecánica» quiere decir que se es extraño hasta el límite de lo extraño. En sus orígenes «raro» [*queer*] no denotaba homosexualidad, aunque «raro» era también el nombre que se daba a un miembro de la fraternidad invertida. Los europeos que tradujeron el título como *Arancia a Orologeria* o *Orange Mécanique* no alcanzaban a comprender su resonancia cockney y alguno pensó que se refería a una granada de mano, una piña explosiva más barata. Yo la uso para referirme a la aplicación de una moralidad mecánica a un organismo vivo que rebosa de jugo y dulzura.

Los lectores del capítulo veintiuno deben decidir por sí mismos si mejora el libro que presumiblemente conocen o realmente se trata de un miembro prescindible. Mi intención era que el libro concluyese de esta manera, pero tal vez mi juicio estético no era correcto. Los escritores raras veces son sus mejores críticos, y tampoco son críticos. *Quod scripsi scripsi*, dijo Poncio Pilatos cuando hizo a Jesucristo rey de los judíos. «Lo que he escrito, escrito está». Podemos destruir lo que hemos escrito, pero no podemos borrarlo. Con lo que el doctor Johnson llamaba fría indiferencia expondré lo escrito al juicio de ese 0,00000001 de la población norteamericana al que le importan esas cuestiones. Coman esta porción dulce o escúpanla. Son libres.

ANTHONY BURGESS
Noviembre de 1986

NOTA DEL EDITOR

La traducción castellana de *A Clockwork Orange* (Minotauro, Barcelona, 1976) es la versión completa de la edición inglesa publicada en 1972 por Penguin Books Ltd, Harmondsworth, Middlesex, England, y que incluye el "capítulo 21".

PRIMERA PARTE

1

—¿Y ahora qué pasa, eh?

Estábamos yo, Alex, y mis tres drugos, Pete, Georgie y el Lerdo, que realmente era lerdo, sentados en el bar lácteo *Korova*, exprimiéndonos los rasudoques y decidiendo qué podríamos hacer esa noche, en un invierno oscuro, helado y bastardo aunque seco. El bar lácteo *Korova* era un mesto donde servían leche-plus, y quizás ustedes, oh hermanos míos, han olvidado cómo eran esos mestos, pues las cosas cambian tan scorro en estos días, y todos olvidan tan rápido, aparte de que tampoco se leen mucho los diarios. Bueno, allí vendían leche con algo más. No tenían permiso para vender alcohol, pero en ese tiempo no había ninguna ley que prohibiese las nuevas vesches que acostumbraban meter en el viejo moloco, de modo que se podía pitearlo con velocet o synthemesco o drencrom o una o dos vesches más que te daban unos buenos, tranquilos y joroschós quince minutos admirando a Bogo y el Coro Celestial de Angeles y Santos en el zapato izquierdo, mientras las luces te estallaban en el mosco. O podías pitear leche con cuchillos como decíamos, que te avivaba y preparaba para una piojosa una-menos-veinte, y eso era lo que estábamos piteando la noche que empieza mi historia.

Teníamos los bolsillos llenos de dengo, de modo que no había verdadera necesidad de crastar un poco más, de tolchocar a algún anciano cheloveco en un callejón, y videarlo nadando en sangre mientras contábamos el botín y lo dividíamos por cuatro, ni de hacernos los ultraviolentos con alguna ptitsa tembleque, starria y canosa en una tienda, y salir smecando con las tripas de la caja. Pero como se dice, el dinero no es todo en la vida.

Los cuatro estábamos vestidos a la última moda, que en esos tiempos era un par de pantalones de malla negra muy ajustada, y el viejo molde de la jalea, como le decíamos entonces, bien apretado a la entrepierna, bajo la nalga, cosa de protegerlo, y además con una especie de dibujo que se podía videar bastante bien si le daba cierta luz; el mío era una araña, Pete tenía una ruca (es decir, una mano), Georgie una flor muy vistosa y el pobre y viejo Lerdo una cosa bastante fiera con un litso (quiero decir, una cara) de payaso, porque el Lerdo no tenía mucha idea de las cosas y era sin la más mínima duda el más obtuso de los cuatro. Además, llevábamos chaquetas cortas y ajustadas a la cintura, sin solapas, con esos hombros muy abultados (les decíamos plechos) que eran una especie de parodia de los verdaderos hombros anchos. Además, hermanos míos, usábamos esas corbatas de un blanco sucio que parecían de puré o cartófilos aplastados, como si les hubieran hecho una especie de dibujo con el tenedor. Llevábamos el pelo no demasiado largo, y calzábamos botas joroschós para patear.

—¿Y ahora qué pasa, eh?

Había tres débochcas juntas frente al mostrador, pero nosotros éramos cuatro málchicos, y en general aplicábamos lo de uno para todos y todos para uno. Las pollitas también estaban vestidas a la última moda, con pelucas púrpuras, verdes y anaranjadas en las golovás, y calculo que cada una les habría costado por lo menos tres o cuatro semanas de salario, y un maquillaje haciendo juego (arcoiris alrededor de los glasos y la rota pintada muy ancha). Llevaban vestidos largos y negros muy derechos, y en la parte de los grudos pequeñas insignias plateadas con los nombres de distintos málchicos. Joe, Mike y otros por el estilo. Seguramente los nombres de los diferentes málchicos con los que se habían toqueteado antes de los catorce. Miraban para nuestro lado, y estuve a punto de decir (por supuesto, torciendo la rota) que saliéramos a polear un poco, dejando solo al pobre y viejo Lerdo. Sería suficiente cuperarle un demi-litre de blanco, aunque esta vez con algo de synthemesco; pero la verdad es que no habría sido juego limpio. El Lerdo era muy fiero y tal cual su nombre, pero un peleador de la gran siete, de veras joroschó y un as de la bota.

—¿Y ahora qué pasa, eh?

El cheloveco que estaba sentado a mi lado —porque había esos asientos largos, de felpa, pegados a las tres paredes— tenía una expresión perdida, con los glasos vidriosos y mascullando slovos, como «De las insípidas obras de Aristóteles, que producen ciclámenes, brotan elegantes formaniníferos». Por supuesto, estaba en otro mundo, en órbita, y yo sabía cómo era eso, porque lo había probado como todos los demás, pero en ese momento me puse a pensar, oh hermanos, que era una vesche bastante cobarde. Te estabas ahí después de beber el moloco, y se te ocurría el meselo de que las cosas de alrededor pertenecían al pasado. Todo lo videabas clarísimo —las mesas, el estéreo, las luces, las niñas y los málchicos— pero era como una vesche que solía estar allí y ya no estaba. Y te quedabas hipnotizado por la bota, o el zapato o la uña de un dedo, según el caso, y al mismo tiempo era como si te agarraran del pescuezo y te sacudieran igual que a un gato. Te sacudían sin parar hasta vaciarte. Perdías el nombre y el cuerpo, y te perdías tú mismo, y esperabas hasta que la bota o la uña del dedo se te ponían amarillas, cada vez más amarillas. Después, las luces comenzaban a restallar como átomos, y la bota o la uña del dedo, o quizás una mota de polvo en los fundillos de los pantalones se convertían en un mesto enorme, grandísimo, más grande que el mundo, y ya te iban a presentar al viejo Bogo o Dios, y entonces todo concluía. Gimoteando volvías al presente, con la rota preparada para llorar a grito pelado. Todo muy lindo, pero muy cobarde. No hemos venido a esta tierra para estar en contacto con Dios. Esas cosas pueden liquidar toda la fuerza y la bondad de un cheloveco.

—¿Y ahora qué pasa, eh?

El estéreo funcionaba, y uno se hacía la idea de que la golosa del cantante volaba de una punta a la otra del bar, remontaba hasta el techo y volvía a caer y

zumbaba de pared a pared. Era Berti Laski aullando una antigualla realmente starria que se llamaba *Me levantas la pintura*. Una de las tres ptitsas del mostrador, la de la peluca verde, entraba y sacaba la barriga al compás de lo que llamaban música. Sentí que los cuchillos del viejo moloco empezaban a punzar, y que ya estaba preparado para un poco de la una-menos-veinte. Entonces grité: —¡Fuera fuera fuera fuera! —y al veco que estaba sentado junto a mí, en su propio mundo, le largué un alarido joroschó en el uco o la oreja, pero él no lo oyó y siguió con su « Quincalla telefónica y la faralipa se pone rataplanplanplan» . Se sentiría perfecto cuando volviera, bajando de las alturas.

—¿Adónde vamos? —dijo Georgie.

—A caminar un poco —le contesté— y a videar qué pasa, oh hermanitos míos.

Así que nos largamos a la gran noche invernal y descendimos por el bulevar Marghanita, y luego doblamos entrando en la avenida Boothby, y allí encontramos justo lo que buscábamos, una broma malenca para empezar la noche. Era un veco tipo maestro de escuela, starrio y tembleque, con anteojos y la rota abierta al frío aire de la naito. Llevaba unos libros bajo el brazo y un paraguas raído y daba vuelta a la esquina viniendo de la biblio pública, frecuentada por no muchos liudos en esos tiempos. Después del anochecer no se veían demasiados tipos del viejo estilo burgués, por la escasez de policía y por nosotros los magníficos y jóvenes málchicos que rondábamos, y este cheloveco de tipo profesoral era el único que caminaba en toda la calle. Así que gulamos hacia él y le dijimos muy corteses: —Disculpe, hermano.

Parecía un malenco puglio cuando nos videó a los cuatro, que nos acercábamos tan serenos, corteses y sonrientes, pero dijo: —¿Sí? ¿Qué pasa? —con una golosa muy alta, de maestro de escuela, como si intentara demostrarnos que no era un puglio. Le dije:

—Veo que llevas unos libros bajo el brazo, hermano. Realmente, es un placer raro en estos tiempos tropezar con alguien que todavía lee, hermano.

—Oh —dijo, todo agitado—. ¿De veras? Ah, comprendo. —Y siguió mirándonos, y se encontraba en medio de un grupo muy sonriente y cortés.

—Sí —añadí—. Me interesaría mucho, hermano, que tuvieras la amabilidad de dejarme ver qué son esos libros que llevas bajo el brazo. Un libro bueno y limpio, hermano, es la cosa más linda del mundo.

—Limpio —repitió—. Limpio, ¿eh? —Y entonces Pete le scvateó los tres libros y verdaderamente scorro los distribuyó entre nosotros. Como eran tres, todos menos el Lerdo teníamos uno para videar. El mío se llamaba *Cristalografía elemental*, así que lo abrí y dije: —Excelente, realmente de primera —mientras volvía las páginas. Entonces exclamé, con la golosa muy escandalizada—: Pero ¿qué es esto? ¿Qué significa este sucio slovo? Me ruborizo de ver esta palabra. Me decepcionas, hermano, de veras te lo digo.

—Pero —quiso replicar—, pero, pero…

—Aquí —dijo Georgie— hay algo que me parece una verdadera porquería. Aquí veo un slovo que empieza con p y otro con c. —Tenía un libro llamado *El milagro del copo de nieve*.

—Oh —dijo el pobre Lerdo, smotando sobre el hombro de Pete, y como siempre se le fue la mano— y aquí y aquí dice lo que él le hizo a ella, con foto y todo. Pero si no eres más que un carcamal repulsivo de mente podrida.

—Un viejo como tú, hermano —dije, y empecé a destrozar el libro que me había tocado, y los otros hicieron lo propio con los suyos, el Lerdo y Pete a los tirones con *El sistema romboédrico*. El starrio de tipo profesoral comenzó a crichar—: Pero si no son míos, son del municipio, esto es abusivo y vandálico —y otros slovos por el estilo. Y trataba de arrebatarnos los libros, y resultaba una escena bastante patética—. Mereces una lección, hermano —dije—, te la has ganado. —El libro sobre cristales que yo tenía estaba sólidamente encuadernado, y era difícil rasrecearlo en pedazos, era lo que se dice starrio, como que era del tiempo en que las cosas se hacían para durar, pero me las arreglé para arrancar las páginas y echarlas al aire como copos de nieve, aunque grandes, sobre el viejo veco que crichaba; y entonces los otros hicieron lo mismo con los suyos, y el viejo Lerdo, ¡qué payaso!, comenzó a bailar alrededor. —Ahí tienes los restos —dijo Pete—, asqueroso lector de basura y porquerías.

—Viejo veco perverso —dije, y comenzamos a jugar con él. Pete le sostuvo las rucas y Georgie consiguió abrirle la rota, y el Lerdo le arrancó los subos postizos, arriba y abajo. Los tiró al suelo, y yo se los machaqué con las botas, aunque eran más duros que una piedra, como que estaban hechos con un nuevo y joroschó material plástico. El viejo veco empezó a refunfuñar no sé qué chumchum— uuf aaf uuf —de modo que Georgie le soltó las gubas y le descargó una buena en la rota desdentada con el puño anillado, y entonces el viejo veco comenzó a quejarse de lo lindo y le brotó la sangre, hermanos míos, y qué hermosa era. Así que nos limitamos a sacarle los platis, y lo dejamos en chaqueta y calzoncillos largos (muy starrio; el Lerdo casi se enferma de tanto reír), y finalmente Pete le encajó una cariñosa patada en el culo y lo soltamos. Se alejó tambaleándose, a pesar de que no había sido un tolchoco tan impresionante, pero él gimoteaba oh oh oh, sin saber dónde estaba o qué pasaba, y nosotros nos reímos con ganas; después le vaciamos los bolsillos, mientras el Lerdo bailaba una danza con el paraguas raído; pero no encontramos gran cosa. Había unas pocas cartas starrias, algunas de 1960 que empezaban « Mi muy querido» , y todas esas chepucas, además de un llavero y una lapicera starria que perdía. El Lerdo acabó su danza del paraguas, y naturalmente no se le ocurrió nada mejor que empezar a leer en voz alta una de las cartas, como para demostrar a la calle desierta que sabía leer. « Querido mío» , recitó con golosa muy aguda, « pensaré en ti mientras estás lejos, y espero que recuerdes

abrigarte bien cuando salgas de noche». Aquí largó una smeca muy chumchum —. Jo, jo, jo —haciendo como que se limpiaba el yama con la carta—. Bueno —dije—. Basta, hermanos míos. —En los pantalones del veco starrio sólo encontramos malenco dinero, apenas tres golis, así que tiramos esa porquería de moneditas, comida para pájaros comparadas con lo que teníamos encima. Después rompimos el paraguas y le rasreceamos los platis, y tiramos los pedazos al aire, hermanos míos, y así acabamos con el asunto del veco starrio de aire profesoral. No era gran cosa, ya lo sé, pero no por eso voy a pedir disculpas a nadie, y además la noche apenas comenzaba. Los cuchillos de la leche-plus ya estaban descargando pinchazos fuertes y joroschós.

Ahora había que hacer una buena acción, que era un modo de gastar un poco de dinero, cosa de tener más de un incentivo para crastar una tienda, y también de prepararnos de antemano una coartada; de modo que fuimos todos al *Duque de Nueva York*, en la calle Amis, y por supuesto allí se habían refugiado tres o cuatro viejas bábuchcas piteando café y menjunjes pagados con bonos AE (Ayuda del Estado). Ahora éramos los málchicos bondadosos, que saludaban sonrientes a todo el mundo, pero las viejas y arrugadas arpías comenzaron a agitarse, les temblaban las viejas rucas venosas y los vasos salpicaban las mesas con sus menjunjes. —Déjennos tranquilas, muchachos —dijo una de ellas, la cara con más líneas que un mapa—, no somos más que unas pobres viejas. —Pero nos contentamos con mostrar la dentadura, flash, flash, flash, nos sentamos, tocamos la campanilla y esperamos que viniese el camarero. Cuando apareció, todo nervioso y frotándose las rucas en el delantal grasiento, le pedimos cuatro veteranos: una mezcla de ron y jerez muy popular entonces, y que algunos preferían a la canadiense, con un chorrito de lima. Le dije al camarero:

—Sírvales a esas pobres bábuchcas viejas algo alimenticio. Whisky en abundancia para todas, y lo que quieran. —Y vacié sobre la mesa todo mi dengo, y lo mismo hicieron los otros, oh hermanos míos. Así que les sirvieron fuegodoros dobles a aquellas damas starrias y asustadas, y ellas no sabían qué decir o hacer. Una soltó un «Gracias, muchachos» pero sin duda barruntaba que se venía algo fulero. En fin, todas recibieron su botella de Yank General; quiero decir, coñac para llevar, y pagué para que a la mañana siguiente les mandaran a todas una docena de menjunjes y café, de modo que las chinas viejas y hediondas dejaron las direcciones en el mostrador. Después, con el dengo que nos quedaba compramos, hermanos míos, todos los pasteles de carne, pretzels, bocadillos de queso, patatas fritas y barras de chocolate que había en aquel mesto, y también eso era para las viejas harpías. Entonces dijimos: —Volvemos en una minuta —y las ptitsas canturreaban—: Gracias, muchachos —y— Dios los bendiga, muchachos —y salimos sin un centavo en los carmanos.

—Uno se siente realmente dobo —dijo Pete. Se videaba que el pobre y viejo Lerdo no ponimaba un cuerno de lo que pasaba, pero no hablaba por miedo de

que lo llamaran glupo y cabeza de melón. Bueno, doblamos la esquina para ir a la avenida Attlee, y encontramos abierto el negocio de golosinas y cancrillos. Hacía casi tres meses que no andábamos por ahí, y en general todo el barrio había estado muy tranquilo, y por eso los militsos armados o las patrullas de militsos no rondaban demasiado, y más bien se los veía al norte del río. Nos pusimos las máscaras: unas cosas nuevas, realmente joroschós, lo que se dice bien hechas. Eran caras de personajes históricos (te decían el nombre cuando las comprabas); la mía era Disraeli, la de Pete representaba a Elvis Presley, Georgie tenía a Enrique VIII, y el pobre y viejo Lerdo andaba con un veco poeta llamado Pebe Shelley; eran disfraces auténticos, con pelo y todo, fabricados con una vesche plástica muy especial, que cuando uno se la quitaba se la podía enrollar y meter en la bota. Entramos tres, y Pete quedó de chaso afuera, aunque en realidad no había por qué preocuparse. En cuanto nos metimos en la tienda nos acercamos a Slouse el encargado, un veco como un montón de jalea de oporto que videó en seguida la que se le venía encima y enfiló derecho para la trastienda, donde estaba el teléfono y quizá la puschca bien aceitada, con las seis mierdosas balas. El Lerdo dio la vuelta al mostrador, scorro como un pájaro, haciendo volar paquetes de cancrillos y aplastando un gran letrero de propaganda en que una filosa les mostraba a los clientes unos subos relampagueantes, y bamboleaba los grudos anunciando una nueva marca de cancrillo. Lo que se videó entonces fue una especie de pelota grande que rodaba por el interior de la tienda, detrás de la cortina, y que era el viejo Lerdo y Slouse trenzados en algo así como una lucha a muerte. Se slusaban jadeos, ronquidos y golpes detrás de la cortina, y vesches que caían, y palabrotas y el vidrio que saltaba en mil pedazos. La vieja Slouse, la mujer, estaba como petrificada detrás del mostrador. Calculamos que se pondría a crichar asesinos si le dábamos tiempo, así que pegué la vuelta al mostrador muy scorro y la sujeté, y vaya paquete joroschó que era, toda nuqueando a perfume y con los grudos flojos que se bamboleaban como flanes. Le apliqué la ruca sobre la rota para que dejase de aullar muerte y destrucción a los cuatro vientos celestiales, pero la muy perra me dio un mordisco grande y perverso y yo fui el que crichó, y ella abrió la bocaza chillando para atraer a los militsos. Bueno, hubo que tolchocarla como Dios manda con una de las pesas de la balanza, y después darle un buen golpe con una barra de abrir cajones, y ahí le salió la colorada como una vieja amiga. La tiramos al suelo y le arrancamos los platis para divertirnos un poco, y le dimos una patadita suave para que dejara de quejarse. Y al verla ahí tendida, con los grudos al aire, me pregunté si lo haría o no, pero decidí que eso era para después. De modo que limpiamos la caja, y las ganancias de la noche fueron joroschó, y después de servirnos algunos paquetes de los mejores cancrillos, hermanos míos, nos largamos a la calle.

—Era un grandísimo hijo de puta —decía el Lerdo. No me gustó el aspecto

del Lerdo; estaba sucio y desarreglado, como un veco que anduvo peleando, precisamente lo que había hecho, pero uno nunca ha de *parecer* lo que hace. Tenía la corbata como si se la hubieran pisoteado, la máscara arrancada y el litso sucio de polvo, así que lo llevamos a un callejón y lo limpiamos un malenco, mojando los tastucos en saliva para sacarle la roña. Las cosas que hacíamos por el pobre Lerdo. Volvimos muy scorro al *Duque de Nueva York*, y calculé en mi reloj que a lo sumo habíamos estado afuera diez minutos. Las viejas y starrias bábuchcas todavía estaban allí, con los whiskies, los cafés y los menjunjes que les habíamos pagado, y les dijimos—: Hola, chicas, ¿qué tal? —Y otra vez la vieja canción: —Muy amables, muchachos, Dios los bendiga, chicos —y nosotros tocamos el colocolo y esta vez vino un camarero diferente y pedimos cerveza con ron, porque estábamos muertos de sed, hermanos míos, y ordenamos que sirvieran a las viejas ptitsas lo que quisieran. Luego, les hablé a las viejas bábuchcas:

—No salimos de aquí, ¿verdad? Todo el tiempo estuvimos aquí, ¿no es cierto?

Todas pescaron scorro, y respondieron.

—De veras, muchachos. Claro que los vimos siempre ahí. Dios los bendiga, chicos —y seguían dándole al trago.

En realidad, no es que importara demasiado. Pasó una media hora antes de que los militsos dieran señales de vida, y los que llegaron fueron muy jóvenes, muy sonrosados bajo los grandes schlemos de cobre. Uno dijo:

—¿Saben algo de lo que pasó esta noche en la tienda de Slouse?

—¿Nosotros? —pregunté, haciéndome el inocente—. Caramba, ¿qué pasó?

—Robo y golpes. Dos hospitalizados. ¿Dónde estuvieron esta noche?

—No me hablen en ese tono asqueroso —dije—. No me interesan esas repugnantes insinuaciones. Todo esto revela una naturaleza muy suspicaz, hermanitos míos.

—Estuvieron aquí toda la noche, muchachos —empezaron a crichar las viejas harpías—. Dios los bendiga, no hay muchachos más buenos y generosos. Se han pasado aquí toda la noche. Ni moverse los vimos.

—No hacíamos más que preguntar —dijo el otro militso joven—. Tenemos que hacer nuestro trabajo como cualquiera. —Pero antes de marcharse nos echaron una desagradable mirada de advertencia. Cuando se alejaban les propinamos un musical pedorreo con los labios. Pero me sentí un poco decepcionado; en realidad, no había contra qué pelear en serio. Todo parecía tan fácil como un bésame los scharros. De cualquier modo, la noche era todavía muy joven.

Cuando salimos del *Duque de Nueva York* videamos al lado de la iluminada vidriera principal del bar un viejo y gorgoteante pianitso o borracho, aullando las sucias canciones de sus padres y eructando blerp blerp entre un trozo y otro, como si guardase en la tripa podrida y maloliente una hedionda y vieja orquesta. Ésa es una vesche que nunca pude aguantar. Nunca pude soportar la vista de un cheloveco roñoso, tumbado, eructando y borracho, fuera la que fuese su edad, pero muy especialmente cuando era de veras starrio como éste. Estaba como aplastado contra la pared, y tenía los platis en un estado vergonzoso, arrugados y en desorden, cubiertos de cala y barro, de roña y alcohol. Bueno, lo agarramos y le encajamos unos pocos tolchocos joroschós, pero siguió cantando. La canción decía:

Y volveré a mi nena, a mi nena,
cuando tú, nena mía, te hayas ido.

Pero cuando el Lerdo le dio unos cuantos puñetazos en la hedionda rota de borracho, paró el canto y se puso a crichar:

—Vamos, péguenme, cobardes hijos de puta… no quiero vivir en este mundo podrido.

Le dije al Lerdo que se apartase un poco, porque a veces me gustaba slusar lo que algunos de estos decrépitos starrios decían de la vida y el mundo.

—Bueno, ¿y qué tiene de podrido? —le dije.

—Es un mundo podrido porque permite que los jóvenes golpeen a los viejos como ustedes hicieron, y ya no hay ley ni orden. —Estaba crichando muy alto y agitaba las rucas, y decía palabras realmente joroschós, sólo que además le venía de las quischcas ese blurp blurp, como si adentro tuviese algo en órbita, o como si lo interrumpieran bruscamente haciendo chumchum, y el veco amenazaba con los puños y gritaba: —Ya no es mundo para un viejo, y por eso no les temo ni así, chiquitos míos, porque estoy demasiado borracho para sentir los golpes si me pegan, y si me matan, ¿qué más quiero? —Smecamos, divertidos, y el viejo continuó: —¿Qué clase de mundo es éste? Hombres en la luna y hombres que giran alrededor de la tierra como mariposas alrededor de una lámpara, y ya no importa la ley y el orden en la tierra. Así que hagan lo que se les ocurra, sucios y cobardes matones. —Y para remate nos regaló un poco de música labial—. Prrrrrrrrrzzzzzzrrr —la misma que les habíamos ofrecido a los jóvenes militsos, y reanudó el canto:

Oh, patria, patria querida, luché por ti y
te di la paz y la victoria.

De modo que lo cracamos bien, sonriendo entretanto, pero siguió cantando. Le hicimos una zancadilla y cayó pesadamente, y como un surtidor brotó un chorro grande de vómito de cerveza. Era repugnante, así que comenzamos el tratamiento de la bota, una patada cada uno; y entonces de la roñosa y vieja rota le brotó sangre, no música ni vómito. Al fin seguimos nuestro camino.

Cerca de la central eléctrica municipal nos topamos con Billyboy y sus cinco drugos. Ahora bien, en esos tiempos, hermanos míos, los grupos eran de cuatro o cinco: cuatro, un número cómodo para ir en auto; y seis, el límite máximo de una pandilla. A veces las pandillas se juntaban, formando ejércitos malencos para la guerra nocturna, pero en general era mejor moverse por ahí con poca gente. Nada más que verle el litso gordo y sonriente a Billyboy me enfermaba, y siempre despedía ese vaho de aceite muy rancio que se ha usado para freír una y otra vez —y olía así aunque estuviera vestido con sus mejores platis, como ahora. Nos videaron al mismo tiempo que nosotros a ellos, y ahora nos medíamos en completo silencio. Esto sería la cosa verdadera y real, usaríamos el nocho, el usy y la britba, no sólo los puños y las botas. Billyboy y sus drugos interrumpieron lo que tenían entre manos, que era prepararse para hacerle algo a una llorosa y joven débochca a la que tenían allí, y que no pasaría de los diez años, y estaba crichando con la ropa todavía puesta. Billyboy la sostenía de una ruca, y su lugarteniente Leo de la otra. Probablemente estaban en la parte de los slovos sucios, antes de iniciar un trozo malenco de ultraviolencia. Cuando nos videaron llegar, soltaron a la pequeña ptitsa lloriqueante —de donde ella venía había muchas más— y la chica corrió con las delgadas piernas blancas relampagueando en la oscuridad, siempre gritando oh oh oh. Yo dije, con una sonrisa amplia y druga:

—Bueno, que me cuelguen si no es ese gordo maloliente, el cabrón Billy y toda la porquería. ¿Cómo estás, botellón de aceite de cocina barato? Acércate, que te daré una en los yarblocos, si es que los tienes, eunuco grasiento.

Y ahí nomás empezamos.

Como ya dije, éramos cuatro y ellos seis, pero aunque obtuso, el pobre y viejo Lerdo valía por tres de los otros cuando había que pelear sucio y fuerte. El Lerdo tenía un usy o cadena verdaderamente joroschó, una cosa que le envolvía dos veces la cintura, y entonces la soltó y comenzó a revolearla de lo lindo en los ojos o glasos. Pete y Georgie tenían buenos y afilados nochos, y yo por mi parte llevaba una magnífica y starria britba, afilada y joroschó, que en ese tiempo en mis manos cortaba y relampagueaba con arte consumado. Y ahí estábamos dratsando en la sombra, y la vieja luna con sus hombres acababa de aparecer, y las estrellas relucían como cuchillos que deseaban intervenir en la dratsa. Al fin conseguí tajearle el frente de los platis a uno de los drugos de Billyboy, un corte limpio que ni siquiera rozó el ploto bajo la tela. Así, en medio de la dratsa este drugo de Billyboy de pronto se encontró abierto como la vaina de un guisante, la

barriga desnuda y los pobres y viejos yarblocos al aire, y como se vio así todo rasreceado, agitaba los brazos y gritaba, de modo que descuidó la guardia, y el viejo Lerdo con su cadena hizo juisssss y le pegó justo en los glasos, y el drugo de Billyboy salió trastabillando y crarcando como enloquecido. Nos estábamos arreglando muy joroschó, y poco después bajamos al número uno de Billyboy, enceguecido por un cadenazo del viejo Lerdo, y que se arrastraba y aullaba como un animal. Una buena patada en la golová lo sacó de la carrera.

Como siempre, de los cuatro fue el Lerdo el que salió con una apariencia más maltrecha, la cara toda ensangrentada y los platis un desastre, pero los demás estábamos frescos y compuestos. Yo quería alcanzar al gordo y maloliente Billyboy, y ahora bailoteaba con mi britba, como el barbero de un barco que navega en mar muy picado, y trataba de hacerle unos buenos tajos en el litso grasiento y sucio. Billyboy tenía un nocho largo, pero era un poco demasiado lento y pesado para bredar seriamente a nadie. Hermanos míos, qué satisfacción valsar —izquierda dos tres, derecha dos tres— y un tajo en la mejilla izquierda, y otro en la derecha, y de pronto parece que bajan al mismo tiempo dos cortinas de sangre, una a cada lado de la trompa gorda, grasienta y aceitosa en la noche estrellada. La sangre caía como cortinas rojas, pero uno podía videar que Billyboy no sentía nada, y avanzaba pesado como un oso hediondo y gordo, apuntándome con el nocho.

De pronto slusamos las sirenas y supimos que los militsos se acercaban con las puschcas apuntando por las ventanillas de los automóviles policiales. La pequeña débochca lloriqueante seguramente les había pasado el dato, como que había una cabina para llamar a los militsos poco más allá de la central eléctrica municipal. —No temas, ya te atraparé —grité—, cabrón maloliente. Te cortaré dulcemente los yarblocos. —Se alejaron lentos y jadeantes, en dirección al río, excepto el número uno, Leo, que se quedó durmiendo la mona en el suelo, y nosotros nos fuimos para el otro lado. A la vuelta de la esquina más próxima había un callejón, oscuro y vacío y abierto en los dos extremos, y allí tomamos aliento, al principio jadeantes y después más tranquilos, hasta que al fin pudimos respirar normalmente. Era como descansar entre los pies de dos montañas terroríficas y muy enormes, que eran los bloques de casas, y por las ventanas podía videarse un bailoteo de luces azules. Seguramente la tele. Esa noche pasaban lo que solían llamar un programa mundial, porque todos los habitantes del mundo podían ver si lo deseaban el mismo programa; y el público era casi siempre los liudos de edad madura de la clase media. Presentaban a algún famoso cómico, un cheloveco perfectamente estúpido, o una cantante negra, y todo esto, hermanos míos, lo soltaban al espacio exterior usando satélites especiales para la tele. Esperamos jadeantes, y alcanzamos a slusar las sirenas de los militsos que se alejaban hacia el este, y entonces vimos que todo estaba bien. Pero el pobre y viejo Lerdo miraba sin parar las estrellas y los planetas y la

luna, y tenía la rota abierta como un chico que nunca videó nada igual, y de pronto dijo:

—Me gustaría saber qué hay allí. ¿Qué habrá en esas cosas?

Le di un buen codazo, y le dije: —Vamos, si eres un glupo bastardo. No pienses en eso. Muy probable que haya vida como aquí, y a algunos los acuchillan y otros acuchillan. Y ahora andando, que la naito todavía es moloda, oh hermanos míos.

Los otros smecaron, pero el pobre y viejo Lerdo me miró serio, y después levantó otra vez los ojos hacia las estrellas y la luna. Recorrimos el callejón, mientras el programa mundial azuleaba a los dos costados. Lo que ahora necesitábamos era un auto, de modo que saliendo del callejón doblamos a la izquierda, y comprendimos que estábamos en plaza Priestley apenas videamos la gran estatua de bronce de un starrio poeta, de labio superior de mono y pipa clavada en la rota vieja y llovida. Caminando hacia el norte llegamos al roñoso y viejo Filmedromo, descascarado y ruinoso porque nadie iba mucho por allí, excepto algunos málchicos como yo y mis drugos, y aun así sólo para gritar, rasrecear o hacer un poco de unodós unodós en la oscuridad. Pudimos videar en el cartel pegado al frente del Filmedromo que daban la habitual agarrada de vaqueros, con los arcángeles a favor del *marshal* que a tiro limpio liquidaba a los cuatreros, salidos de las legiones combatientes del infierno, el tipo de vesche mentirosa que la Cinematográfica del Estado hacía en esos años. Los autos estacionados al lado del siny no eran joroschós ni cosa parecida, la mayoría vesches starrias y mierdosas, pero había un Durango 95 nuevo que me pareció bien. Georgie tenía en el llavero una de esas polillaves, como las llamaban, de modo que poco después estábamos arriba —el Lerdo y Pete atrás, fumando cancrillos como grandes señores— y yo apliqué el encendido y lo puse en marcha, y el motor ronroneó verdaderamente joroschó, y sentimos en las tripas una vibración hermosa y caliente que nos recorría todo el cuerpo. Luego le metí noga, y retrocedimos perfecto, y nadie nos videó salir.

Jugamos un rato fuera del centro, asustando a viejos vecos y chinas que cruzaban las calles, zigzagueando detrás de gatos y todo eso. Luego enfilamos por el camino hacia el oeste. No había mucho tránsito, de modo que continué dándole a la vieja noga casi hasta el piso, y el Durango 95 se tragaba el camino como espaguetis. Poco después corríamos entre árboles de invierno y sombras, hermanos míos, todo estaba oscuro, y en un lugar los faros alumbraron algo grande con una rota que gruñía y mostraba los dientes, y luego gritó y reventó bajo el auto, y el viejo Lerdo en el asiento trasero casi se orina de risa. «Jo, jo, jo.» Luego vimos a un joven málchico con una filosa, lubilubando bajo un árbol, de modo que paramos y los saludamos a gritos, les dimos a los dos un par de tolchocos sin muchas ganas, haciéndolos gritar, y seguimos nuestro camino. Lo que queríamos hacer ahora era la vieja visita de sorpresa. Era la emoción

auténtica, buena para smecar y sentir el latigazo de lo ultraviolento. Bueno, al fin llegamos a una especie de aldea, y justo fuera de la aldea había una casita, separada de las demás, con un poco de jardín. La luna ya estaba bien alta, y pudimos videar la casita que apareció claramente cuando paré el coche y frené, mientras los otros tres reían como besuños, y entonces videamos que sobre la entrada a la casita se leía HOGAR, un nombre bastante glupo. Bajé del auto, ordenando a mis drugos que acabaran las risitas y estuviesen serios, y después de abrir la malenca puerta me acerqué a la entrada de la casa. Clopé suave y discreto y no vino nadie, de modo que insistí y esta vez pude slusar unos pasos, y que retiraban un cerrojo; la puerta se abrió unos centímetros, y entonces pude videar un glaso que me miraba, y la puerta estaba asegurada con una cadena. —¿Sí? ¿Quién es? —Era la voz de una filosa, una débochca joven por el timbre, de modo que dije con lenguaje muy refinado, la golosa de un auténtico caballero:

—Perdón, señora, lamento muchísimo molestarla, pero mi amigo y yo salimos a pasear, y mi amigo enfermó de pronto y se siente realmente mal, y ahora está ahí en el camino, inconsciente y gimiendo. ¿Me permitiría usar su teléfono para llamar una ambulancia?

—No tenemos teléfono —dijo la débochca—. Lo siento, pero no tenemos. Tendrá que ir a otro lado. —Del interior de la casita se podía slusar el clac clac clac claquiti clac clac de un veco que dactilografiaba, y entonces el ruido se interrumpió y se oyó la golosa del cheloveco que decía: —¿Qué pasa, querida?

—Bueno —dije—, ¿sería tan amable de darme un vaso de agua? Sabe, parece un desmayo, como si hubiese perdido el sentido.

La débochca vaciló un poco, y luego dijo: —Espere. —Se alejó, y mis tres drugos habían bajado en silencio del auto y se acercaron joroschó furtivos, y ya se estaban poniendo las máscaras, de modo que me puse la mía; y aquí fue suficiente meter la vieja ruca y soltar la cadena, pues como había ablandado a esta débochca con mi golosa de caballero, ella no cerró la puerta como tenía que haber hecho, pues éramos gente desconocida, que venía de la noche. Los cuatro entramos como una tromba, el viejo Lerdo haciéndose el schuto como de costumbre, dando cabriolas y canturreando slovos sucios, y era una bonita y malenca casita, debo reconocerlo. Entramos todos smecando en el cuarto donde había luz, y ahí estaba esa débochca como acobardada, un pedacito de filosa con unos grudos verdaderamente joroschós, y con ella este cheloveco también joven, con ochicos de montura de carey, y sobre una mesa una máquina de escribir y papeles por todos lados; pero además una pequeña pila de papel que seguramente era lo que ya había dactilografiado, así que aquí teníamos otro inteligente, estilo hombre de libros como el que habíamos tolchocado unas horas antes; pero éste escribía, no leía. Bueno, empezó a hablar:

—¿Qué es esto? ¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo se atreven a entrar en mi casa sin permiso? —Todo el tiempo le temblaba la golosa, y también las rucas. Le

dije:

—No temas. Si en tu corazón, oh hermano, anida el temor, te ruego lo deseches ahora mismo. —Aquí Georgie y Pete fueron a buscar la cocina, mientras el viejo Lerdo esperaba órdenes, a mi lado, con la rota muy abierta—. Y esto qué es, ¿eh? —pregunté, levantando la pila de la mesa, y el cheloveco de la armazón de carey dijo temblándole la voz:

—Eso es lo que quiero saber. ¿Qué *es* esto? ¿Qué quieren aquí? Salgan antes que los eche.

El pobre y viejo Lerdo, con su máscara de Pebe Shelley, smecó entonces ruidosamente y rugió como algún animal.

—Un libro —dije—. Usted está escribiendo un libro. —Hablé con una golosa muy áspera—. Siempre experimenté la mayor admiración por los que saben escribir libros. —Luego miré la primera hoja, y tenía escrito el nombre, LA NARANJA MECANICA, y dije: —Caramba, es un título bastante glupo. ¿Quién oyó hablar jamás de una naranja mecánica? —Seguí leyendo, e iba alzando la golosa, hasta el agudo del tipo predicador: « Para oponerme al intento de imponer al hombre, criatura que crece y puede demostrar bondad, que es capaz de beber el néctar que brota de los labios barbados del Señor, para oponerme al intento de imponerle leyes y condiciones sólo apropiadas para una creación mecánica, levanto la acerada pluma…»

El Lerdo largó la vieja música labial, y yo mismo tuve que smecar. Así que comencé a rasgar las hojas y desparramar los pedazos por el suelo, y el veco escritor se volvió casi besuño y se me tiró encima rechinando los subos y sacando las uñas como garras. Era el momento de la acción para el viejo Lerdo, y se movió sonriendo, y haciendo eh eh y ah ah ah apuntó el puño a la rota temblorosa del veco, primero el puño izquierdo y después el derecho, de modo que nuestra vieja druga la colorada —la colorada que brota igual por todas partes, como producida por la misma antigua y gran empresa— comenzó a derramarse y manchó la linda alfombra nueva, y los pedazos del libro que yo continuaba rasreceando. Aquí la débochca, la amante y fiel esposa, estaba como paralizada al lado de la chimenea, y ahora había empezado a largar menudos y malencos crichos, como acompañando la música de los puñetazos del viejo Lerdo. Entonces aparecieron Georgie y Pete, viniendo de la cocina, los dos masticando, aunque con las máscaras puestas; no era necesario quitársela para comer. Georgie con una lapa fría de algo en una ruca, y media hogaza de klebo y maslo encima en la otra, y Pete con una botella de cerveza que echaba espuma, y un trozo joroschó de tarta de ciruelas. Comenzaron a hacer ja ja ja cuando videaron al viejo Lerdo que bailoteaba y descargaba puñetazos sobre el veco escritor, y el veco escritor placaba que le habían arruinado la obra de su vida, y hacía buu juuu juu con la rota toda ensangrentada; pero las risas de Georgie y Pete eran el jo jo jo medio ahogado del que está comiendo, y hasta se podían ver

trozos de lo que comían. No me gustó la actitud, porque era sucia y babosa, así que dije:

—Basta de munchar. Yo no les di permiso. Tengan a este veco para que pueda videarlo todo y no se escape.

Así que Georgie y Pete dejaron las grasientas pischas sobre la mesa, entre los papeles rotos, y se echaron sobre el veco escritor, cuyos ochicos de armazón de carey estaban rajados pero seguían sosteniéndose, mientras el viejo Lerdo bailoteaba y hacía temblar los adornos de la chimenea (de un golpe los barrí todos, y ya no pudieron seguir temblando, hermanitos), y trabajando con el autor de *La naranja mecánica*, de modo que ahora tenía el litso todo púrpura, y soltaba sangre como una clase muy especial de fruta jugosa.

—Está bien, Lerdo —dije—. Ahora, vamos a la otra vesche, Bogo nos ampare.

Lerdo se acercó a la débochca, que seguía haciendo crich crich crich, y le sujetó las rucas a la espalda, mientras yo le desgarraba esto y aquello, y los otros largaban los ja ja ja, y vimos que tenía unos buenos grudos joroschós, que exhibían unos glasos sonrosados, oh hermanos míos, entre tanto yo me sacaba los pantalones y me preparaba para la zambullida. Mientras me zambullia pude slusar los gritos de sufrimiento, y al veco escritor lleno de sangre que Georgie y Pete sostenían y que casi se soltaba, aullando como besuño las palabras más sucias que yo conocía y algunas que él estaba inventando. Después de mí era justo que le tocase el turno al viejo Lerdo, y lo hizo resoplando y jadeando como una bestia, sin que se le moviera un centímetro la máscara de Pebe Shelley, mientras yo sujetaba a la filosa. Después hicimos cambio de parejas, el Lerdo y yo aferramos al baboseante veco escritor, que ya no luchaba casi, y apenas musitaba algún slovo aquí y allá, como si estuviese muy lejos, en el bar donde sirven la leche-plus, y Pete y Georgie tuvieron lo suyo. Luego, todo se serenó, y nosotros estábamos llenos de algo parecido al odio, de modo que cracamos lo que todavía quedaba sano —la máquina de escribir, la lámpara, las sillas— y el Lerdo, como era ya típico en él, apagó el fuego orinando y se disponía a cagar sobre la alfombra, pues por allí abundaba el papel, pero yo dije no. —Fuera fuera fuera —aullé. El veco escritor y su china no estaban realmente en sus cabales, lastimados, ensangrentados, y haciendo ruidos. Pero vivirían.

De modo que subimos al auto que esperaba y dejé el volante a Georgie, porque yo me sentía un malenco destemplado, y regresamos a la ciudad, y en el camino pasamos por encima de cosas raras que chillaban.

Yecamos de regreso a la ciudad, hermanos míos, pero justo a la entrada, no lejos de lo que llamaban el canal industrial, videamos la aguja indicadora del combustible que casi se caía, precisamente como nuestras propias agujas, ja, ja, ja, y el auto tosía cashl cashl cashl. Pero no había mucho de qué preocuparse, porque allí cerca las luces azules de una estación ferroviaria se apagaban y encendían, se apagaban y encendían. La cuestión era si dejaríamos el auto para que lo sobiraran los militsos o si (ya que andábamos con ganas de destruir y matar) le daríamos una buena tolchocada hacia las aguas starrias para presenciar un hermoso y ruidoso plesco antes que acabara la noche. Decidimos esto último, y después de bajar y soltar los frenos, los cuatro lo tolchocamos hasta el borde del agua sucia, que era como melaza mezclada con productos del agujero humano, y allí le dimos un tolchoco joroschó y adentro se fue. Tuvimos que retroceder de un salto para que la roña no nos salpicase los platis, pero allá fue, esplussssshhhh y glolp glolp glolp, discreta y suavemente. —Adiós, viejo drugo —exclamó Georgie, y el Lerdo lo acompañó con una gran risotada de payaso—: Ju ju ju ju. —Nos acercamos a la estación para abordar el tren al centro, como se llamaba entonces al sector medio de la ciudad. Pagamos sin chistar nuestros pasajes, y esperamos correctamente y sin escándalo en la plataforma, y el viejo Lerdo se puso a jugar con las máquinas tragamonedas, pues tenía los carmanos llenos de pequeños níqueles; y si hubiese sido necesario se habría dedicado a distribuir barras de chocolate a los pobres y los necesitados, aunque no había ninguno por ahí, y luego llegó resoplando el viejo expreso, y subimos a un coche del tren, que parecía casi vacío. Para entretenernos durante el viaje de tres minutos jugamos con lo que ellos llamaban el tapizado, y arrancamos unos lindos y joroschós pedazos de las tripas de los asientos, y el viejo Lerdo descargó la cadena sobre el ocno, hasta que el vidrio crujió y saltó dejando entrar el aire invernal. Pero todos estábamos fuera de caja, cansados y aplastados, pues la noche nos había obligado a gastar un poco de energía, hermanos míos; sólo el Lerdo, como el payaso y animal que era, parecía mejor que nunca, todo sucio y despidiendo un vono de sudor que era una de las cosas que yo tenía contra el viejo Lerdo.

Bajamos en el centro y caminando lentamente volvimos al bar lácteo *Korova*, aullando malenco y jugando a la luz de la luna, las estrellas y las lámparas, porque al día siguiente teníamos que ir a la escuela; y cuando entramos en el *Korova* lo encontramos más lleno que antes. Pero el cheloveco que había estado chumlando en su propio paraíso, con blanco o synthemesco o lo que fuera, seguía en el mismo asunto: « Pilletes descastados bajando a la nada en un tiempo platónico climatérico» . Era probable que estuviese en la tercera o cuarta dosis de la noche, pues tenía ese aire pálido e inhumano, como si se

hubiera convertido en una *cosa*; la cara del veco parecía de veras un pedazo de tiza tallada. En realidad, si quería pasarse tanto tiempo en el paraíso, debía haber ido a uno de los cubículos privados de la trastienda, en lugar de quedarse en el mesto grande, pues aquí algunos de los málchicos querrían jugar un poco con él, aunque no mucho ya que en el viejo *Korova* había poderosos matones capaces de impedir cualquier desorden. De todos modos, el Lerdo se animó al veco, y mirándolo con una cara de payaso, mostrando la lengua, clavó el sabogo grande en el pie del veco. Pero el veco, hermanos míos, ni se enteró, pues andaba allá arriba, muy lejos de su propio cuerpo.

Casi todos eran nadsats (así llamábamos a los adolescentes) que tomaban leche y coca y jugaban, pero también algunos más starrios, tanto vecos como chinas (pero nunca de los burgueses), que reían y goboraban en el bar. Por los peinados y los platis sueltos (casi todos tejidos de fibra) se veía claramente que habían estado ensayando en los estudios de televisión que funcionaban a la vuelta de la esquina. Las débochcas del grupo tenían litsos muy vivaces y rotas muy anchas, y mostraban mucho los dientes, y smecaban sin importárseles un rábano del pérfido mundo. Y entonces el disco del estéreo hizo clic clac (era Johnny Zhivago, un coschca russky que cantaba *Solamente día por medio*), y en el intervalo, el breve silencio antes que se oyera el próximo, una de las débochcas —muy rubia, con una gran rota roja y sonriente, yo diría que bien entrada en la treintena— de pronto empezó a cantar, apenas unos compases, como si estuviese ofreciendo un ejemplo de algo que todos estaban goborando, y durante un momento, oh hermanos míos, fue como si un gran pájaro hubiese entrado volando en el bar lácteo, y sentí que todos los pequeños y malencos pelos del ploto se me ponían de punta, y el estremecimiento me subía como lagartos lentos y malencos, que luego bajaban otra vez. Porque yo conocía el trozo que esta ptitsa cantaba. Era de una ópera de Friedrich Gitterfenster, *Das Bettzeug*, el pasaje en que ella se muere con la garganta cortada en dos, y los slovos dicen: « Quizá sea mejor así» . De cualquier modo, sentí un escalofrío.

Pero el viejo Lerdo, apenas slusó el pedazo de canción como un lontico de carne roja arrojado sobre el plato, soltó una de sus vulgaridades, que en este caso fue un trompeteo labial, seguido de un aullido perruno, seguido por un doble silbido con los dos dedos en la boca, y rematado por una risotada de payaso. Sentí que me atacaba la fiebre, como si me ahogara en sangre roja y caliente, slusando y videando la vulgaridad del Lerdo, y dije: —Bastardo. Inmundo bastardo sin modales. —Me incliné para evitar a Georgie, que estaba entre el horrible Lerdo y yo, y scorro descargué un puñetazo en la rota del Lerdo. El Lerdo pareció muy sorprendido, enjugándose el crobo de la guba con la ruca, y observando rotiabierto el crobo rojo, y mirándome—. ¿Por qué hiciste eso? —preguntó, torpe como siempre. No muchos videaron lo que yo había hecho, y a los que videaron no les importaba. El estéreo tocaba de nuevo y ahora se slusaba

una repugnante guitarra electrónica. Le contesté:

—Por ser un bastardo que no tiene educación, y ni duco de idea de cómo comportarse en público, oh hermano mío.

El Lerdo me echó una mirada perversa y dijo: —No me gustó que hicieras lo que hiciste. Y ya no soy tu hermano, y no quiero serlo nunca más. —Había extraído del bolsillo un tastuco mocoso y se enjugaba el hilo rojo con aire desconcertado, y lo miraba con el ceño fruncido, como si pensara que la sangre era algo propio de otros vecos, pero no de él. Parecía como si el Lerdo estuviese cantando sangre y pagara así por la vulgaridad que había mostrado antes, cuando la débochca cantaba música. Pero ahora la débochca estaba smecando ja ja ja con unos drugos en el bar, y movía la rota roja y le brillaban los subos; ni había notado la puerca vulgaridad del Lerdo. En realidad era a mí a quien había molestado el Lerdo. Dije:

—Si no te gusta lo que hice, y no quieres repetirlo, ya sabes lo que te conviene, hermanito. —Y entonces habló Georgie, con una voz áspera y rara.

—Bueno. No empecemos.

—Eso es cosa del Lerdo —dije—. El Lerdo no puede pasarse toda la chisna haciéndose el niñito. —Y miré con dureza a Georgie. El Lerdo habló, y ahora el crobo estaba aflojando:

—¿Qué derecho natural le hace creer que puede dar órdenes y tolchocarme cuando se le antoja? Yarboclos le digo, y le voy a meter la cadena en los glasos antes que grite ay.

—Cuidado —dije, con la voz más discreta que pude, pues el estéreo estallaba entre las paredes y el techo, y el veco del paraíso, cerca del Lerdo, aullaba de nuevo—: Chisporrotea más cerca, ultóptimo. —Repetí: —Cuida lo que dices, oh Lerdo, si en verdad deseas seguir viviendo.

—Yarboclos —dijo el Lerdo, burlándose—. Yarboclos bolches para ti. No tenías ningún derecho. Te pelearé con la cadena, el nocho o la britba cuando quieras. No me sorprenderás con tolchocos inesperados, y ya verás entonces.

—Con el nocho cuando quieras —le contesté.

—Bueno, vamos, ustedes dos —intervino Pete—. Somos drugos, ¿no es así? No es justo que los drugos se comporten de ese modo. Vean, esos málchicos de lengua larga están smecando a costa nuestra, parece que se burlan. Nada de peleas entre nosotros.

—El Lerdo —dije— tiene que aprender a quedarse en su lugar. ¿Es así?

—Un momento —dijo Georgie—. ¿Qué es esta vesche del lugar? Nunca oí decir que los liudos tienen que aprender cuál es su lugar.

Pete dijo: —A decir verdad, Alex, no debiste darle al viejo Lerdo ese tolchoco sin provocación. Diré eso, y si me hubieras pegado a mí, habrías tenido tu respuesta. Y no digo una palabra más.

Pete hundió la cara en el vaso de leche.

Sentí un rasdrás que me subía todo por dentro, y traté de disimular, hablando con calma: —Tiene que haber un líder. Es necesario que haya disciplina, ¿no es así? —Ninguno scasó una palabra, y ni siquiera asintió. Por dentro más rasdrás, por fuera aparenté más calma—. Hace mucho —dije— que estoy al frente. Todos somos drugos, pero alguien tiene que estar al frente. ¿No es así? ¿No es así? —Todos asintieron, aunque de mala gana. El Lerdo estaba osuchándose el último resto de crobo. Y fue él quien habló:

—De acuerdo, de acuerdo. Tal vez estamos todos un poco cansados. Mejor no hablemos más. —Me sorprendió y un poco me puso puglio slusar al Lerdo, goborando de ese modo, tan sensato. El Lerdo dijo: —Lo mejor es irse a dormir, de modo que andando para casa. ¿De acuerdo? —Me sorprendió mucho. Los otros dos asintieron, diciendo de acuerdo de acuerdo de acuerdo. Yo agregué:

—Tienes que comprender el tolchoco en la rota, Lerdo. Era la música. Me pongo besuño cuando un veco interfiere en el canto de una ptitsa. Ya entiendes.

—Mejor nos vamos a casa y spachcamos un poco —dijo el Lerdo—. Fue una larga noche para málchicos que están creciendo. ¿De acuerdo? —Los otros dos asintieron. Yo dije:

—Creo que ahora mejor nos vamos a casa. El Lerdo ha tenido una idea verdaderamente joroschó. Si no nos vemos en el día, oh hermanos míos, bueno… ¿el mismo lugar a la misma hora, mañana?

—Oh, sí —dijo Georgie—. Creo que sí.

—Tal vez —dijo el Lerdo— yo llegue un malenco tarde. Pero el mismo lugar y casi a la misma hora mañana, seguro que sí. —Seguía limpiándose la guba, aunque ya no le corría el crobo—. Y —agregó— esperemos que no haya aquí más ptitsas cantando. —Y lanzó la risotada del viejo Lerdo, un jojojojojo grande y payasesco. Parecía que era demasiado obtuso para ofenderse mucho.

De modo que cada uno tomó por su lado, y yo eructando arrrgh por la coca fría que había piteado. Tenía la britba lista por si alguno de los drugos de Billyboy estaba esperando cerca del bloque de viviendas, o para el caso cualquiera de las demás bandas, o grupos o schaicas que de tanto en tanto estaban en guerra con uno. Yo vivía con mi pe y mi eme en las casas del bloque municipal 18A, entre la avenida Kingsley y la calle Wilson. Llegué a la puerta de calle sin inconveniente, aunque pasé al lado de un joven málchico extendido, que gemía y crichaba en la calzada, bien cortadito por todos lados, y a la luz del farol vi también manchas de sangre aquí y allá, como firmas, oh hermanos míos, de los juegos de la noche. Y también vi, junto al 18A, un par de niznos de débochca, seguramente arrancados con brusquedad en el calor del momento, hermanos míos. Entré en el edificio. En el vestíbulo se veía la buena y vieja pintura municipal sobre las paredes —vecos y ptitsas muy bien desarrollados, severos en la dignidad del trabajo, en el banco o la máquina, sin un centímetro de platis sobre los plotos bien conformados. Por supuesto, como podía adivinarse, algunos de los málchicos del 18A habían

embellecido y decorado el gran cuadro con lápiz y bolígrafo hábiles, agregando pelos y palos bien rígidos y slovos sucios a las rotas dignas de estos vecos y débochcas nagos. Me acerqué al ascensor, pero no era necesario apretar el nopca para saber que no funcionaba, porque esa noche lo habían tolchocado realmente joroschó; las puertas de metal estaban completamente abolladas, lo que indicaba una fuerza de veras notable. De modo que tuve que subir por la escalera los diez pisos. Lo hice maldiciendo y jadeando, cansado del cuerpo ya que no del cerebro. Esa noche necesitaba urgentemente oír música, quizás a causa de la débochca que había cantado en el *Korova*. Quería darme un atracón, hermanos míos, antes de que me sellaran el pasaporte en la frontera del sueño y levantaran el schesto rayado para dejarme pasar.

Abrí la puerta del 10-8 con mi propio quiluchito, y en nuestro malenco refugio no se oía nada, pues pe y eme estaban en el país de los sueños, y eme me había dejado sobre la mesa una cena malenca —un par de lonticos de carne y un pedazo o dos de klebo y manteca, y un vaso del viejo moloco. Jo jo jo, el viejo moloco, sin cuchillos ni synthemesco ni dencrom. Hermanos míos, qué perversa me parecerá desde ahora la inocente leche. De todos modos comí y bebí vorazmente, pues estaba más hambriento de lo que había creído, y saqué el pastel de frutas de la despensa, y le arranqué pedazos con los que me rellené la rota hambrienta. Después me limpié los dientes y eructé, repasando la vieja rota con la yasicca o lengua, y luego fui a mi cuartito o madriguera, mientras comenzaba a aflojarme los platis. Aquí estaban mi cama y mi estéreo, orgullo de mi chisna, y los discos en el estante, y las banderas y gallardetes sobre la pared, que eran como recuerdos de mi vida en los correccionales desde los once años, oh hermanos míos, cada uno brillando y resplandeciendo con un nombre o un número: SUR 4; DIVISIÓN AZUL METRO CORSKOL; LOS MUCHACHOS DE ALFA.

Los pequeños altavoces de mi estéreo estaban todos dispuestos alrededor del cuarto, en el techo, las paredes, el suelo, de modo que cuando me acostaba en la cama para slusar la música, estaba como envuelto y rodeado por la orquesta. Lo que primero deseaba escuchar esa noche era el nuevo concierto para violín, del norteamericano Geoffrey Plautus, tocado por Odiseo Choerilos con la Filarmónica de Macon (Georgia), de modo que lo saqué del estante, conecté y esperé, y entonces, hermanos, llegó la cosa. Oh, qué celestial felicidad. Estaba totalmente nago mirando el techo, la golová sobre las rucas, encima de la almohada, los glasos cerrados, la rota abierta en éxtasis, slusando esas gratas sonoridades. Oh, era suntuoso, y la suntuosidad hecha carne. Los trombones crujían como láminas de oro bajo mi cama, y detrás de mi golová las trompetas lanzaban lenguas de plata, y al lado de la puerta los timbales me asaltaban las tripas y brotaban otra vez como un trueno de caramelo. Oh, era una maravilla de maravillas. Y entonces, como un ave de hilos entretejidos del más raro metal

celeste, o un vino de plata que flotaba en una nave del espacio, perdida toda gravedad, llegó el solo de violín imponiéndose a las otras cuerdas, y alzó como una jaula de seda alrededor de mi cama. Aquí entraron la flauta y el oboe, como gusanos platinados, en el espeso tejido de plata y oro. Yo volaba poseído por mi propio éxtasis, oh hermanos. Pe y eme en el dormitorio, al lado, habían aprendido ahora a no clopar la pared quejándose de lo que ellos llamaban ruido. Yo les había enseñado. Ahora tomaban píldoras para dormir. Tal vez advertidos de la alegría que yo obtenía de mi música nocturna, ya las habían tomado. Mientras slusaba, los glasos firmemente cerrados en el éxtasis que era mejor que cualquier Bogo de synthemesco, entreví maravillosas imágenes. Eran vecos y ptitsas, unos jóvenes y otros starrios, tirados en el suelo y pidiendo a gritos piedad, y yo smecaba con toda la rota y descargaba la bota sobre los litsos. Y había débochcas desgarradas y crichando contra las paredes, y yo me hundía en ellas como una schlaga, y cuando la música, que tenía un solo movimiento, llegó a su total culminación, yo, tendido en mi cama con los glasos bien apretados y las rucas tras la golová, sentí que me quebraba, y spataba, y exclamaba aaaaah, abrumado por el éxtasis. Y así la bella música se deslizó hacia el final resplandeciente.

Después oí el hermoso Mozart, la *Júpiter*, y se presentaron otras imágenes de diferentes litsos que yo derribaba y pisoteaba, y después se me ocurrió que escucharía un disco más antes de cruzar la frontera, y me vino el deseo de algo starrio y fuerte y muy firme, de modo que elegí J. S. Bach, el *Concierto de Brandeburgo*, por las cuerdas medias y graves. Y slusando ahora con un éxtasis distinto del anterior, pude videar nuevamente el nombre en el papel que había rasreceado esa noche, hubiera dicho que mucho tiempo antes, en la casita llamada HOGAR. El nombre aludía a una naranja mecánica. Escuchando a J. S. Bach, comencé a ponimar mejor lo que significaba, y mientras slusaba la parda suntuosidad del starrio maestro alemán se me ocurrió que me hubiese gustado tolchocarlos más fuerte, a la ptitsa y al veco, y abrirlos en tiras allí mismo en el suelo de la casita.

A la mañana siguiente me desperté oh a las ocho oh oh horas, hermanos míos, y seguía cansado, gastado, abrumado y deprimido, y tenía los glasos cerrados de sueño verdadero y joroschó, de modo que pensé no ir a la escuela. Se me ocurrió quedarme un malenco más en la cama, digamos una hora o dos, y luego vestirme con tranquilidad, quizás incluso darme un chapuzón en la bañera, hacerme tostadas y slusar la radio o leer la gasetta, todo odinoco. Y por la tarde, después de almorzar, quizá podría, si se me daba la gana, irme a la vieja scolivola y ver lo que estaba varitándose en ese gran templo del saber glupo e inútil. Hermanos míos, oí a mi pe gruñendo y tropezando, y luego marchándose a la tintorería donde rabotaba, y luego a mi eme que me llamaba con una golosa muy atenta, como hacía ahora que me estaba convirtiendo en un hombre grande y fuerte:

—Son las ocho pasadas, hijo. No querrás llegar tarde otra vez.

Le contesté: —Me duele un poco la golová. Me arreglaré durmiendo y después estaré perfectamente.

Slusé una especie de suspiro, y ella dijo:

—Te dejaré el desayuno en el horno. Ahora tengo que salir. —Lo cual era cierto, por esa ley según la cual los que no eran niños, o no tenían hijos pequeños o no estaban enfermos tenían que salir a rabotar. Mi eme trabajaba en uno de los mercados estatales, como los llamaban, apilando en los estantes sopas y guisantes envasados, y toda esa cala. Así que la slusé meter una fuente en el horno de la cocina, y después se puso los zapatos, y descolgó el abrigo colgado detrás de la puerta, y suspiró otra vez, y explicó: —Ahora me marcho, hijo. —Pero yo me dejé regresar al país de los sueños, y me adormilé realmente joroschó, y tuve un snito extraño y muy real, y no sé por qué pero lo cierto es que soñé con mi drugo Georgie. En este snito era mucho más viejo y muy áspero y duro, y goboraba de disciplina y obediencia, y de que todos los málchicos que estaban bajo sus órdenes debían sometérsele sin chistar, y hacer el viejo saludo como en el ejército, y yo estaba en la línea, como los demás, diciendo sí señor y no señor, y entonces pude videar clarito que Georgie tenía esas estrellas en los plechos y que era como un general. Y luego ordenó comparecer al viejo Lerdo con un látigo, y el Lerdo era mucho más starrio y canoso, y le faltaban algunos subos, como se pudo ver cuando smecó, al videarme, y entonces mi drugo Georgie me señaló y dijo: —Ese hombre tiene roña y cala en los platis —y era cierto. Entonces me oí crichar: —No me peguen, por favor, hermanos —y eché a correr. Corría en círculos, y el Lerdo me perseguía, smecando ruidosamente y restallando el viejo látigo, y cada vez que yo recibía un tolchoco verdadero y joroschó sonaba una campanilla eléctrica muy sonora, ringringringring, y la campanilla también me hacía sufrir.

Entonces me desperté verdaderamente scorro, el corazón me hacía bap bap bap, y por supuesto sonaba una campanilla brrrr, y era el timbre de la puerta de calle. Pensé hacerles creer que no había nadie en casa, pero ese brrrrr seguía sonando, y entonces oí una golosa a través de la puerta: —Vamos, ábreme de una vez, sé que estás en la cama. —En seguida reconocí la golosa. Era P. R. Deltoid (un naso verdaderamente glupo), lo que ellos llamaban Asesor Postcorrectivo, un veco sobrecargado de trabajo, con centenares de tipos en su lista. Grité bueno bueno bueno, con golosa de sufrimiento, bajé de la cama y me vestí, oh hermanos míos, con una hermosa bata de símil seda, toda estampada con dibujos de las grandes ciudades. Luego me calcé en las nogas unos tuflos de lana muy cómodos, me peiné los glorias y me consideré listo para recibir a P. R. Deltoid. Cuando abrí la puerta el veco entró bamboleándose, con un aspecto gastado, el maltrecho schlapa sobre la golová, el impermeable sucio. —Ah, Alex, muchacho —me dijo—. Me encontré con tu madre, sí. Dijo algo acerca de que sufrías no sé qué dolor. Por lo tanto no fuiste a la escuela, sí.

—Un dolor bastante insoportable en la cabeza, hermano, señor —dije con mi golosa de caballero—. Creo que para la tarde se me pasará.

—Seguro que a la noche no tendrás nada, sí —dijo P. R. Deltoid—. La noche es el gran momento, ¿cierto, muchacho Alex? Siéntate —dijo—, siéntate, siéntate —como si aquél fuera su domo y yo su invitado. Y se acomodó en la mecedora de mi eme y empezó a mecerse, como si hubiera venido sólo a eso. Le dije entonces:

—¿Una taza del viejo chai? Quiero decir, de té. —No tengo tiempo —me replicó. Y se meció, echándome la vieja mirada, bajo el ceño fruncido, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo—. No tengo tiempo, sí —dijo, con aire glupo. De modo que dejé la tetera, y pregunté:

—¿A qué debo este notable placer? ¿Algo anda mal, señor?

—¿Mal? —repitió el veco, muy scorro y astuto, medio encorvado y mirándome, pero siempre meciéndose. De pronto le llamó la atención un anuncio en la gasetta, que estaba sobre la mesa: una ptitsa joven y smecante, con los grudos sueltos, que pregonaba, hermanos míos, las Glorias de las Playas Yugoslavas. Y después de comérsela en dos bocados, el veco repitió: —¿Por qué piensas que algo anda mal? ¿Acaso estuviste haciendo lo que no debías, sí?

—Era un modo de decir —expliqué—, señor.

—Bien —dijo P. R. Deltoid—, por mi parte no es más que un modo de decir recomendarte que te cuides, pequeño Alex, pues la próxima vez, como sabes de sobra, ya no irás a la escuela correctiva. Esa vez será la cárcel, y todo mi trabajo quedará arruinado. Si no tienes consideración por tu horrible personalidad, al menos puedes tener alguna por mí, que he sudado tinta tratando de salvarte. Perdemos puntos, te lo digo en confianza, por cada joven que no recuperamos; si uno de ustedes acaba en el agujero es un fracaso para nosotros.

—No estuve haciendo nada prohibido, señor —dije—. Los militsos nada tienen contra mí, hermano, quiero decir señor.

—Basta de esa charla sobre los militsos —dijo P. R. Deltoid con voz cansada, pero siempre meciéndose. —El mero hecho de que la policía no te haya atrapado últimamente no significa, como tú lo sabes muy bien, que no hayas estado cometiendo algunas fechorías. Hubo una peleíta anoche, ¿no es cierto? Un encuentro con nochos, y cadenas de bicicleta, y cosas por el estilo. Uno de los amigos de cierto joven gordo fue recogido por la ambulancia cerca de la central eléctrica y hospitalizado, y tenía heridas bastante desagradables, sí. Se mencionó tu nombre. La noticia me llegó por las vías usuales. También aparecen mencionados algunos de tus amigos. Según dicen, anoche se cometieron delitos bastante variados. Oh, nadie puede probar nada acerca de nadie, como de costumbre. Pero te lo advierto, pequeño Alex, porque como siempre soy tu buen amigo, el único miembro de esta maltrecha y enfermiza comunidad que desea salvarte de ti mismo.

—Aprecio su actitud, señor —dije—, muy sinceramente.

—La aprecias, ¿verdad? —observó el veco, burlándose de algún modo—. Entonces, ándate con cuidado, eso es todo, sí. Sabemos más de lo que crees, pequeño Alex. —Y agregó, con una golosa muy dolida, pero siempre meciéndose: —¿Qué les pasa a ustedes? Estudiamos el problema, y venimos estudiándolo durante casi un siglo, y no hemos avanzado nada. Tienes un buen hogar, padres buenos y cariñosos, y un cerebro no del todo malo. ¿Qué demonio te carcome?

—Nadie me está carcomiendo, señor —dije—. Hace ya mucho tiempo que no tengo nada que ver con los militsos.

—Eso es lo que me preocupa —suspiró P. R. Deltoid—. Demasiado tiempo para tu buena salud. Se acerca el momento de presentar mi declaración. Por eso te advierto, pequeño Alex, que mantengas limpia tu hermosa y joven proboscis, sí. ¿Hablo claro?

—Como un lago de aguas cristalinas, señor —dije—. Claro como un cielo azul en lo mejor del verano. Puede confiar en mí, señor. —Y le ofrecí una simpática sonrisa mostrando los subos.

Pero cuando se hubo ucadido y yo estaba preparándome esa taza muy fuerte de chai, me reí para mis adentros pensando en la vesche que tanto preocupaba a P. R. Deltoid y a sus drugos. Pues bien, me porto mal, con las crastadas, los tolchocos y los juegos con la britba y el viejo unodós unodós, y si me lovetan, tanto peor, oh hermanos míos, y a decir verdad no puede gobernarse un país si todos los chelovecos se comportan como lo hago yo de noche. De modo que si me lovetan y son tres meses en este mesto y otros seis en aquél, y luego, como tan bondadosamente me lo advierte P. R. Deltoid, la próxima vez, a pesar de la gran ternura de mis veranos, hermanos míos, es el propio y gran zoo del Más

Allá, yo digo: « Lo justo es justo, pero una lástima, señores míos, porque ocurre que no puedo soportar el encierro. Mi empresa será, en ese futuro que extiende unos brazos nevados y prístinos ante mí, antes de que el nocho se imponga o la sangre entone un coro final en el metal retorcido y los vidrios aplastados del camino, que no me loveteen otra vez» . Hermoso discurso. Pero, hermanos, este morderse las uñas acerca de la *causa* de la maldad es lo que me da verdadera risa. No les preocupa saber cuál es la causa de la *bondad*, y entonces, ¿por qué quieren averiguar el otro asunto? Si los liudos son buenos es porque les gusta, y ni se me ocurriría interferir en sus placeres, así que lo mismo deberían hacer en el otro negocio. Y yo soy cliente del otro negocio. Además, la maldad es cosa del yo, del tú o el mí en el odinoco de cada uno, y así es desde el principio para orgullo y radosto del viejo Bogo. Pero el no-yo no puede tener lo malo, de modo que los vecos del gobierno y los jueces y las escuelas no pueden permitir lo malo, pues no pueden admitir el yo. ¿Y acaso nuestra historia moderna, hermanos míos, no es el caso de los bravos y malencos yoes peleando contra esas enormes maquinarias? Todo esto lo digo en serio, oh hermanos. Pero lo que hago lo hago porque me gusta.

Y ahora, en esta sonriente mañana de invierno, me bebo el chai muy fuerte con moloco y cucharada tras cucharada tras cucharada de azúcar, porque me gusta todo muy sladquino, y saco del horno el desayuno que mi pobre y vieja eme había dejado para mí. Era un huevo frito, y nada más, pero me preparé unas tostadas, y comí huevo y tostadas y compota, saboreándolo todo mientras leía la gasetta. Traía lo habitual acerca de la ultraviolencia, las huelgas y los asaltos a bancos, y los futbolistas que paralizaban de miedo a todo el mundo amenazando no jugar el domingo próximo si no obtenían aumento de sueldo, de puro málchicos perversos que eran. También había más viajes por el espacio y televisores estereofónicos mayores, y ofertas de paquetes gratis de jabón en polvo a cambio de etiquetas de sopa en conserva, sorprendente ganga por sólo una semana, que me hizo smecar. Había un bolche artículo sobre la Juventud Moderna (es decir yo, de modo que hice una reverencia, riendo como besuño) escrito por un cheloveco calvo y muy inteligente. Lo leí con cuidado, hermanos míos, mientras bebía el viejo chai, vaso tras taza tras chascha, masticando mis lonticos de tostada oscura cubiertos de compota y huevo. Este veco erudito decía las cosas habituales, acerca de la falta de disciplina de los padres, y de la escasez de maestros auténticos y joroschós que zurraran sin piedad los inocentes traseritos y obligaran a gritar bujujujú clamando compasión. Todo esto era glupo y me hacía smecar, pero era bueno enterarse de que uno seguía siendo noticia en el mundo, oh hermanos míos. Todos los días se publicaba algo acerca de la Juventud Moderna, pero la mejor vesche que jamás editaron en la vieja gasetta fue el artículo de un starrio que llevaba un collar de perro y opinaba reflexivamente, y aquí nos goboraba como hombre de Bogo, que EL DIABLO

ANDABA SUELTO, y comenzaba a insinuarse en la carne joven e inocente, y la culpa era del mundo de los adultos, un mundo de guerras, bombas y demás estupideces. Lo cual estaba muy bien. Sabía lo que decía, pues era hombre de Dios. Y nosotros, los jóvenes e inocentes málchicos, no teníamos la culpa de nada. Cierto cierto cierto.

Cuando eructé erc erc un par de veces para aliviar mi pobre e inocente estómago, me puse a elegir los platis del día en el guardarropa, al mismo tiempo que encendía la radio. Había música, un hermoso y malenco cuarteto de cuerdas, hermanos míos, por Claudius Birdman, una pieza que yo conocía muy bien. Pero no pude menos que smecar, recordando lo que había videado cierta vez en uno de esos artículos sobre la Juventud Moderna, sobre cómo ella estaría mucho mejor si pudiese fomentarse Una Viva Apreciación de las Artes. Se decía que la Gran Música y la Gran Poesía tranquilizarían a la Juventud Moderna y conseguirían Civilizarla. Civilización de mis yarboclos sifilíticos. La música siempre me excitaba, oh hermanos míos, haciéndome sentir como si fuera el propio y viejo Bogo en persona, listo para descargar rayos y centellas y tener a los vecos y las ptitsas crichando en mi ja ja ja poder. Y una vez que me chisté un poco el litso y las rucas y terminé de vestirme (mis platis de día se parecían al traje estudiantil: los viejos pantalones azules con suéter con la A de Alex) me pareció que tenía tiempo al menos de itear a la disquería (y también dengo, pues me abultaba en los bolsillos) y ver si había llegado la obra pedida y prometida hacía mucho tiempo, la Número Nueve de Beethoven (es decir, la *Coral*) en estéreo, registro Masterstroke por la Sinfónica Esh Sham conducida por L. Muhaiwir. Y para allí marché, hermanos.

El día era muy diferente de la noche. La noche era mía y de mis drugos, y de todo el resto de los nadsats, y de los starrios burgueses agazapados entre cuatro paredes, absorbiendo los glupos programas mundiales; pero el día era para los starrios, y en esas horas de luz siempre parecía haber más militsos. Tomé el ómnibus en la esquina y viajé al centro, y caminando regresé en dirección a plaza Taylor, y allí estaba la disquería que yo apoyaba con mis valiosas compras, oh hermanos míos. Ostentaba el glupo nombre de MELODÍA, pero era un mesto realmente joroschó, y casi siempre conseguían scorro las nuevas grabaciones. Entré en el negocio y los únicos clientes eran dos jóvenes ptitsas que sorbían helados (y recuerden que estábamos en lo peor del invierno) y revisaban, parecía, los nuevos discos pop —Johnny Burnaway, Stash Kroh, The Mixers, *Quédate tranquila un rato* con Id y Ed Molotov— y todo el resto de esa cala. Las dos ptitsas no tendrían más de diez años, y parecía que también ellas, como yo, habían decidido tomarse la mañana libre de la scolivola. Era evidente que ya se consideraban verdaderas débochcas crecidas; vaya con el meneo de caderas cuando vieron a vuestro Fiel Narrador, hermanos, y los grudos acolchados y el rojo desparramado en las gubas. Fui al mostrador, abordando con la sonrisa

cortés de los subos al viejo Andy que atendía (siempre amable, siempre dispuesto a ayudar, un verdadero joroschó tipo de veco, aunque calvo y muy muy delgado). Andy me dijo:

—Ajá, creo que sé lo que usted quiere. Buenas noticias, buenas noticias, ya llegó. —Y moviendo las rucas como un eminente director se fue a buscarlo. Las dos ptitsas jóvenes soltaron unas risitas, como hacen a esa edad, y yo les clavé un malenco los glasos fríos. Andy regresó realmente scorro, agitando la gran cubierta blanca y brillante de la Novena, que mostraba, hermanos, el litso adusto y fruncido como golpeado por un rayo del propio Ludwig van. —Aquí está —dijo Andy—. ¿Lo probamos? —Pero yo quería llevármelo a casa para slusarlo odinoco en mi estéreo, y sentía una prisa infernal. Saqué el dengo para pagar, y una de las pequefias ptitsas me dijo:

—¿Qué conseguiste, bratito? ¿Algo grande, para ti solo? —Estas débochcas jovencitas tenían su propio modo de goborar—. ¿El Paraíso Diecisiete? ¿Luke Sterne? ¿Goggl y Gogol? —y las dos largaron esas risitas, meneándose y balanceándose. Entonces se me ocurrió una idea, y la angustia y el éxtasis casi me voltean, oh hermanos míos, de modo que durante unos segundos no pude respirar. Reaccioné, y les dije mostrando los subos blancos y brillantes:

—¿Qué tienen en casa, hermanitas, para oír esos gorgoritos peludos? —Porque ya había visto que los discos que estaban comprando eran esas vesches pop para chicos. —Apuesto a que lo único que tienen son esos juguetes portátiles como vitrolas de picnic. —Al oír esto las ptitsas fruncieron las boquitas—. Vengan con papá —les dije—, y escuchen como es debido. Las trompetas de los ángeles y los trombones del infierno. Están invitadas. —Y les hice una especie de reverencia. Otras risitas, y una de ellas, dijo:

—Oh, pero tenemos mucho apetito. Oh, cómo podríamos comer. —Y la otra agregó: —Sí, ella lo dice, y así es. —De modo que contesté:

—Coman con papá. Digan dónde.

Ahora se creían verdaderas sofisticadas, lo que era casi patético, y empezaron a hablar con golosas de dama acerca del *Ritz*, el *Bristol*, el *Hilton, Il Ristorante Granturco*. Pero interrumpí la charla diciendo « Sigan a papá» , y las llevé al *Salón de la Pasta*, a la vuelta de la esquina, y dejé que se llenaran los inocentes y jóvenes litsos con espaguetis y salchichas, y helados de cremas y bananasplits y salsa de chocolate caliente, hasta que casi tuve náuseas a la vista de todo eso, porque yo, hermanos, almorcé frugalmente una rebanada de jamón frío y un *yoco* de chile bien picante. Las dos jóvenes ptitsas se parecían mucho, aunque no eran hermanas. Tenían las mismas ideas, o la misma falta de ideas, y el mismo color de pelo: una especie de pajizo teñido. Bueno, hoy crecerían mucho. Hoy sería un día memorable. No irían a la escuela por la tarde, pero habría educación, y Alex sería el profesor. Se llamaban, dijeron, Marty y Sonietta, y eran bastante besuñas y estaban en la cumbre del infantilismo de

moda.

—Perfectamente, Marty y Sonietta —les dije—. Llegó la hora de oír los discos. Vengan.

Cuando salimos al frío de la calle, decidieron que no irían en ómnibus, oh no, querían un taxi, de modo que les di el gusto, aunque con una sonrisa interior verdaderamente joroschó, y llamé un taxi estacionado en la fila. El chofer, un veco starrio y bigotudo con los platis muy manchados, dijo cuando nos vio:

—Nada de navajas ahora. No quiero tonterías con los asientos. Acabo de retapizar el coche. —Le calmé esos glupos temores y fuimos al bloque municipal 18A, y las dos audaces y pequeñas ptitsas reían y murmuraban. Para abreviar diré que llegamos, oh hermanitos míos, y las llevé hasta el 10-8, y mientras subían la escalera jadeaban y smecaban, y una vez allí dijeron que tenían sed, de modo que abrí el cofre de mi cuarto y ofrecí a las jóvenes débochcas de diez años un verdadero y joroschó escocés, aunque bien mezclado con agujas-y-alfileres. Se sentaron en mi cama (todavía sin arreglar) y balancearon las piernas, smecando y piteando la bebida, mientras yo pasaba en mi estéreo sus patéticos y malencos discos. Era como pitear una suave y perfumada bebida sin alcohol para niños en vasos de oro muy bellos, trabajados y costosos. Pero ellas decían oh oh oh y exclamaban «Desmayante» y «Cumbroso» y otros slovos raros que estaban de moda en ese grupo infantil. Mientras pasaba esa cala para que la oyesen, las animé a beber y luego a tomar otra copa, y la verdad que no se opusieron, oh hermanos míos. De modo que cuando ya habíamos escuchado dos veces los patéticos discos pop (eran dos: *Nariz dulce*, cantado por Ike Yard, y *Noche tras día tras noche*, gemido por dos horribles eunucos desyarblocados que no recuerdo cómo se llamaban) ya estaban cerca de la histeria máxima de las ptitsas jóvenes, saltando de un extremo al otro de mi cama, y alrededor del cuarto, y yo con ellas.

Hermanos, no necesito describir lo que hicimos esa tarde, pues todos pueden imaginarlo fácilmente. Las dos fueron desplatisadas en un instante, mientras smecaban como locas, y les parecía que la diversión más bolche era videar al viejo papá Alex todo nago y erecto, empuñando la hipodérmica como un doctor desnudo, y aplicándose en la ruca el viejo pinchazo de secreción de gato montés. Entonces saqué de su funda la hermosa Novena, de modo que ahora Ludwig van también estaba nago, y apliqué la aguja silbante en el último movimiento, que era puro éxtasis. Y ahí estaban, las cuerdas del contrabajo goborando al resto de la orquesta desde debajo de mi cama, y luego la golosa de hombre entrando y proclamando a todos la alegría, y la frase hermosa y extática acerca de la Alegría que era una chispa gloriosa brotada del cielo, y entonces sentí los viejos tigres que brincaban en mí, y me arrojé sobre las dos jóvenes ptitsas. Esta vez no les pareció nada divertido, y dejaron de crichar, y tuvieron que someterse a los extraños y peculiares deseos de Alejandro el Grande que con la Novena y el

pinchazo de la hipo eran chudesños, samechatos y muy exigentes, oh hermanos míos. Pero las ptitsas estaban muy muy borrachas, de modo que difícilmente hayan sentido mucho.

Cuando el último movimiento terminó por segunda vez, con todo el estrépito y los crichos acerca de la Alegría Alegría Alegría, las dos jóvenes ptitsas ya no se hacían las damiselas sofisticadas. Estaban despertando a lo que les ocurría a sus malencas personitas, y decían que querían volver a su casa y algo así como que yo era una bestia salvaje. Parecía como si hubieran intervenido en una gran bitba, lo que en efecto era el caso, y estaban todas lastimadas y enfurruñadas. Bueno, si no querían ir a la escuela, de todos modos tenían que educarse. Y lo habían conseguido. Crichaban y decían ou ou ou mientras se ponían los platis y me hacían punchipunchin con los minúsculos puñitos, y yo estaba todo sucio y nago, y cansado y deshecho en la cama. La joven Sonietta crichaba: —Bestia, animal odioso. Monstruo horrible y repugnante. —Dejé que juntaran sus cosas, y se marcharon diciendo que los militsos debían ocuparse de mí, y otras calas por el estilo. Se fueron escaleras abajo y yo me hundí en el sueño, y la vieja Alegría Alegría Alegría golpeaba y aullaba lejanamente.

Sin embargo, ocurrió que me desperté tarde (según mi reloj, cerca de las siete y treinta) y tal como se vio después eso no fue muy inteligente. En este mundo perverso todo cuenta. Hay que ponimar que una cosa siempre lleva a otra. Cierto cierto cierto. Mi estéreo ya no cantaba la Alegría ni los Abrazos a Todos Oh Millones, de modo que algún veco había apagado el aparato, y ése tenía que ser pe o eme; a los dos se los slusaba claramente en la sala, y por el clinc clinc de los platos y el slurp slurp de los que pitean té, se notaba que estaban acabando una fatigada cena después de pasarse el día rabotando, pe en la fábrica y eme en el supermercado. Los pobres viejos. Los lamentables starrios. Me puse la bata y me asomé, haciendo el papel de cariñoso hijo único, y diciendo:

—Hola, eh. Estoy mucho mejor después de un día de descanso. Listo para el trabajo de la noche y para ganarme unos billetes. —Porque eso era lo que yo hacía entonces según ellos—. Yum yum, eme, ¿hay algo de eso para mí? —Era una especie de pastel helado, que ella había descongelado para calentarlo luego, y que no parecía muy apetitoso, pero yo tenía que decir lo que dije. Papá me miró con una expresión suspicaz y no muy complacida, pero nada dijo, porque no se atrevía, y mamá me echó una sonrisita descolorida, estilo fruto de mi vientre y único hijo. Fui con paso airoso al cuarto de baño y scorro me di un buen lavado en todo el cuerpo, porque me sentía sucio y pegajoso, y volví a mi madriguera para vestir los platis de la noche. Luego, brillante, peinado, cepillado y suntuoso, me senté frente a mi lontico de pastel. Papapa dijo:

—No quiero curiosear, pero ¿dónde exactamente trabajas por las noches?

—Oh —repliqué, mientras masticaba—, son trabajos casuales, dar una mano aquí y allá, lo que sea. —Le lancé un glaso maligno y sin vueltas, como diciéndole que se ocupara de sus asuntos, que yo me ocuparía de los míos—. Nunca pido dinero, ¿verdad? ¿Ni para ropas ni para diversiones? Entonces, ¿por qué preguntar?

Mi papá estaba conciliador murmurador masticador.

—Lo siento —dijo al fin—. Pero a veces me preocupo. A veces tengo sueños. Puedes reírte si quieres, pero hay mucho de verdad en los sueños. Anoche soñé contigo, y la verdad que no me gustó nada.

—¿Cómo? —Ahora me interesaba que pe hubiese soñado conmigo. Tenía la impresión de que yo también había soñado, pero no podía recordar bien qué—. ¿Sí? —dije, dejando de masticar mi pastel pegajoso.

—Era muy claro —dijo mi papá—. Te vi tirado en la calle, y los otros muchachos te habían pegado. Eran como los muchachos con quienes andabas antes que te enviaran al último correccional.

—¿Sí? —Me reí para mis adentros: papapa creyendo que yo me había reformado realmente, o creyendo que creía. Y luego recordé mi propio sueño, el

que había tenido esa mañana, Georgie dando órdenes como un general y el viejo Lerdo smecando por ahí, sin dientes y con un látigo. Pero según oí decir los sueños significan lo contrario de lo que parecen—. Nunca te inquietes por tu único hijo y heredero, oh padre mío —dije—. No temas, realmente sabe cuidarse bien.

—Y —dijo mi papá— estabas como impotente en un charco de sangre y no podías contestar los golpes. —Eso era realmente lo contrario de lo que ocurría, de modo que otra vez sonreí discretamente para mis adentros, y luego saqué todo el dengo que tenía en los carmanos, y lo hice sonar sobre el mantel de colores chillones.

—Toma, papá, no es gran cosa —le dije—. Es lo que gané anoche. Pero tal vez les alcance para una piteada de whisky que se pueden tomar los dos por ahí.

—Gracias, hijo —replicó pe—. Pero ahora no salimos mucho. No nos atrevemos, en vista de que las calles están muy peligrosas. Matones jóvenes, y todo eso. De cualquier modo, gracias. Mañana traeré una botella de algo. —Y pe se metió el dengo mal habido en los carmanos del pantalón, mientras ma chistaba los platos en la cocina. Y yo me marché repartiendo sonrisas cariñosas.

Cuando llegué al pie de la escalera me sentí un poco sorprendido. Más todavía. Abrí la boca mostrando verdadero asombro. Habían venido a buscarme. Me esperaban junto a la pared garabateada, como ya expliqué: vecos y chinas desnudos en una actitud severa exhibiendo la naga dignidad del trabajo, frente a las ruedas de la industria, y toda esa basura que les brotaba de las rotas, obra de los málchicos perversos. El Lerdo tenía en la mano una gruesa barra de color, y estaba dibujando slovos sucios muy grandes sobre todo el cuadro, y estallando en las risotadas del viejo Lerdo, bu ju ju, mientras escribía. Pero se volvió cuando Georgie y Pete me saludaron, mostrándome los subos drugos y brillantes, y trompeteó: —Ya está aquí, ya ha venido, hurrah —e hizo una torpe pirueta que quería ser un paso de baile.

—Estábamos preocupados —dijo Georgie—. Estuvimos esperando y piteando el viejo moloco acuchillado, y pensamos que tal vez estabas ofendido por alguna vesche, de modo que vinimos a tu casa. ¿No es cierto, Pete, eh?

—Oh, sí, cierto —dijo Pete.

—Apolologías —dije, cauto—. Me dolía la golová, de modo que tuve que dormir. No me despertaron cuando ordené. En fin, aquí estamos todos juntos, listos para lo que ofrezca la vieja naito, ¿sí? —Parecía habérseme pegado ese ¿sí? de P. R. Deltoid, mi consejero postcorreccional. Muy raro.

—Lamento lo del dolor —dijo Georgie, como si la cosa le preocupase mucho —. Tal vez estuviste usando demasiado la golová. Tal vez mucho trabajo dando órdenes y cuidando la disciplina, y cosas así. ¿Seguro que se te pasó el dolor? ¿No prefieres volverte a la cama? —y todos me ofrecieron una especie de malenca sonrisita.

—Un momento —dije—. Pongamos clarito todo. Este sarcasmo, si así puedo llamarlo, no les sienta bien, amiguitos míos. Quizás estuvieron goborando tranquilamente a mis espaldas, haciendo algunos chistecitos y cosas por el estilo. Como para ustedes soy drugo y líder, tengo derecho a saber lo que pasa, ¿eh? Ahora dime, Lerdo, ¿qué anuncia esa sonrisota de caballo? —Pues el Lerdo tenía la rota abierta en una especie de smecada besuña y silenciosa. Georgie intervino muy scorro:

—Está bien, deja de tomártelas con el Lerdo, hermano. Eso es parte del nuevo estilo.

—¿Nuevo estilo? —repetí—. ¿Qué es eso de nuevo estilo? Seguro que se habló mucho a mis durmientes espaldas. Déjenme slusar un poco más. —Y medio crucé los brazos y me apoyé cómodamente contra la derruida baranda, siempre más alto que ellos, los que se llamaban mis drugos, en el tercer escalón.

—No te ofendas, Alex —dijo Pete—, pero la verdad, queremos que las cosas sean más democráticas, y no que te lo pases diciendo lo que hay que hacer y lo que no. Pero sin ofenderte.

—No hay ofensa para ti ni para nadie —dijo Georgie—. Se trata de saber quién tiene ideas. ¿Qué ideas tuvo el hombre? —y clavaba en mí los glasos muy fríos—. Pequeñeces, malencas vesches como lo de anoche. Estamos creciendo, hermanos.

—Más —insistí, sin moverme—. Quiero slusar más.

—Bien —dijo Georgie—, si quieres enterarte, entérate. Andamos por ahí, crastando negocios y cosas por el estilo, y a cada uno le toca un miserable puñado de dengo. Y ahí está Will el Inglés en el *Musculoso*, y dice que acepta cualquier cosa que un málchico se atreva a crastar. Lo que brilla, el hielo —dijo, siempre con los glasos fríos clavados en mí—. En lo que dice Will el Inglés hay dinero del grande.

—Ajá —comenté, como si no me importara, pero sintiéndome de veras rasdrás por dentro—. ¿Desde cuándo andas en componendas y tratos con Will el Inglés?

—Ahora y siempre —contestó Georgie—. Ando por ahí odinoco. El sábado pasado, por ejemplo, druguito, puedo vivir mi propia chisna, ¿verdad?

Hermanos míos, todo eso no me gustaba absolutamente nada.

—¿Qué harán —pregunté— con el gran gran dengo, o dinero como tan presuntuosamente lo llaman? ¿No tienen todas las vesches que necesitan? Si quieren un auto lo sacan de la calle. Si necesitan dengo lo toman. ¿Sí? ¿A qué viene este silaño repentino? ¿Ahora quieren ser unos gordos capitalistas mugrientos?

—Ah —dijo Georgie—, a veces piensas y goboras como un niño. —El Lerdo entonó su juj juj juj—. Esta noche —continuó Georgie— crastaremos como hombres.

De modo que mi sueño había sido verdadero. Georgie el general diciendo lo que debíamos hacer y lo que no, y el Lerdo con el látigo como un bulldog sonriente y sin cerebro.

—Bueno. Verdaderamente joroschó. La iniciativa se ofrece regalada. Te enseñé muchas cosas, druguito. Y ahora, dime qué tienes pensado, querido Georgie.

—Oh —dijo Georgie, con una sonrisa astuta y ladina—, primero el viejo moloco, ¿no te parece? Algo que nos levante, muchacho, pero a ti especialmente, que siempre nos guías.

—Has goborado mis propios pensamientos —sonreí, sin aceptar la provocación—. Justamente pensaba proponer el viejo y querido *Korova*. Bien bien bien. Adelante, pequeño Georgie. —E hice una especie de reverencia profunda, sonriendo como besuño, y pensando a todo vapor. Pero cuando llegamos a la calle pude videar claramente que el pensar es para los glupos y que los umnos usan la inspiración y lo que Bogo les manda. Pues en ese momento una hermosa música vino en mi ayuda. Pasaba un auto con la radio encendida, y alcancé a slusar un compás o dos de Ludwig van (era el último movimiento del *Concierto para violín*), y pude videar en seguida lo que tenía que hacer. Dije con voz espesa y profunda: —Muy bien, Georgie, ahora —y saqué mi filosa britba. Georgie dijo—: ¿Qué? —pero fue bastante scorro con el nocho; el filo salió de la funda y los dos nos enfrentamos. El viejo Lerdo exclamó: —Oh, no, eso no está bien —y comenzó a desenroscar la cadena que llevaba alrededor de la talla, pero Pete dijo, trabando firmemente con la ruca al viejo Lerdo—: Déjalos, así está bien. —De modo que Georgie y Vuestro Humilde hicieron los viejos y silenciosos pasos de gato, buscando la oportunidad, y conociendo cada uno el estilo del otro un poco demasiado joroschó, y de tanto en tanto Georgie hacía lurch lurch con el nocho resplandeciente, pero sin llegar a tocarme. Y a cada momento pasaban liudos y videaban todo, pero no se metían, porque podía decirse que era un espectáculo corriente. Pero entonces conté odin dva tri y me tiré ak ak ak con la britba, aunque no al litso ni a los glasos, sino a la ruca de Georgie que sostenía el nocho y entonces, hermanitos míos, lo soltó. Sí, eso hizo. Soltó el nocho que cayó haciendo tincle tancle a la fría vereda invernal. Le había cortado un tajo en los dedos con mi britba, y ahí estaba, mirando el malenco goteo de crobo que se desplegaba como una mancha roja a la luz del farol—. Ahora —dije, y era yo el que tomaba la iniciativa, pues Pete había dado al Lerdo el soviet de no sacarse el usy de la talla, y el Lerdo lo había acatado—. Ahora, Lerdo, veamos cómo están las cosas entre nosotros, ¿eh? —El Lerdo hizo aaaaaaargh como un animal bolche y besuño, y desenrolló la cadena verdaderamente joroschó y scorro, y yo no tuve más remedio que admirarlo. Ahora debía usar otro estilo, agazaparme como en el salto de rana para proteger el litso y los glasos; y eso hice, hermano, y el pobre y viejo Lerdo se sintió un

malenco sorprendido, porque estaba acostumbrado a descargar lash lash lash sobre la cara expuesta. Ahora bien, debo reconocer que me la dio horriblemente sobre la espalda y que me ardió como besuño; pero el dolor me dijo que debía andar scorro y acabar de una vez con el viejo Lerdo. Tiré con la britba a la noga izquierda, un golpe muy ajustado, y corté dos pulgadas de ropa y le saqué una malenca gota de crobo, suficiente para ponerlo verdaderamente besuño al Lerdo. Luego, mientras él hacía jauuu jauuu jauuu como un perrito, ensayé el mismo estilo que con Georgie, jugándome todo a un solo movimiento: arriba, cruce, corte, y sentí que la britba entraba bastante hondo en la carne de la muñeca; el viejo Lerdo soltó allí mismo el usy silbante y se puso a gritar como un niño. Luego intentó beberse toda la sangre que le salía de la muñeca, aullando a la vez, y había demasiado crobo, y el Lerdo se atragantaba y la colorada le brotaba como de una fuente, aunque no por mucho tiempo.

—Bien, drugos míos —dije—, ahora sabemos cómo están las cosas. ¿Sí, Pete?

—Yo nunca dije nada —contestó Pete—. Nunca goboré ni un slovo. Mira, el viejo Lerdo se está desangrando y morirá.

—No —repliqué—. Sólo se muere una vez, y el Lerdo murió antes de nacer. Ese crobo colorado parará muy pronto. —Porque en realidad no le había cortado los cables principales, y sacando un tastuco limpio del carmano le vendé la ruca al pobre, viejo y moribundo Lerdo, que aullaba y gemía, y el crobo paró como yo había dicho, oh hermanos míos. Así que ahora sabían quién era el amo y líder, o así lo creía yo.

No se necesitó mucho para calmar a los dos soldados heridos en la comodidad del *Duque de Nueva York*, con grandes brandies (pagados con el dinero de mis drugos, pues yo había entregado el mío a mi pe) y una lavada con los tastucos mojados en la jarra de agua. Las viejas ptitsas con las que habíamos sido tan joroschós la noche anterior estaban otra vez allí, y seguían con los —Gracias, muchachos— y —Dios los bendiga, chicos— como si no pudieran parar, a pesar de que no habíamos repetido la escena samantina. Pero Pete dijo —: ¿Qué quieren tomar, chicas? —y les pagó café y menjunjes, pues aparentemente tenía bastante dengo en los carmanos, así que insistieron más alto que antes con —Dios los bendiga y les dé salud, muchachos— y —Nunca les jugaremos sucio— y —Son los mejores muchachos que pisan la tierra, eso son. —Finalmente dije a Georgie:

—Ahora estamos lo mismo que antes, ¿sí? olvidemos lo pasado, ¿cierto?

—Cierto cierto cierto —dijo Georgie. Pero el viejo Lerdo parecía un poco aturdido, y hasta llegó a decir: —¿Saben?, podría habérsela dado a ese bastardo con mi usy, pero se me interpuso un veco —como si hubiese estado dratsando con otro y no conmigo. Dije entonces:

—Bueno, Georgie querido, ¿qué estás pensando? —Oh —dijo Georgie—, esta noche no. Por favor, no esta naito.

—Eres un cheloveco grande y fuerte —afirmé—, como todos nosotros. No somos niños, ¿verdad, Georgie querido? Vamos, dime, ¿qué pensabas hacer?

—Podría haberle sacado los glasos realmente joroschó —dijo el Lerdo, y las viejas bábuchcas continuaban la cantinela: —Ah, gracias, muchachos.

—Se trata de esa casa —dijo Georgie—. La que tiene las dos lámparas afuera. La del nombre glupo.

—¿Que nombre glupo?

—La Mansión o la Manse, o cualquier otra idiotez así. Donde vive una ptitsa muy starria con los gatos, y todas esas vesches muy starrias y valiosas.

—¿Por ejemplo?

—Oro y plata y joyas. Fue lo que dijo Will el Inglés. —Video —comenté—. Video joroschó. —Sabía de qué hablaba: los barrios viejos, poco más allá del edificio Victoria. Bien, el líder verdaderamente joroschó sabe cuándo tiene que ceder y mostrarse generoso. —Muy bien, Georgie —dije—. Una idea excelente, y la seguiremos. Salgamos ahora mismo. —Y cuando salíamos, las viejas bábuchcas repetían: —No hablaremos, muchachos. Ustedes estuvieron aquí sin moverse. —Y yo les dije: —Magnífico, muchachas. Volveremos a pagarles tragos en diez minutos.

Así, al frente de mis tres drugos, marché en busca de mi propia perdición.

Pasando el *Duque de Nueva York*, en dirección al este, se levantaban edificios de oficinas, luego la starria y carcomida biblio y el bolche edificio llamado Victoria, seguramente por alguna victoria; y luego se llegaba a las casas starrias de la llamada ciudad vieja. Aquí se levantaban algunos de los antiguos domos realmente joroschós, hermanos míos, habitados por liudos starrios, viejos coroneles ladradores armados de bastones y viejas ptitsas enviudadas y damas sordas starrias aficionadas a los gatos y que, hermanos míos, no habían sentido el toque de ningún cheloveco en todos los días de la purísima chisna. Y en esas casas había, es cierto, vesches starrias que valían dinero en el mercado turístico: cuadros y joyas y otras calas starrias de la misma clase, de la época anterior al plástico. Así que nos acercamos discretamente al domo llamado Manse, y afuera había focos de luz sobre postes de hierro, como guardando los dos costados de la entrada, y también una luz más penumbrosa en uno de los cuartos de abajo, así que buscamos un lugar oscuro en la calle para mirar por la ventana dentro de la casa. Esta ventana tenía barrotes de hierro, como una prisión, pero pudimos videar claramente lo que pasaba adentro.

Lo que allí iteaba era que esta starria ptitsa, de bolosos muy grises y litso arrugado, estaba echando el viejo moloco de una botella en varios platitos, y poniendo los platitos en el piso, de modo que podía adivinarse que había montones de cotos y cotas meneándose por allí. Y pudimos videar uno o dos, scotinas grandes y gordas, saltando a la mesa con las rotas abiertas haciendo meeer meeer meeer. Y también se videaba a la vieja bábuchca hablándoles, goborando con lenguaje regañón a los gatitos. En la sala se videaba un montón de antiguas fotos sobre las paredes, y relojes starrios y muy complicados, y también algunos vasos y adornos que parecían starrios y dorogos. Georgie murmuró: —Por esas vesches conseguiríamos dengo de verdad y joroschó. Will el Inglés está muy entusiasmado. —Pete dijo: —¿Cómo entramos? —Ahora era mi turno, y scorro, antes que Georgie nos dijese su idea—. La primera vesche —murmuré— es probar lo común, por el frente. Le hablaré con cortesía y le diré que uno de mis drugos ha tenido un raro desmayo en la calle. Georgie puede hacer la demostración, cuando ella abra. Después pedimos agua, que nos deje telefonear al médico. Lo que sigue es fácil.

—Tal vez no quiera abrir —dijo Georgie.

—Probemos, ¿no? —le contesté, y Georgie medio encogió los plechos, poniendo rota de sapo. Así que les dije a Pete y al viejo Lerdo: —Ustedes, drugos, uno a cada lado de la puerta. ¿De acuerdo? —Asintieron en la oscuridad, cierto cierto cierto—. Bueno —dije a Georgie, y avancé derecho hacia la puerta de calle. Había un timbre, y apreté el botón, y brrrrr brrrrr sonó en el vestíbulo. Parecía que se habían parado a slusarnos, como si la ptitsa y los cotos estuviesen

con las orejas vueltas hacia el brrrrr brrrrr, preguntándose qué pasaba. De modo que apreté el viejo svonoco un malenquito más urgente. Acerqué la rota al agujero de las cartas y hablé con golosa refinada: —Auxilio, señora, por favor. Mi amigo acaba de enfermarse en la calle. Le ruego que me permita telefonear a un médico. —Ahí pude videar que se encendía una luz en el vestíbulo, y luego oí las nogas de la vieja bábuchca y las chinelas que hacían flip flap flip flap, acercándose a la puerta, y se me ocurrió, no sé por qué, que llevaba un gato grande y gordo debajo de cada brazo. Me habló, y la golosa era extrañamente profunda:

—Váyanse. Váyanse o disparo.

Georgie la oyó y casi larga una risita. Repliqué, con acento de dolor y apremio en mi golosa de caballero:

—Oh, se lo ruego, señora. Mi amigo está muy mal. —Váyanse —repitió—. Conozco esas sucias trampas, me hacen abrir la puerta y después me obligan a comprar cosas que no necesito. Les digo que se vayan. —Verdaderamente, qué hermosa inocencia. —Váyanse —repitió— o les echo los gatos encima. —Estaba un malenquito besuña, era evidente, de pasarse toda la chisna odinoca. Entonces levanté los ojos y pude videar que encima de la puerta había una ventana de guillotina, y que sería mucho más scorro trepar a fuerza de plechos y entrar de ese modo. De lo contrario, esa discusión podía durar toda la larga naito. Así que dije:

—Muy bien, señora. Si no quiere ayudarme, llevaré a otro lado a mi doliente amigo. —E hice un guiño a mis drugos para que se estuviesen calladitos, mientras yo seguía hablando: —Está bien, viejo amigo, seguro que encontraremos en otro sitio alguna buena samantina. Quizá no sea justo censurar a esta anciana señora que se muestra tan suspicaz, con tantos granujas y vagabundos que andan por la noche. No, realmente no podemos criticarla. —Esperamos nuevamente en las sombras, y yo murmuré: —Bueno, volvamos a la puerta. Me alzo sobre los plechos del Lerdo. Abro la ventana y entro. Luego le tapo la boca a la vieja ptitsa y abro a los demás. Sin problemas. —Yo estaba demostrando que era el líder y el cheloveco que tenía ideas—. Vean —dije—. Sobre la puerta hay un joroschó reborde de piedra, justo para mis nogas. —Todos lo videaron, se me ocurrió que con admiración, y dijeron y afirmaron cierto cierto cierto en la oscuridad.

Así que volvimos en puntas de pie a la puerta. El Lerdo era nuestro málchico ancho y fuerte, y Pete y Georgie me alzaron hasta los plechos bolches y masculinos del Lerdo. Y mientras tanto, gracias sean dadas a los programas mundiales de la glupa televisión, y sobre todo al temor de los liudos a andar de noche por la calle, en vista de la falta de policía: la calle estaba desierta. De pie sobre los plechos del Lerdo vi que el reborde de piedra aguantaría bien mis botas. Primero apoyé las rodillas, hermanos, y un segundo después me encontraba de pie en el reborde. Como había supuesto, la ventana estaba cerrada, pero le di un

golpe con el puño de hueso de la britba y rompí limpiamente el vidrio. Mientras tanto, abajo, mis drugos respiraban afanosos. Metí la ruca por el agujero y subí despacio y en silencio la mitad inferior de la ventana. Y así fue, como meterse en la bañera. Y abajo estaban mis ovejas, las rotas abiertas mirándome, oh hermanos.

Todo estaba oscuro, y por aquí y por allá camas y armarios, y bolches y pesadas banquetas y pilas de cajas y libros. Pero yo caminé virilmente hacia la puerta del cuarto, porque de allí venía un rayo de luz. La puerta hizo escuiiiiiiic, y me encontré en un corredor polvoriento, con otras puertas. Qué despilfarro, hermanos, me refiero a tantos cuartos y una sola filosa starria y sus regalones, pero tal vez los cotos y las cotas tenían dormitorios separados, y vivían tomando crema y comiendo cabezas de pescado como reinas y príncipes reales. Desde abajo venía la golosa apagada de la vieja ptitsa que decía: —Sí, sí, sí, eso es—, pero seguramente goboraba a las bestias maullantes y meneantes que hacían miaaaaaa pidiendo más moloco. Entonces vi la escalera que bajaba al vestíbulo y pensé que les mostraría a mis inútiles y veleidosos drugos que yo valía tanto como los tres y más. Lo haría todo odinoco. Si era necesario aplicaría la ultraviolencia a la ptitsa starria y a sus regalones, luego tomaría rucadas de lo que me pareciera realmente polesño, e iría bailando hasta la puerta de calle y abriría para mostrar el oro y la plata a mis drugos, que esperaban afuera. Así aprenderían quién era el jefe.

Empecé a bajar la escalera, lento y silencioso, admirando en el descenso grasñas imágenes de otros tiempos —débochcas con pelo largo y cuello alto, cosas del campo con árboles y caballos, el santo veco barbado todo nago colgando de la cruz. Había un vono realmente mohoso a gatitos y a pescado y a polvo starrio en este domo, diferente de lo que se olía en los edificios de viviendas. Y cuando llegué a la planta baja pude videar el cuarto iluminado del frente, donde ella había estado sirviendo moloco a los cotos y las cotas. Más, pude ver las grandes scotinas bien rellenas que iban y venían ondulando la cola y como frotando el piso con la barriga. Sobre un arcón de madera, en el vestíbulo oscuro, había una bonita y malenca estatua que brillaba a la luz de modo que decidí crastarla para mí: era una débochca delgada y joven, de pie sobre una noga con las rucas extendidas; en seguida vi que era de plata. De modo que la tenía en la mano cuando me metí en el cuarto iluminado, diciendo: —Ja, ja, ja. Al fin nos encontramos. Nuestra breve goborada por el agujero de las cartas no fue, digamos, satisfactoria, ¿sí? Reconozcamos que no, oh ciertamente no lo fue, hedionda y starria vieja filosa. —Tuve que frotarme los ojos cuando vi el cuarto y a la vieja ptitsa. Había cotos y cotas por todas partes, yendo y viniendo sobre la alfombra, y mechones de pelo amontonados, y las scotinas gordas eran de diferentes formas y colores, blanco, negro, moteado, jengibre, carey, y también de todas las edades, así que había cachorritos que jugaban, y gatos crecidos, y

otros realmente starrios y de muy mal carácter. La dueña, la vieja ptitsa, me miró agresiva como un hombre, y dijo:

—¿Cómo entró? Mantenga la distancia, perverso joven, o me veré obligada a pegarle.

No tuve más remedio que smecar realmente joroschó, videando que ella tenía en la ruca venosa un bastón de madera oscura que alzó, amenazante. Así que mostrándole los subos blancos me acerqué un poco más, sin prisa, y en eso vi sobre un estante una veschita hermosa, la cosa malenca más linda que un málchico aficionado a la música como yo hubiese podido videar con los propios glasos, pues era la golová y los plechos del propio Ludwig van, lo que llaman un busto, una vesche como de piedra, con largos cabellos de piedra y los glasos ciegos, y la corbata suelta y ancha. Me le eché encima sin pensarlo, mientras decía: —Bueno, qué hermoso y todo para mí. —Pero al acercarme, los glasos clavados en la vesche, y la ruca hambrienta extendida, no vi los platos en el suelo, metí el pie en uno y casi pierdo el equilibrio—. Huuup —dije, tratando de enderezarme, pero la viejita ptitsa se había acercado por detrás sin que yo la notara, con mucho scorro para su edad, y ahí comenzó a hacer crac crac sobre la golová con el palo. Y entonces me encontré apoyado en las rucas y las rodillas, tratando de incorporarme y diciendo: —Mala, mala, mala. —Y ella seguía crac crac, gritando: —Perverso piojo de albañal, metiéndose en las casas de la gente *auténtica*. —No me gustaba el crac crac crac, así que tomé un extremo del palo cuando volvió a bajarlo sobre mi golová, y ella perdió el equilibrio y quiso apoyarse en la mesa, pero entonces se vino abajo el mantel con la jarra y la botella de leche, y se oyó splosh splosh en todas direcciones, y la vieja ptitsa cayó al suelo gruñendo y gritando: —Maldito seas, muchacho, esto me lo pagarás. —Ahora todos los gatos comenzaron a spugarse, y corrían y saltaban aterrorizados, y se agarraban entre ellos, y había tolchocos de gatos con mucha movida de lapas, y ptaaaaa y grrrr y craaaaaarc. Me enderecé sobre las nogas y ahí estaba la maligna y vengativa forella starria con los pelos alborotados y gruñendo mientras trataba de levantarse del suelo, de modo que le di un malenco puntapié en el litso, y no le gustó nada, y gritó: —Guaaaaaah —y se podía videar que el litso venoso y manchado se le ponía púrpura donde yo había aplicado la vieja noga.

Cuando retrocedí después de encajarle la patada, seguramente le pisé la cola a uno de los gatos crichantes y dratsantes, porque slusé un gronco yauuuuuuu y descubrí que un montón de pelos, dientes y garras se me había aferrado a la pierna, y de pronto me encontré lanzando maldiciones y tratando de sacudirme el coto, mientras sostenía la malenca estatua de plata en una ruca y procuraba pasar sobre la vieja ptitsa en el suelo para alcanzar al hermoso Ludwig van que me miraba con enojo de piedra. Y aquí metí el pie en otro plato lleno de moloco cremoso, y así salí volando de nuevo, y toda la vesche era realmente muy

graciosa si uno podía imaginarse que le sluchaba a cualquier otro veco, y no a Vuestro Humilde Narrador. Y entonces la starria ptitsa del suelo extendió la ruca pasando por encima de todos los gatos dratsantes y maullantes, y me agarró la noga, sin dejar de gritar —Guaaaaaah—, y como yo casi había perdido el equilibrio, ahora me fui de veras al suelo, en medio del moloco derramado y los cotos scraicantes, y la vieja forella empezó a darme puñetazos en el litso —los dos estábamos en el suelo— al mismo tiempo que crichaba: —Denle látigo, péguenle, arránquenle las uñas, es una chinche venenosa —y sólo hablaba a sus gatitos; y entonces, como obedeciendo a la vieja ptitsa starria, un par de cotos se me arrojó encima y comenzaron a arañarme como besuños. Así que, hermanos, yo mismo me puse verdaderamente besuño, y repartí algunos tolchocos, pero la bábuchca dijo: —Escuerzo, no toques a mis gatitos —y me arañó la cara. De modo que yo criché: —Sumca vieja y hedionda —y alcé la malenca estatua de plata y le di un buen tolchoco en la golová, y así la callé realmente joroschó.

Ahora, mientras me incorporaba entre todos los cotos y las cotas cracantes, slusé nada menos que el chumchum de la vieja sirena policial a la distancia, y comprendí scorro que la vieja forella de los gatos había estado hablando por teléfono con los militsos cuando yo creí que goboraba con sus bestias maulladoras, pues se le habían despertado scorro las sospechas cuando yo toqué el viejo svonoco pretendiendo que necesitaba ayuda. Así que ahora, al slusar el temido chumchum del coche de los militsos, corrí hacia la puerta del frente y me costó un raboto del infierno quitar todos los cerrojos y cadenas y cerraduras y otras vesches protectoras. Al fin conseguí abrir, y quién estaba en el umbral sino el viejo Lerdo, y ahí mismo alcancé a videar la huida de los otros dos de mis llamados drugos. —Largo de aquí —criché al Lerdo—. Llegan los militsos. —El Lerdo dijo: —Tú te quedas a recibirlos juh juh juh juh —y entonces vi que había desenroscado el usy, y ahora lo levantaba y lo hacía silbar juisssss y me daba un golpe rápido y artístico en los párpados, pues alcancé a cerrarlos a tiempo. Y cuando yo estaba aullando y tratando de videar y aguantar el terrible dolor, el Lerdo dijo: —No me gustó que hicieras lo que hiciste, viejo drugo. No fue justo que me trataras de ese modo, brato. —Y luego le slusé las botas bolches y pesadas que se alejaban, mientras hacía juh juh juh juh en la oscuridad, y apenas siete segundos después slusé el coche de los militsos que venía con un roñoso y largo aullido de la sirena, que iba apagándose, como un animal besuño que jadea. Yo también estaba aullando y manoteando, y en eso me di con la golová contra la pared del vestíbulo, pues tenía los glasos completamente cerrados y el jugo me brotaba a chorros, y dolor dolor dolor. Así andaba a tientas por el vestíbulo cuando llegaron los militsos. Por supuesto, no podía videarlos, pero sí podía slusarlos y olía condenadamente bien el vono de los bastardos, y pronto pude sentirlos cuando se pusieron bruscos y practicaron la vieja escena de retorcer el brazo, sacándome a la calle. También slusé la golosa de un militso que

decía desde el cuarto de los cotos y las cotas: —Recibió un feo golpe, pero todavía respira —y por todas partes maullidos y bufidos.

—Un verdadero placer —oí decir a otro militso, mientras me tolchocaban y metían scorro en el auto—. El pequeño Alex, todo para nosotros.

—Estoy ciego —criché—. Bogo los maldiga y los aplaste, grasños bastardos.

—Qué lenguaje —dijo la golosa de otro que se estaba riendo, y ahí mismo recibí en plena rota un tolchoco con el revés de una mano, que tenía anillo. Exclamé:

—Bogo los aplaste, brachnos vonosos, malolientes. ¿Dónde están los demás? ¿Dónde están mis drugos hediondos y traidores? Uno de mis malditos y grasños bratos me dio con la cadena en los glasos. Agárrenlos antes que escapen. Ellos quisieron hacerlo, hermanos. Casi me obligaron. Soy inocente; que Bogo termine con ellos. —Aquí todos estaban smecándose con ganas, y la mayor perfidia, y así, tolchocándome, me empujaron al interior del auto, pero yo continué hablando de esos supuestos drugos míos, y entonces comprendí que era inútil, porque todos estarían ya de vuelta en la comodidad del *Duque de Nueva York*, metiendo café y menjunjes y whiskies dobles en los gorlos sumisos de las hediondas ptitsas starrias, mientras ellas decían: —Gracias, muchachos, Dios los bendiga, chicos. Aquí estuvieron todo el tiempo, muchachos. No les quitamos los ojos de encima ni un instante.

Y entretanto, con la sirena a todo volumen, iteábamos en dirección al cuchitril de los militsos, yo encajonado entre dos, y de vez en cuando los prepotentes matones me largaban algún ligero tolchoco. Entonces descubrí que podía abrir un malenco los párpados de los glasos, y a través de las lágrimas vi la ciudad que corría a los costados, como si las luces se persiguieran unas a otras. Y con los glasos que me escocían vi a los dos militsos smecantes sentados atrás conmigo, y al conductor de cuello delgado, y al lado el bastardo de cuello grueso, y éste me goboraba sarco, y me decía: —Bueno, querido Alex, todos esperamos pasar una grata velada juntos, ¿no es cierto?

—¿Cómo sabes mi nombre, vonoso matón hediondo? Que Bogo te hunda en el infierno, grasño brachno, sucia basura. —Al oír esto todos smecaron, y uno de los militsos malolientes que estaban atrás me retorció el uco. El veco de cuello gordo que iba adelante dijo entonces:

—Todos conocen al pequeño Alex y a sus drugos. Nuestro Alex ya es un chico bastante famoso.

—Son los otros —criché—. Georgie, el Lerdo y Pete. Esos hijos de puta no son mis amigos.

—Bien —dijo el veco de cuello gordo—, tienes toda la noche para contamos la historia completa de las notables hazañas de esos jóvenes caballeros, y cómo llevaron por mal camino al pobrecito e inocente Alex. —En eso se oyó el chumchum de otra sirena policial que se cruzó con la nuestra, pero avanzando en

dirección contraria.

—¿Va a buscar a los bastardos? —pregunté—. Ustedes, hijos de puta, ¿van a detenerlos?

—Eso —dijo el veco del cuello ancho— es una ambulancia. Seguramente para tu anciana víctima, repugnante y perverso granuja.

—Ellos tienen la culpa —criché, pestañeando, pues los glasos me ardían—. Los bastardos estarán piteando en el *Duque de Nueva York*. Agárrenlos, malolientes militsos. —Y ahí nomás recibí otro malenco tolchoco y oí risas, oh hermanos míos, y la pobre rota me dolía más que antes. Y así llegamos al hediondo cuchitril de los militsos, y a patadas y empujones me ayudaron a salir del auto, y me tolchocaron escaleras arriba, y comprendí que estos pestíferos grasños brachnos no me tratarían bien, Bogo los maldiga.

Me arrastraron a una cantora muy iluminada y encalada, y había un vono fuerte, mezcla de enfermería y lavatorios, cerveza rancia y desinfectante, y todo venía de las piezas enrejadas que estaban cerca. Algunos de los plenios encerrados en las celdas maldecían y cantaban, y me pareció slusar a uno que aullaba:

Y volveré a mi nena, a mi nena,
cuando tú, nena mía, te hayas ido.

Pero también se oían las golosas de los militsos que ordenaban silencio, y hasta se slusaba el svuco de alguien al que tolchocaban verdaderamente joroschó y que hacía ouuuuu, y era como la golosa de una ptitsa starria borracha, no de un hombre. En la cantora estaban conmigo cuatro militsos, y todos piteaban chai en gran estilo: había una gran jarra sobre la mesa, y sorbían y eructaban y las jetas eran sucias y bolches. Por cierto que no me ofrecieron ni una gota. Lo único que me dieron, hermanos míos, fue un espejo starrio y caloso para que me mirase, y de veras yo ya no era vuestro bello y joven Narrador, sino un auténtico straco, con la rota hinchada, los glasos enrojecidos, y la nariz un poco machucada. Todos smecaron realmente joroschó cuando videaron mi cara de desaliento, y uno dijo: —Como una joven pesadilla del amor. —Y entonces apareció un jefe de los militsos con cosas como estrellas en los plechos, para demostrar que picaba alto alto alto, y al videarme dijo: —Hum. —Y así empezaron.

—No diré un solo y solitario slovo si no viene mi abogado —les grité—. Conozco la ley, bastardos. —Por supuesto, todos largaron una gronca smecada al oírme, y el militso de las estrellas me miró y dijo:

—Muy bien, muchachos, comenzaremos demostrándole que también nosotros conocemos la ley, pero que conocerla no es suficiente. —Tenía una golosa de caballero y hablaba con aire muy fatigado; y al hacerlo asintió con sonrisa de drugo a un bastardo grande y gordo. El bastardo grande y gordo se quitó la túnica, y uno podía videar que tenía una panza grande y starria; y entonces se me acercó no muy scorro, y cuando abrió la rota en una mueca lasciva y muy cansada, le olí el vono del chai con leche que había estado piteando. Para ser militso no tenía la cara muy bien afeitada, y uno podía videarle parches de sudor seco en la camisa, bajo los brazos, y despedía ese olor parecido a cera de oídos. De pronto cerró la ruca roja y hedionda y me la descargó justo en la barriga, lo que no estuvo bien, y todos los demás militsos smecaron con ganas, excepto el jefe, que conservó la sonrisa como cansada y aburrida. Tuve que apoyarme en la pared encalada, de modo que los platis se me mancharon de blanco, y traté de recobrar el aliento, sintiendo un dolor agudo, y me pareció que iba a vomitar el pastel pringoso que había tragado por la tarde.

Pero no pude soportar la idea de vomitar sobre el suelo, de modo que me contuve. Entonces vi que el matón gordo se volvía hacia los drugos militsos para festejar realmente joroschó lo que había hecho, así que levanté la noga derecha, y antes que pudieran cricharle aviso le apliqué un puntapié limpio y claro en la espinilla. Crichó como un besuño, y se puso a dar saltos de un lado a otro.

Pero después todos se dieron el gusto, arrojándome de uno al otro como si yo hubiera sido una condenada pelota, muy gastada, oh hermanos míos, y me dieron puñetazos en los yarblocos y la rota y la barriga, y me largaron puntapiés, y al fin tuve que vomitar en el suelo, y hasta dije como si yo fuera un auténtico besuño: —Disculpen disculpen disculpen. —Pero ellos me dieron pedazos starrios de gasetta y me hicieron limpiar, y después me hicieron trabajar con el aserrín. Y después dijeron, casi como si hubieran sido viejos y queridos drugos, que yo debía sentarme para tener una tranquila goborada. En eso entró P. R. Deltoid para videar un poco, como que tenía el despacho en el mismo edificio; y parecía muy cansado y grasño, y empezó diciendo: —Así que ocurrió, Alex querido, ¿sí? Lo que yo presentía. Querido querido querido, sí. —Luego se volvió hacia los militsos y continuó: —Buenas noches, inspector. Buenas, sargento. Buenas, buenas a todos. Bien, aquí termino yo, sí. Querido, este chico no está muy bien, ¿verdad? Mírenle un poco el aspecto.

—La violencia engendra violencia —dijo el jefe militso con voz untuosa—. Se resistió al arresto legal.

—Aquí termino yo, sí —repitió P. R. Deltoid. Me observó con glasos muy fríos, como si ahora yo fuese una cosa y ya no un chevoleco muy cansado, ensangrentado y apaleado—. Tendré que presentarme en la corte, mañana, supongo.

—No fui yo, hermano, señor —dije, un malenquito lloroso—. Defiéndame, señor, tan malo no soy. Señor, los otros me traicionaron y me llevaron por mal camino.

—Canta como un jilguero —dijo burlón el jefe de los militsos.

—Hablaré ante el tribunal —dijo fríamente P. R. Deltoid—. Allí estaré mañana, no te preocupes.

—Si quiere darle un buen golpe en la trompa, señor —dijo el jefe de los militsos—, no se preocupe por nosotros. Lo tendremos sujeto. Seguro que fue una tremenda decepción para usted.

Entonces P. R. Deltoid hizo algo que yo jamás hubiese creído, un hombre que tenía como función convertirnos a los maluolos en chelovecos realmente joroschós, y sobre todo con los militsos alrededor. Se acercó un poco y escupió. Escupió. Me escupió en el litso, y después se limpió la rota húmeda y escupidora con el dorso de la ruca. Y yo me limpié y me limpié y me limpié el litso escupido con el tastuco ensangrentado, y le dije: —Gracias, señor, muchas gracias, señor, eso fue muy amable de su parte, señor, muchísimas gracias. —Y

ahí P. R. Deltoid salió sin decir un slovo más.

Entonces los militsos se dedicaron a preparar una larga declaración que yo tendría que firmar; y yo pensé, infierno y basura, si ustedes bastardos están del lado del Bien, me alegro de pertenecer al otro club. —Muy bien —les dije—, brachnos grasños, sodos vonosos. Escriban, escriban, no pienso arrastrarme más sobre el bruco, merscas basuras. ¿Por dónde quieren empezar, animales calosos? ¿Desde mi último correccional? Joroschó, joroschó, pues ahí lo tienen. —Y empecé a hablar, y el militso taquígrafo, un cheloveco tranquilo y tímido, que no era un verdadero militso, comenzó a llenar página tras página tras página. Les confesé la ultraviolencia, el crasteo, los dratsas, el unodós unodós, todo lo que había hecho hasta la vesche de esa noche con el robo a la ptitsa starria y bugata de los cotos y las cotas maullantes. Y procuré que mis llamados drugos estuviesen bien metidos en el asunto, hasta el schiya. Cuando terminé, el militso taquígrafo parecía un poco enfermo, pobre infeliz. El jefe militso le dijo con una golosa casi amable:

—Bien, hijo, vete a tomar una buena taza de chai, y luego escribes toda esa mugre, con un broche de ropa en la nariz, en tres copias. Después se las traes al hermoso y joven amigo, para que las firme. Y tú —me dijo— puedes pasar a tu suite matrimonial, con agua corriente y todas las comodidades. Bueno —dijo con golosa cansada a dos de los matones—, llévenselo.

En fin, a patadas, golpes y empujones me llevaron a las celdas, y allí me pusieron junto a diez o doce plenios, muchos de ellos borrachos. Entre ellos había vecos uchasños, como animales, uno con toda la nariz comida y la rota abierta como un gran agujero negro; uno que estaba apoyado contra la puerta, roncando ruidosamente, mientras de la rota le salía sin parar una especie de hilo baboso, y uno que tenía los pantalones todos sucios de cala. Había dos que me parecieron maricas, y en seguida se interesaron en mí, y uno me saltó encima, y tuvimos una dratsa muy desagradable, y el vono que despedía, como de gas y perfume barato, me enfermó otra vez, sólo que ahora tenía la barriga vacía, oh hermanos míos. Entonces el otro marica quiso echarme los brazos, y hubo una ruidosa pelea entre los dos, porque ambos me buscaban el ploto. El chumchum llamó la atención de un par de militsos que vinieron y golpearon a los dos con las cachiporras, y así se callaron y se quedaron con los ojos perdidos, y el viejo crobo goteaba pim pim pim por el litso de uno de ellos. En la celda había camastros, pero estaban todos ocupados. Trepé al más alto de una hilera que tenía cuatro, y allí encontré un veco starrio y borracho que roncaba, probablemente tirado allá arriba por los militsos. Bueno, lo bajé otra vez, no era muy pesado, y cayó sobre un cheloveco gordo y borracho tirado en el suelo, y los dos despertaron y empezaron una escena patética de crichadas y puñetazos. Hermanos míos, me tendí sobre la cama vonosa, y me hundí en un sueño muy fatigado, agotado y doloroso. Pero no fue un verdadero sueño, era como meterse

en otro mundo mejor. Y en ese mundo mejor, oh hermanos míos, yo estaba en un campo de flores y árboles, y se veía un macho cabrío con litso de hombre y tocaba una especie de flauta. Y entonces pareció que salía el sol, el propio Ludwig van, con el litso rugiente, la corbata suelta y el boloso desordenado y áspero, y entonces oí la Novena, último movimiento, con los slovos un poco cambiados, como si ellos mismos supieran que debían ser distintos, ya que se trataba de un sueño:

Muchacho, rugiente tiburón del paraíso
azote del Elíseo,
corazones de fuego, transportados, extáticos,
te tolchocaremos en la rota y patearemos el culo
grasño y vonoso…

Pero la melodía estaba bien, como lo supe cuando me despertaron dos o diez minutos o veinte horas o días o años después, pues me habían quitado el reloj. Ahí estaba un militso, como a kilómetros y kilómetros más abajo, y me pinchaba con un garrote que tenía un clavo en el extremo, al tiempo que decía:

—Despierta, hijo. Despierta, hermosura. Arriba que te espera un lindo problema.

—¿Por qué? ¿Dónde? ¿Qué pasa? —atiné a decir. Y la música de la Oda a la Alegría, en la Novena, se oía a lo lejos y adentro, y era hermosa, verdaderamente joroschó. El militso dijo:

—Ven abajo y descúbrelo tú mismo. Te esperan unas hermosas novedades, hijo mío. —Bajé como pude, muy rígido y dolorido, y en realidad no despierto del todo, y el militso, que olía de veras a queso y cebollas, me empujó fuera de la sucia celda de los ronquidos, y caminamos por varios corredores, y ni un momento la vieja melodía, Alegría, Fuego Glorioso del Cielo, dejó de resonar en mi interior. Así llegamos a una especie de cantora muy ordenada con máquinas de escribir y flores en las mesas, y en la que parecía más grande estaba el jefe de los militsos, con expresión muy seria, un glaso muy frío clavado en mi litso adormilado.

—Bien, bien, bien —dije—. Qué tal, brato. ¿Qué pasa en esta hermosa mitad de la naito?

El veco replicó:

—Te doy exactamente diez segundos para que se te vaya de la cara esa sonrisa estúpida. Y luego me escucharás.

—Bien, ¿qué pasa? —pregunté, smecando—. ¿No están satisfechos después que casi me mataron a golpes, me escupieron, me obligaron a confesar delitos durante horas y horas, y me encerraron con unos pervertidos besuños y vonosos en esa grasña celda? Vamos, brachno, ¿tiene una nueva tortura para mí?

—Será tu propia tortura —dijo con aire serio—. Quiera Dios que te torture hasta volverte loco.

Y ahí comprendí, antes que me lo dijeran. La vieja ptitsa de los cotos y las cotas había pasado a mejor vida en uno de los hospitales de la ciudad. Parece que se me había ido un poco la mano. Bien, bien, eso era todo. Pensé en los cotos y las cotas que pedían moloco, y ya nadie les hacía caso, ya no por lo menos la forella starria. Eso era todo. La había hecho buena. Y yo apenas tenía quince años.

SEGUNDA PARTE

1

—¿Y ahora qué pasa, eh?

Hermanos míos y mis únicos amigos, aquí empieza la parte realmente dolorosa y casi trágica de la historia, en la staja (la prisión del Estado) número 84F. Ustedes no tendrán muchas ganas de slusar toda la cala y el horrible rascaso de mi pe que alzaba las rucas gastadas y crobosas contra el injusto Bogo que está en el Cielo, y cómo mi eme retorcía la rota haciendo ouuu ouuu ouuu, mostrando el dolor de una madre ante la pérdida del hijo único, fruto de sus entrañas, de modo que todos estaban deprimidos realmente joroschó. Luego vino el magistrado starrio y muy severo en el tribunal de primera instancia, y goboró algunos slovos muy duros contra vuestro Amigo y Humilde Narrador, después de toda la cala y las grasñas mentiras que dijeron P. R. Deltoid y los militsos, Bogo los confunda, y me tuvieron un tiempo en custodia, entre perversos vonosos y prestúpnicos. Y luego siguió el proceso en el tribunal superior, con jueces y un jurado, y por cierto que hubo algunos slovos muy muy feos, pero las golosas eran muy solemnes, y luego goboraron Culpable, y mi eme hizo mucho bujujú bujujú cuando dijeron catorce años, oh hermanos míos. Y aquí estaba yo ahora, dos años desde el día que me metieron en la staja 84F, vestido a la última moda de la prisión, que era un traje enterizo de un hediondo color cala, y el número cosido a la altura del grudo, justo encima del viejo tic-tac, y también en la espalda, de manera que yendo o viniendo yo era siempre 6655321, ya no vuestro drugito Alex.

—¿Y ahora qué pasa, eh?

No había sido edificante, de veras que no, verse metido dos años en este grasño agujero del infierno, el zoo humano, pateado y tolchocado por guardias brutales y matones, junto a criminales vonosos y degenerados, algunos verdaderos pervertidos, muy dispuestos a aprovecharse de un málchico joven y rozagante como vuestro narrador. Además, había que rabotar en el taller haciendo cajas de cerillas, iteando iteando iteando en el patio, decían que para hacer ejercicio; y por la tarde algún veco starrio de tipo profesoral nos hablaba sobre los abejorros, o la Vía Láctea, o las Excelsas Maravillas del Copo de Nieve, y esto último me hacía smecar bastante, porque me recordaba la tolchocada y Puro Vandalismo que le aplicamos al veco a la salida de la biblio pública en aquella noche invernal; cuando mis drugos no eran todavía traidores y yo me sentía como feliz y libre. Luego, un día, pe y eme vinieron a visitarme, y me dijeron que Georgie estaba muerto. Sí, muerto, hermanos míos. Muerto como cala de perro en el camino. Georgie había llevado a los otros dos a la casa de un cheloveco muy rico, y lo habían derribado a puntapiés y a tolchocos, y luego Georgie empezó a rasrecear los almohadones y las cortinas, y el viejo Lerdo destrozó algunos adornos muy preciosos, como estatuas y cosas así, y el

cheloveco rico y apaleado se había puesto realmente besuño, y se lanzó sobre ellos con una barra de hierro muy pesada. El rasdrás le había dado la fuerza de un gigante, y el Lerdo y Pete habían conseguido escapar por la ventana, pero Georgie tropezó en la alfombra, y entonces la terrible barra de hierro se alzó y cayó sobre la golová, y ahí terminó el traidor Georgie. El starrio asesino quedó libre por defensa propia, lo que era realmente justo y adecuado. Muerto Georgie, aunque había pasado más de un año desde el día que me atraparon los militsos, todo parecía justo y adecuado, y como obra del Destino.

—¿Y ahora qué pasa, eh?

Yo estaba en la capilla, pues era domingo por la mañana, y el chaplino de la prisión estaba goborando la Palabra del Señor. Mi raboto era tocar el starrio estéreo, poniendo música solemne antes y después, y también en la mitad, cuando se cantaban himnos. Yo estaba al fondo de la capilla (había cuatro en la staja 84F) cerca de donde los guardias, los chasos, estaban apostados con los rifles y las quijadas sucias y bolches, azules y brutales, y podía videar a todos los plenios sentados, slusando el Slovo del Señor, vestidos con aquellos horribles platis color cala, y emitiendo una especie de vono maloliente, no esa suciedad de los cuerpos sin lavar, no un olor a roña, sino un verdadero vono nauseabundo que sólo tienen los criminales, hermanos míos, como un vono mohoso, grasiento y desesperado. Y se me ocurrió que quizá yo también tenía este vono, pues había llegado a ser un auténtico plenio, aunque todavía muy joven. De manera que para mí era muy importante, oh hermanos míos, salir lo más pronto posible de ese zoo hediondo y grasño, y como podrán videar si siguen leyendo, no pasó mucho tiempo antes que lo consiguiera.

—¿Y ahora qué pasa, eh? —dijo el chaplino de la prisión por tercera vez—. ¿Se estarán la vida entera en instituciones como ésta, entrando y saliendo, entrando y saliendo, aunque la mayoría estará más adentro que afuera, o se proponen escuchar la Divina Palabra y comprender los castigos que esperan al pecador recalcitrante en el más allá así como también en este mundo? Un montón de condenados idiotas, todos ustedes, vendiendo el derecho de primogenitura por un plato de lentejas. La emoción del robo, de la violencia, las tentaciones de una vida fácil, ¿valen la pena cuando tenemos pruebas innegables, sí, sí, pruebas incontrovertibles de que hay un infierno? Lo sé, lo sé, amigos míos, he tenido visiones de un lugar más sombrío que cualquier prisión, más ardiente que todas las llamas del fuego humano, donde las almas de los pecadores y de los criminales recalcitrantes como ustedes, y no se burlen, malditos sean, no se rían, criminales como ustedes aúllan en una agonía infinita e insoportable, la nariz sofocada por el olor de la podredumbre, la boca atosigada por la basura ardiente, la piel que se les cae a tiras y se les pudre, y una bola de fuego que arde quemándoles las entrañas desgarradas. Sí, sí, sí, lo sé.

En este punto, hermano, un plenio que estaba cerca del fondo dejó oír un

chumchum de música labial —prrrrrp— y los chasos bestias se pusieron a trabajar sin demora, corriendo realmente scorro a la escena del chumchum, descargando feos golpes y tolchocando a derecha y a izquierda. Al fin los chasos cayeron sobre un plenio pobre y tembloroso, muy flaco, malenco y starrio, y lo sacaron a la rastra, pero el plenio no paraba de crichar: —No fui yo, vean, fue él. —Nadie le hizo caso. Lo tolchocaron a fondo y al final lo sacaron de la capilla, mientras el veco crichaba como un besuño.

—Escuchemos ahora la Palabra del Señor —dijo el chaplino. Recogió el libraco y pasó las páginas, lamiéndose los dedos: splush splush. Era un bastardo bolche, grande y corpulento, de litso muy rojo, pero me tenía simpatía, pues yo era joven y me mostraba muy interesado en el libraco. Se había dispuesto, como parte de lo que llamaban mi educación, que yo leería el libro, y también que podía tocar el estéreo de la capilla mientras leía, oh hermanos míos. Y eso era realmente joroschó. Me encerraban en la capilla y me permitían slusar música sagrada de J. S. Bach y G. F. Handel, y yo leía las historias de esos starrios yajudos que se tolchocaban unos a otros, y luego piteaban el vino hebreo y se metían en la cama con esposas que eran casi doncellas, todo realmente joroschó. Eso me encendía la sangre, hermano. Yo no copaba mucho de la parte final del libro, que se parece más a toda la goborada de los predicadores, y no tiene peleas ni el viejo unodós unodós. Pero un día el chaplino me dijo, apretándome fuerte con la ruca bolche y carnuda: —Ah, 6655321, piensa en el sufrimiento divino. Medita en eso, muchacho. —Y el chaplino despedía todo el tiempo ese vono a licor escocés, y luego se metió en la pequeña cantora para pitear un poco más. De modo que leí todo lo que había acerca de la flagelación y la coronación de espinas, y después la vesche de la cruz y toda esa cala, y así llegué a videar que allí había algo de veras. Mientras el estéreo tocaba trozos del hermoso Bach, yo cerraba los glasos y me videaba ayudando y hasta ordenando la tolchocada y la clavada también, vestido con una toga que era el último grito de la moda romana. Como ven, mi permanencia en la staja 84F no fue toda tiempo perdido, y el propio director se puso contento cuando supo que la religión me gustaba tanto, y que yo había puesto en ella todas mis esperanzas.

Ese domingo por la mañana el chaplino leyó un pasaje del libro acerca de los chelovecos que slusaban el slovo y se les importaba un cuerno, y dijo que eran como un domo levantado sobre arena, y después venía la lluvia golpeando y el viejo bum-bum rajaba el cielo, y ahí se terminaba el domo. Pero se me ocurrió que únicamente un veco muy estúpido podía levantar un domo sobre arena, y qué montón de drugos aprovechados y malos vecinos debía de tener un veco como ése, pues nadie le explicaba qué estúpido era construir esa clase de domo. Entonces el chaplino crichó: —Bien, ustedes. Terminaremos con el himno número 435, del Himnario de los Prisioneros. —Se oyó pum y plop y jush juish jush mientras los plenios recogían, soltaban y lamivolvían las páginas de los

roñosos y malencos himnarios, y los guardias prepotentes crichaban: —Dejen de hablar, bastardos. Te estoy mirando, 920537. —Por supuesto, yo ya tenía preparado el disco en el estéreo, y la sencilla música de órgano se inició con un grouuuouuuouuu. Y los plenios empezaron a cantar y las voces eran de veras horribles:

Somos un té flojo, recién hervido,
si nos revuelven nos coloreamos.
No conocemos el alimento de los ángeles
y largo es este momento de prueba.

Todos aullaron y gimieron esos slovos estúpidos mientras el chaplino los fustigaba gritando: —Más fuerte, malditos, levanten la voz —y los guardias crichaban—: Espera que ya te echaré las manos encima, 7749222— y —Ya verás luego, roña. —Al fin todo terminó y el chaplino dijo: —Que la Sagrada Trinidad os guarde por siempre, y os haga buenos, amén —y un hermoso trozo de la Segunda Sinfonía de Adrian Schweigselber, elegido por vuestro Humilde Narrador, oh hermanos, sonó en los parlantes. Qué manada, pensé de pie al lado del starrio estéreo de la capilla, videándolos salir con mucho arrastre de pies, haciendo muuuu y aaaa como animales, y apuntándome con los grasños dedos, pues se decía que yo gozaba de cierto favoritismo. Cuando se fue el último, las rucas colgándole como un mono, y el guardia que había quedado en la capilla lo siguió asestándole un tolchoco bastante fuerte en la golová, y una vez que apagué el estéreo, el chaplino se me acercó fumando un cancrillo, todavía con los platis starrios de ceremonia, todo puntilla y blanco como una débochca.

—Gracias como siempre, pequeño 6655321 —me dijo—. ¿Y qué noticias tienes hoy para mí?

Como yo bien sabía, este chaplino quería llegar a ser un cheloveco muy grande y santo en el mundo de la Religión Carcelera, y deseaba obtener un testimonio realmente joroschó del director, y por eso de tanto en tanto se le acercaba y le goboraba discretamente acerca de los sombríos complots que se cocinaban entre los plenios, y gran parte de toda esa cala la recibía de mí. Mucho era puro invento, pero había cosas ciertas, como por ejemplo la vez que llegó a nuestra celda por las cañerías cnoc cnoc cnocicnocicnoc cnoenoc que el gran Harriman pensaba escaparse. Quería tolchocar al guardia a la hora de comer, y después se escaparía con los platis del otro. La idea era tirar al diablo la horrible pischa que nos daban en el comedor; y yo sabía el plan, y lo pasé. Luego, el chaplino lo transmitió, y fue elogiado por el director, quien dijo que tenía mucho Espíritu Público y un Oído Agudo. Esta vez le dije, y no era cierto:

—Bueno, señor, por los caños llegó la noticia de que entró irregularmente una partida de cocaína, y de que el centro de distribución se instalará en una celda del

bloque 5. —Imaginé todo mientras caminábamos, como había hecho otras veces, pero el chaplino de la prisión se mostró muy agradecido y dijo: —Bien, bien, bien. Se lo comunicaré a Él mismo —así se refería siempre al director. Luego dije:

—Señor, he hecho todo lo posible, ¿verdad? —Cuando yo goboraba con los vecos de autoridad mi golosa era siempre muy cortés y de caballero—. Me he esforzado, ¿verdad?

—Creo —dijo el chaplino— que en general te has portado bien, 6655321. Colaboraste, y creo que has mostrado verdaderos deseos de reformarte. Si sigues así, conseguirás fácilmente que te reduzcan la pena.

—Pero, señor —lo interrumpí—, ¿qué puede decirme de eso que se comenta ahora? ¿Qué hay de ese nuevo tratamiento que permite salir en seguida y garantiza que uno nunca vuelve?

—Oh —dijo el chaplino, de pronto muy cauteloso—. ¿Dónde oíste eso? ¿Quién te contó?

—Esas cosas se comentan, señor —dije—. A veces hablan dos guardias, y uno no puede dejar de oír lo que dicen. O uno recoge un pedazo de diario en los talleres, y hay un artículo que lo explica todo. ¿Qué le parece si me propone para ese asunto, señor, si me permite la audacia de insinuárselo?

Se podía videar que el chaplino pensaba en el asunto mientras fumaba el cancrillo, preguntándose qué podría decirme, y lo que yo sabría de esa vesche. Al fin habló, pero sin dejar de mostrarse cauteloso: —Supongo que te refieres a la técnica de Ludovico.

—Ignoro cómo la llaman, señor —dije—. Sólo sé que a uno lo saca rápidamente de aquí, y aseguran contra toda posible vuelta.

—Así es —dijo el chaplino, mirándome y frunciendo el ceño—. Así es, 6655321. Por supuesto, no ha pasado de la etapa experimental. Es algo muy sencillo, pero muy drástico.

—¿Pero no la están usando aquí, señor? —pregunté—. Esos nuevos edificios blancos en la pared sur. Vimos cómo los construían mientras hacíamos gimnasia.

—Todavía no se la ha aplicado —dijo el chaplino—, por lo menos en esta prisión, 6655321. Él mismo tiene graves dudas acerca del asunto, y he de confesar que yo las comparto. El problema es saber si esta técnica puede hacer realmente bueno a un hombre. La bondad viene de adentro, 6655321. La bondad es algo que uno elige. Cuando un hombre no puede elegir, deja de ser hombre. —Hubiera seguido dándome más montones de la misma cala, pero alcanzamos a slusar el grupo siguiente de plenios, que bajaba clanc clanc los escalones de hierro en busca de un pedazo de Religión. El chaplino dijo: —Hablaremos de este asunto. Ahora, mejor sigue con tu trabajo. —Así que me acerqué al estéreo y puse el coral preludio *Wachet Auf* de J. S. Bach, y aquellos criminales y pervertidos, grasños, vonosos y bastardos, entraron atropellándose como un

montón de monos domados, y los chasos atrás, como perros que ladraban y atropellaban. Y poco después el chaplino de la prisión les decía:

—¿Y ahora qué pasa, eh? —y así la escena comenzó a repetirse.

Esa mañana tuvimos cuatro lonticos de religión carcelera, pero el chaplino no me dijo una palabra más acerca de la técnica de Ludovico, fuera lo que fuese, oh mis hermanos. Cuando terminé mi raboto con el estéreo, se limitó a goborarme unos pocos slovos de agradecimiento, y luego me privodaron de regreso a la celda del bloque 6, que era mi muy roñoso y estrecho hogar. El chaso en realidad no era un veco muy malo, y cuando abrió la puerta no me tolchocó ni pateó, y se limitó a decirme: —Aquí estamos, hijito, de regreso en el viejo agujero. —Y así volví con mis nuevos drugos, todos muy criminales pero, Bogo sea loado, ninguno inclinado a las perversiones del cuerpo. Ahí estaba Zofar en su camastro, un veco muy delgado y pardusco, que hablaba y hablaba y hablaba con una golosa áspera, de modo que nadie se molestaba en slusarlo. Lo que ahora estaba diciendo al aire era: —Y entonces uno no podía conseguir un poggy (quién sabe qué era eso, hermanos), aunque estuviese dispuesto a pagar diez millones de archibaldos, y entonces qué hago, eh, me voy a lo del Turco y le digo que esa mañana conseguí este sprugo, saben, ¿y qué puede hacer él? —En realidad, lo que hablaba era el lenguaje de los viejos criminales. También estaba allí la Pared, que tenía un solo glaso, y se arrancaba pedazos de las uñas de los pies en honor del domingo. Y el Gordo Judío, un veco muy grasiento y ancho que parecía como muerto, tirado en el camastro. Además, era la celda de Jojohn y el doctor. Jojohn era menudo, ágil y seco, y se había especializado en ataques sexuales, y el doctor afirmaba que podía curar la sífilis, y la gonorrea, pero sólo inyectaba agua, y así había matado a dos débochcas; bueno, ¿acaso no había prometido quitarles esa pesada carga? Realmente, eran una pandilla grasña y terrible, y no me gustaba convivir con ellos, oh hermanos míos, tanto como ahora no les agrada a ustedes, pero no sería por mucho tiempo.

Bueno, quiero que sepan que cuando construyeron la celda la hicieron para tres personas, y ahora éramos seis, apretados como sardinas. Y así eran las celdas de todas las prisiones en esa época, mis hermanos, una vergüenza de cala, pues no había lugar para que un cheloveco estirase las piernas. Y no me creerán si les digo que ese domingo brosaron a otro plenio. Sí, ya habíamos recibido la horrible pischa de budín de carne y guiso vonoso, y estábamos fumando tranquilamente un cancrillo en nuestros camastros, cuando nos echaron encima a este veco. Era un veco starrio y lengua larga, y comenzó a crichar antes que hubiésemos tenido tiempo de videar la situación. Trató de mover los barrotes, al mismo tiempo que crichaba: —Exijo mis podridos derechos, esto es el colmo, es una maldita imposición, eso mismo es. —Pero vino uno de los chasos y le dijo que tenía que arreglárselas como pudiera, y compartir un camastro, si alguien se lo permitía, pues de lo contrario tendría que echarse en el suelo—. y —concluyó

el guardia—, las cosas serán siempre peores, nunca mejores. Qué nuevo mundo están preparándose ustedes.

Bueno, la entrada de este nuevo cheloveco fue realmente el comienzo de mi salida de la vieja staja, porque era un plenio tan podrido y camorrista, con una mente muy sucia y torcidas intenciones, que ese mismo día nachinaron los problemas. También era muy prepotente, y comenzó a miramos a todos con un litso burlón, y a hablarnos con golosa alta y orgullosa. Aclaró que era el único prestúpnico joroschó de todo el zoológico, y afirmó que había hecho esto y aquello, y liquidado a diez militsos con un golpe de la ruca, y toda esa cala. Pero nadie se dejó impresionar mucho, oh hermanos míos. De modo que se las tomó conmigo, porque yo era el más joven, y quiso demostrarme que por esa razón tenía que ser yo y no él quien sasnutara en el suelo. Pero todos los demás me defendieron, y cricharon: —Déjalo en paz, grasño brachno —y entonces el cheloveco empezó a quejarse de que nadie lo quería. Pero esa misma naito descubrí que este horrible plenio estaba acostado conmigo en el camastro, el más bajo de una fila de tres, y también muy estrecho, y estaba goborándome sucios slovos de amor y acariciándome esto y aquello. De modo que me puse realmente besuño y le tiré un golpe, aunque no pude videar tan joroschó, pues apenas había una lucecita roja en el pasillo. Pero sabía que era él, el bastardo vonoso, y cuando la dratsa se armó realmente, y se encendieron las luces, pude videar el horrible litso y el crobo que le salía de la rota donde yo le había clavado la ruca.

Por supuesto, lo que entonces sluchó fue que mis compañeros de celda se despertaron y se unieron a la pelea, tolchocando un poco a ciegas en la semioscuridad, y el chumchum pareció despertar a todo el pabellón, de modo que se podían slusar los gritos y los golpes de los recipientes de hojalata contra la pared, como si todos los plenios de todas las celdas hubieran creído que se iniciaba una gran fuga, oh hermanos míos. Se encendieron las luces y vinieron los chasos vestidos con camisa, pantalones y gorros, sacudiendo los bastones. Pudimos videarnos los litsos enrojecidos, y los puños que se alzaban, y todos crichaban y maldecían. Entonces formulé mi queja, y todos los chasos dijeron que de cualquier modo Vuestro Humilde Narrador era el que había empezado, pues no tenía ni un arañazo, salvo el crobo colorado de ese horrible plenio; le caía de la rota, donde yo le había clavado la ruca. Me puse realmente besuño. Dije que no dormiría allí otra naito si las autoridades de la cárcel estaban dispuestas a permitir que esos prestúpnicos horribles, vonosos y pervertidos se me echaran encima cuando yo no podía defenderme. —Espera hasta la mañana —me dijeron—. ¿Su alteza quiere un cuarto privado con baño y televisión? Bien, ya lo arreglaremos por la mañana. Pero ahora, pequeño drugo, hunde la golová ensangrentada en la poduchca de paja, y que nadie nos venga con problemas. ¿De acuerdo?

Y los chasos se marcharon después de formular severas advertencias a todos, y poco después se apagaron las luces y yo dije que me quedaría sentado el resto de la naito, pero primero le hablé a ese horrible prestúpnico: —Anda, ocupa mi camastro si quieres. Ya no me interesa. Pusiste ahí el ploto horrible y vonoso y ahora todo huele a cala. —Pero entonces intervinieron los otros. El Judío Gordo dijo, todavía sudando por la bitba en la oscuridad:

—No tienes que hacer eso, hermano. No le aflojes a este maricón. —Y el nuevo le contestó:

—Cierra la trampa, yid —queriendo decirle que se callara, pero era una cosa muy insultante. El Judío Gordo ya iba a largarle un tolchoco, y el doctor dijo:

—Vamos, caballeros, no queremos problemas, ¿verdad? —y hablaba con la golosa refinada, pero este nuevo prestúpnico realmente se la estaba buscando. Se videaba que se creía un bolche veco muy importante, y que no le correspondía, por dignidad y posición, compartir una celda con otros seis y tener que dormir en el suelo. Miró al doctor burlonamente:

—Oh, así que no quieres más problemas, ¿no es así, Archibolas? —Entonces habló Jojohn, magro, enjuto y nudoso:

—Si no podemos dormir, seamos educados al menos. Nuestro nuevo amigo necesita una lección. —Aunque se especializaba en ataques sexuales, Jojohn sabía goborar bien, en un tono discreto y preciso. El plenio nuevo le contestó:

—Ca co cu, terrorcito de mi alma. —Y ahí empezó todo, pero con cierta extraña discreción, porque nadie elevaba mucho la golosa. Al principio el nuevo plenio crichó un poco, pero la Pared le daba puñetazos en la rota mientras el Judío Gordo lo sostenía contra los barrotes, para que pudieran videarlo a la malenca luz roja que venía del pasillo, y él decía oh oh oh. No tenía mucha fuerza, y los tolchocos que devolvía eran muy débiles, y supongo que eso le venía de hacer mucho chumchum con la golosa y de darse aires. De todos modos, al ver el viejo crobo colorado que le brotaba a la luz roja, sentí que la vieja alegría se me movía subiendo por las quischcas, y dije:

—Déjenmelo, salgan, déjenmelo ahora, hermanos. —Y el Judío Gordo contestó:

—Sí, muchacho, es lo justo. Dale, Alex. —Y todos miraron mientras yo castigaba al prestúpnico en la semioscuridad. Lo llené de golpes, bailando alrededor a pesar de que yo tenía los botines desatados, y después le hice una zancadilla y cayó pum pum al suelo. Entonces le tiré una patada realmente joroschó a la golová, y el plenio dijo ooohhh, y largó un ronquido como un veco que duerme, y el doctor intervino:

—Muy bien, creo que esa lección bastará —dijo, y entornó los ojos para videar al veco golpeado que estaba en el suelo—. Tal vez ahora está soñando que en el futuro lo mejor será comportarse bien. —Todos volvimos a nuestros camastros, pues nos sentíamos muy cansados. Lo que soñé, oh hermanos míos,

era que yo estaba en una orquesta muy grande, con centenares de músicos, y el director era una mezcla de Ludwig van y G. F. Handel, y parecía muy sordo y ciego y cansado del mundo. Yo estaba con los instrumentos de viento, pero lo que tocaba era como un fagot blanco y rosado, hecho de carne y que me salía del ploto, justo en medio de la barriga, y cuando soplaba tenía que smecar ja ja ja muy alto, porque me hacía como cosquillas, y entonces Ludwig van G. F. se irritaba y se ponía besuño. Acercaba la rota a mi litso y me crichaba fuerte en el uco, y yo me despertaba sudando. Por supuesto, el chumchum muy alto resultó ser el timbre de la prisión que hacía brrr brrr brrr. Era una mañana de invierno, y yo tenía los glasos pringosos de sueño, y cuando los abrí me dolieron mucho por la luz eléctrica que habían encendido en todo el zoo. Bajé los ojos y vi al nuevo prestúpnico sobre el suelo, ensangrentado y sucio, y todavía fuera fuera fuera de combate. Recordé la noche anterior, y la idea me hizo smecar un poco.

Pero cuando bajé del camastro y lo moví con mi noga desnuda, tuve una sensación de fría rigidez, de modo que me acerqué a la litera del doctor y lo sacudí; siempre le costaba mucho despertarse por la mañana. Pero esta vez salió del camastro bastante scorro, y lo mismo hicieron los otros, excepto la Pared, que dormía como un muerto. —Muy lamentable —dijo el doctor—, seguramente fue un ataque al corazón. —Luego continuó, recorriéndonos con los ojos: —Realmente, no debieron pegarle así. La verdad, no fue una idea muy buena. —Pero Jojohn dijo:

—Vamos, doc, tú también le diste unos buenos puñetazos. —Entonces el Judío Gordo se volvió hacia mí:

—Alex, fuiste demasiado impetuoso. Ese puntapié final fue una cosa muy fea. —Al oír esto sentí que el rasdrás me nublaba los glasos, y dije:

—¿Quién empezó todo, eh? Yo entré al final, ¿no es así? —Señalé a Jojohn y dije: —Fue idea tuya. —La Pared lanzó un ronquido, y yo añadí: —Despierten a ese brachno vonoso. Él le trabajó la rota mientras el Judío Gordo lo sostenía contra los barrotes.

—Nadie niega haberle dado algunos golpecitos suaves —comentó el doctor —, para enseñarle una lección, por así decirlo, pero es evidente que tú, querido muchacho, con el vigor y aún diría la irresponsabilidad de la juventud, le diste el cup de gras. Qué lástima.

—Traidores —grité—. Traidores y mentirosos —pues yo videaba que era todo como dos años antes, cuando mis supuestos drugos me habían abandonado a las rucas brutales de los militsos. En este mundo no se podía confiar en nadie, hermanos míos, eso estaba muy claro. Y entonces Jojohn fue a despertar a la Pared, que se mostró muy dispuesto a jurar que Vuestro Humilde Narrador era el auténtico culpable de los tolchocos sucios y toda esa brutalidad. Cuando vinieron los chasos, y después el jefe de los chasos y al fin el propio director, todos mis drugos de la celda hacían chumchum contando cómo yo había ubivado

a ese pervertido cuyo ploto croboso estaba arrumbado en el piso como un saco de cartófilos.

Fue un día muy extraño, hermanos míos. Se llevaron al ploto muerto, y luego todos los prisioneros tuvieron que quedarse encerrados hasta nueva orden, y no se repartió la pischa, ni siquiera un tazón caliente de chai. Cada uno sentado en su camastro, y los chasos que se paseaban por los corredores, y de tanto en tanto crichaban: —¡Cállense!— o —¡A cerrar esa trampa! —si slusaban siquiera un murmullo de cualquiera de las celdas. Luego, a eso de las once hubo un movimiento general y cierta excitación, y como un vono de miedo que venía de fuera de las celdas, y entonces aparecieron el director y el jefe de los chasos, y varios chelovecos muy bolches, de aspecto importante, y todos caminaban muy scorro y goboraban como besuños. Pareció que iban derecho hacia el extremo del bloque, y después se los slusó regresar, pero ahora iban más despacio, y se slusaba al director, un veco gordo y sudoroso, de cabellos rubios, que decía slovos como: —Pero, señor… —y— Bien, ¿qué puede hacerse, señor? —etc. Entonces el montón de vecos se detuvo frente a nuestra celda, y el jefe de los chasos abrió la puerta. En seguida se videaba quién era el veco realmente importante, un tipo muy alto, de glasos azules, con platis de veras joroschós, el traje más hermoso, hermanos míos, que yo haya visto nunca, absolutamente el último grito. Apenas echó una mirada a los pobres plenios, mientras decía con una golosa muy agradable y educada: —El Gobierno no puede continuar aplicando teorías penales pasadas de moda. Amontonamos a los criminales en una cárcel, y vea lo que ocurre. Sólo se consigue criminalidad concentrada, delitos en el mismo lugar del castigo. Pronto necesitaremos todo el espacio disponible en las cárceles, para los criminales políticos. —Yo no ponimaba nada de todo esto, hermanos, pero en fin de cuentas el veco no goboraba conmigo. Luego agregó: —El problema de los delincuentes comunes como esta turba repugnante —hermanos, hablaba de mí, y también de los otros, que eran verdaderos prestúpnicos, y además traicioneros— puede resolverse mejor sobre una base puramente curativa. Hay que destruir el reflejo criminal. El plan puede aplicarse en un año. Ya ven que para esta gente el castigo no significa nada. Más aún, parece que les agrada, y se matan unos a otros. —Aquí fijó en mí los severos glasos azules. Así que me animé a hablar:

—Con todo respeto, señor, me opongo firmemente a lo que acaba de decir. Señor, no soy un delincuente común, ni soy repugnante. Los otros pueden ser repugnantes, pero no yo.

El jefe de los chasos se puso púrpura, crichando: —Cierra esa maldita trampa. ¿No sabes a quién le hablas?

—Está bien, está bien —dijo el veco importante. Luego se volvió al director y continuó: —Empezaremos con este joven. Es audaz y perverso. Lo pondremos mañana en manos de Brodsky, y ustedes podrán observar también. El sistema funciona, no se preocupen. Lo cambiaremos tanto a este joven y maligno

granuja que no podrán reconocerlo.

Y esos slovos tan duros, hermanos, fueron el comienzo de mi libertad.

Esa misma tarde fui arrastrado limpia y gentilmente por unos chasos brutalmente tolchocadores a videar al director en su propia oficina: el sagrado santuario de lo sagrado. El director me miró con aire de fatiga y dijo: —Supongo que no conoces al hombre que vino esta mañana, ¿no es así, 6655321? —Y sin esperar mi respuesta continuó: —Era nada menos que el ministro del Interior, el nuevo ministro del Interior, y lo que llaman una escoba muy nueva. Bien, estas ridículas ideas modernas se aplicarán al fin, y órdenes son órdenes, aunque puedo decirte en confianza que no las apruebo. En efecto, las rechazo vigorosamente. Mi fórmula es ojo por ojo. Si alguien te pega, tú le devuelves el golpe, ¿no es así? Entonces, ¿por qué el Estado castigado gravemente por esa chusma brutal que son todos ustedes no ha de devolver el golpe? Pero la nueva idea es decir no. La nueva idea es la de convertir lo malo en bueno. Y eso me parece una grave injusticia, ¿eh?

Dije entonces, procurando mostrar respeto y aquiescencia:

—Señor. —El jefe de los chasos, rojo y corpulento, de pie detrás de la silla del director, crichó entonces:

—Cierra esa sucia trampa, basura.

—Está bien, está bien —dijo el director, cansado y desinflado—. Te reformarán, 6655321, mañana irás a ver a este Brodsky. Creen que podrás dejar la custodia en poco más de una quincena. Luego saldrás otra vez a recorrer el mundo ancho y libre, y ya no serás un número. Supongo —dijo como rezongando— que la idea te agrada… —No le contesté, y el jefe de los chasos crichó:

—Contesta, roñoso cerdo, cuando el director hace una pregunta.

De modo que dije: —Oh, sí, señor. Muchas gracias, señor. Realmente me he portado lo mejor posible. Estoy muy agradecido a todos.

—No lo estés —casi suspiró el director—. Esto no es una recompensa. Está muy lejos de serlo. Ahora bien, tienes que firmar este formulario. Dice que estás dispuesto a aceptar la conmutación del resto de tu condena sometiéndote a lo que aquí llaman, qué expresión ridícula, Tratamiento de Recuperación. ¿Firmarás?

—Claro que firmaré —dije—, señor. Y muchísimas gracias. —Así que me dieron un lápiz tinta y firmé mi nombre, muy elegante y con muchos adornos. El director dijo:

—Bien, supongo que eso es todo. —El jefe de los chasos observó:

—El capellán de la prisión quiere hablarle al preso, señor. —De modo que me sacaron al corredor y me llevaron hacia la capilla, y todo el tiempo uno de los chasos me tolchocaba en la espalda y la golová, pero con aire muy distraído y como al descuido. Y así atravesé la capilla, acercándome a la pequeña cantora del chaplino, y me hicieron entrar. El chaplino estaba sentado frente a su

escritorio, y el rico vono de los cancrillos caros y el escocés se olía fuerte y claro. El chaplino me dijo:

—Ah, pequeño 6655321, siéntate. —Y a los chasos: —Esperen afuera, ¿quieren? —Y eso hicieron. Luego me habló con aire de mucha sinceridad, y me dijo: —Quiero que comprendas una cosa, muchacho, y es que no tengo nada que ver en todo esto. Si hubiese servido de algo habría protestado, pero no servía.

Está el problema de mi propia carrera, está el problema de la debilidad de mi voz comparada con el grito poderoso de ciertos elementos privilegiados de la comunidad. ¿Hablo claro? —No, no hablaba claro, hermanos, pero yo asentí—. En todo esto hay problemas éticos muy complicados —continuó el chaplino—. Hacen de ti un buen chico, 6655321. No volverás a tener ganas de cometer actos de violencia, ni ningún tipo de delitos contra la paz del Estado. Espero que lo hayas comprendido.

Confío en que tendrás ideas absolutamente claras al respecto.

—Oh, me gustará ser bueno, señor —contesté, pero por dentro, hermanos, smecaba realmente joroschó. Dijo el chaplino:

—Algunas veces no es grato ser bueno, pequeño 6655321. Ser bueno puede llegar a ser algo horrible. Y te lo digo sabiendo que quizá te parezca una afirmación muy contradictoria. Sé que esto me costará muchas noches de insomnio. ¿Qué quiere Dios? ¿El bien o que uno elija el camino del bien? Quizás el hombre que elige el mal es en cierto modo mejor que aquel a quien se le impone el bien. Son problemas profundos y difíciles, pequeño 6655321. Pero lo único que deseo decirte ahora es esto: si en algún momento del futuro evocas esta situación y me recuerdas, a mí, el más bajo y humilde servidor de Dios, te ruego que no me juzgues en tu corazón, ni creas de algún modo que soy parte en eso que te estará ocurriendo. Y ahora, hablando de ruegos, advierto con tristeza que ya no servirá de mucho rogar por ti. Estás entrando en una región nueva, fuera del alcance de la plegaria. Una cosa terrible, si bien se mira. Y sin embargo, en cierto sentido, al aceptar que te priven de la capacidad de tomar una decisión ética, en cierto sentido realmente has elegido el bien. O por lo menos eso quisiera creer. Eso quisiera creer, Dios nos asista a todos, 6655321. —Y aquí se echó a llorar. Pero yo no le presté mucha atención, hermanos, y me limité a smecar discretamente por dentro, porque uno podía videar que había estado piteando el viejo whisky; y en seguida el chaplino retiró una botella de un estante del escritorio y empezó a servirse una dosis bolche, realmente joroschó en un vaso muy grasiento y grasño. Tragó el líquido, y luego dijo: —Tal vez todo marche bien, ¿quién sabe? La voluntad de Dios sigue caminos misteriosos. —Y empezó a cantar un himno con golosa rica y sonora. Se abrió la puerta y los chasos me tolchocaron de vuelta a la celda vonosa; pero el viejo chaplino continuó entonando el himno.

Bien, a la mañana siguiente tuve que decirle adiós a la vieja staja, y me sentí

un malenco triste, como siempre le ocurre a uno cuando tiene que irse de un lugar al que ya se acostumbró. Pero no fui muy lejos, oh hermanos míos. A puñetazos y puntapiés me llevaron al nuevo edificio blanco que se levantaba después del patio donde hacíamos ejercicio. Era una construcción muy nueva y tenía un olor nuevo, pegajoso y frío que lo estremecía a uno. Me quedé de pie en el horrible y bolche vestíbulo desnudo y mi sensible cluvo olfateó otros vonos nuevos. Eran como vonos de hospital, y el cheloveco a quien me entregaron los chasos tenía puesta una chaqueta blanca, como un empleado de hospital. Firmó el recibo por mí, y uno de los chasos brutales que me había llevado dijo: —Cuidado con éste, señor. Un bruto bastardo ha sido y será, pese a todos los halagos y lisonjas al capellán de la prisión y la lectura de la Biblia. —Pero este nuevo cheloveco tenía glasos azules joroschó que reían cuando goboraba.

—Oh, no creemos que haya problemas —contestó—. Seremos amigos, ¿verdad? —Y me sonrió con los glasos y la rota grande y bien formada, de subos blancos y brillantes, y la verdad que simpaticé casi en seguida con este veco. En fin, me pasó a un veco de menos categoría también cortés y de chaqueta blanca, que me llevó a un dormitorio agradable, limpio y blanco, con cortinas y una lámpara de noche, y una sola cama, todo para Vuestro Humilde Narrador. Lo cual me provocó una smecada interior de veras joroschó, porque se me ocurrió que yo era un málchico realmente afortunado. Me dijeron que me quitase los horribles platis de la prisión, y me dieron un hermoso piyama, oh hermanos míos, todo verde, la cima de la moda en ropa de dormir. También me dieron una bata bonita y caliente, y un par de hermosos tuflos para meter las nogas desnudas, y yo pensé: —Bueno, Alex, antes el pequeño 6655321, sin duda te está cambiando la suerte. Aquí lo pasarás realmente bien.

Después que me dieron una buena chascha de café de veras joroschó y algunas viejas gasettas y revistas para mirar mientras piteaba, vino el primer veco de blanco, el que había firmado el recibo por mí, y dijo: —Ajá, de modo que estás aquí —lo que era decir una vesche muy tonta, pero no sonaba tonta, porque el veco era muy simpático—. Yo soy el doctor Branom —explicó—. Soy el ayudante del doctor Brodsky. Con permiso, te haré un breve examen general de rutina. —Y sacó el viejo esteto del carmano derecho—. Tenemos que estar seguros de que te encuentras bien, ¿verdad? Sí, en efecto, tenemos que estar seguros. —Y allí estaba yo, tendido en la cama, afuera la chaqueta del piyama, y él hacía esto y aquello, y lo otro. Le dije:

—¿Qué es exactamente ese tratamiento, señor? —Oh —dijo el doctor Branom, mientras el frío esteto me recorría la espalda—, en realidad es muy sencillo. Te haremos ver algunas películas.

—¿Películas? —repetí, pues apenas podía creer lo que oían mis ucos, oh hermanos míos, como ya todos habrán adivinado—. ¿Quiere decir, señor —insistí —, que será como ir al cine?

—Se trata de películas especiales —explicó este doctor Branom—. Películas muy especiales. La primera sesión será esta tarde. Sí —dijo, enderezándose, porque estaba inclinado sobre mí—, parece que estás en muy buenas condiciones. Quizás un poco subalimentado. Culpa de la comida de la prisión. Ponte otra vez la chaqueta del piyama. Después de cada comida —dijo, sentándose al borde de la cama— te daremos una inyección en el brazo. Facilitará las cosas. —Me sentía realmente agradecido a este doctor Branom tan amable, y le dije:

—¿Vitaminas, señor?

—Algo por el estilo —contestó, con una sonrisa muy joroschó y cordial—. Un pinchazo en el brazo después de cada comida.

El doctor Branom se marchó. Me quedé tendido en la cama pensando que estaba en un verdadero paraíso, y me dediqué a leer algunas de las revistas que me habían dejado: *Deportes Mundiales, Sinyma* (ésta dedicada a películas) y *Metas*. Luego, volví a recostarme y cerré los glasos y pensé qué agradable era volver a ser libre, Alex, quizá con un trabajito lindo y fácil durante el día, porque ahora era demasiado viejo para la vieja scolivola, y después tal vez juntara una nueva banda para la naito, y el primer raboto sería echarle la mano al Lerdo y a Pete, si ya no los habían apresado los militsos. Esta vez tendría mucho cuidado de que no me lovetaran. Me daban otra oportunidad, a pesar de que había matado, y no era justo que me dejara lovetar de nuevo, después que se tomaban tanto trabajo para mostrarme las películas que harían de mí un muchacho realmente bueno. En realidad, yo estaba smecando realmente joroschó de la inocencia de los tipos, y seguía smecando cuando me trajeron el almuerzo en una bandeja. El veco era el mismo que me había llevado al malenco dormitorio cuando llegué por primera vez al mesto, y me dijo:

—Es bueno saber que alguien se siente bien. —En la bandeja habían puesto una pischa realmente apetitosa: dos o tres lonticos de carne asada y caliente, y unos cartófilos aplastados y salsa, y después crema helada y una linda chascha de chai caliente. Hasta me mandaron un cancrillo para fumar y una caja de cerillas con una cerilla adentro. Esto parecía la buena vida, oh hermanos míos. Y después, cuando ya me había pasado una media hora dormitando en la cama, entró una enfermera, una débochca joven y bonita, con unos grudos de veras joroschó (no había visto ptitsas así durante dos años), y traía una bandeja y una hipodérmica. Le dije:

—Ah, las viejas vitaminas, ¿no es cierto? —y le mandé un silbidito, pero no me hizo caso. Lo único que hizo fue clavarme la aguja en el brazo izquierdo, y svizzzz entró la vitamina. Y la débochca se fue, clac clac clac sobre las nogas de taco alto. Entonces apareció el veco de chaqueta blanca que parecía un enfermero trayendo una silla de ruedas. Me sentí un malenco sorprendido, y dije:

—¿Qué pasa, hermano? Seguro que puedo caminar adonde tenga que ir. —Pero el veco replicó:

—Mejor lo llevo. —Y en efecto, oh hermanos míos, cuando bajé de la cama me sentí un malenco débil. Era la desnutrición de que había hablado el doctor Branom, esa horrible pischa de la cárcel. Pero las vitaminas después de las comidas me pondrían bien. De esto no hay ninguna duda, pensé.

Entonces, hermanos, me llevaron a un sitio que no se parecía a los sinys que yo conocía. Es cierto que una pared estaba completamente cubierta con papel plateado, y enfrente tenía agujeros cuadrados para el proyector, y había altavoces de estéreo distribuidos por todo el mesto. Pero sobre la pared de la derecha había un banco con cosas que parecían medidores, y en medio del cuarto, frente a la pantalla, algo parecido a la silla de un dentista, y de allí salía toda clase de alambres, y casi tuve que arrastrarme desde la silla de ruedas al asiento, con la ayuda de otro veco enfermero de chaqueta blanca. Entonces vi que debajo de los agujeros de proyección había como un vidrio opaco, y me pareció que detrás se movían sombras de personas, y que se slusaba a alguien que tosía cashl cashl cashl. Pero en eso pude darme cuenta de que yo estaba de veras muy débil, y pensé que era el cambio de la pischa de la prisión y la nueva pischa, muy alimenticia, y las vitaminas que me habían inyectado. —Bueno —dijo el veco que había empujado la silla de ruedas—, lo dejo ahora. La función empieza apenas llega el doctor Brodsky. Espero que le guste. —Para ser sincero, hermanos, en realidad no me sentía con ganas de videar películas esa tarde. No tenía ganas, y nada más. Hubiera preferido de veras una linda y tranquila spachca en la cama, linda y tranquila y completamente odinoco. Estaba muy caído.

Y ahora un veco de chaqueta blanca me ató la golová a una especie de apoyo, y todo el tiempo cantaba una vonosa y calosa canción pop. —¿Para qué es esto? —pregunté. Y el veco replicó, interrumpiendo un instante la canción, que era para mantenerme fija la golová y obligarme a mirar la pantalla—. Pero —dije— yo *quiero* mirar la pantalla. Me trajeron aquí para videar películas, y eso es lo que haré. —Y entonces el otro veco de chaqueta blanca (eran tres, uno de ellos una débochca sentada frente al banco, moviendo las llaves) medio smecó al oír eso, y dijo:

—Nunca se sabe. Oh, nunca se sabe. Confíe en nosotros, amigo, es mejor así. —Y entonces descubrí que me estaban atando las rucas a los brazos del sillón, y las nogas a una especie de apoyapiés. La vesche me pareció un poco besuña, pero no me resistí. Yo estaba dispuesto a aguantar muchas cosas, oh hermanos míos, si me prometían que iban a dejarme libre en dos semanas. Pero una vesche no me gustó, y fue cuando me aplicaron broches sobre la piel de la frente, levantándome los párpados, y arriba arriba cada vez más arriba, y yo no podía cerrar los glasos por mucho que quisiera. Traté de smecar y dije: —Tiene que ser una película realmente joroschó si tanto les preocupa que la vea. —Y riéndose dijo uno de los vecos de chaqueta blanca:

—Joroschó es la palabra, amigo. Una joroschó de horrores. —Y ahí nomás me pusieron un casquete sobre la golová, y pude videar toda clase de cables que

salían del casquete, y luego me aplicaron como una ventosa en la barriga, y otra en el viejo tic-tac, y también de las ventosas salían cables. Entonces se oyó el chumchum de una puerta al abrirse, y era que llegaba un cheloveco muy importante, pues se videó que los otros vecos de chaqueta blanca se ponían muy tiesos. Eso fue cuando conocí a este doctor Brodsky. Era un veco malenco, muy gordo, de pelo todo rizado, y unos ochicos muy gruesos sobre la nariz carnuda. Alcancé a videar que llevaba un traje realmente joroschó, del todo a la última moda, y despedía un vono delicado y sutil como de sala de operación. Con él estaba el doctor Branom, sonriéndome, como para darme confianza—. ¿Todo listo? —preguntó el doctor Brodsky con golosa muy profunda. Entonces pude slusar unas voces que decían listo listo listo desde cierta distancia, después más cerca, y se oyó un discreto chumchum de zumbido, como si hubiesen encendido algo. Y entonces se apagaron las luces, y ahí estaba Vuestro Humilde Narrador y Amigo sentado solo en la oscuridad, incapaz de mover ni cerrar los glasos, ni ninguna otra cosa. Y entonces, hermanos míos, comenzó la función con una música muy gronca para dar atmósfera; venía de los altavoces áspera y muy discordante. Y sobre la pantalla comenzó la película, pero sin título ni indicaciones. Todo sucedía en una calle, y podía haber sido cualquier calle de cualquier ciudad, y era una naito de veras oscura, y los faroles estaban encendidos. Era cine muy bueno, profesional, y nada de esos pestañeos y cortes que uno videa en esas películas sucias que pasan en la casa de alguien, en una calle apartada. La música no paraba, bump bump bump, y la atmósfera era siniestra. En eso apareció un viejo bajando por la calle, muy starrio, y sobre este veco starrio saltaron dos málchicos vestidos a la última moda, lo que se usaba entonces (todavía los pantalones estrechos, pero ya no corbatín, sino más bien una verdadera corbata), y empezaron a divertirse. Se slusaban bien los gritos y los gemidos del veco, con mucho realismo, y también la respiración pesada y el jadeo de los dos málchicos que lo tolchocaban. Hicieron una verdadera pasta con este veco starrio, crac crac crac con las rucas cerradas, y le arrancaron los platis y acabaron pateándole el ploto nago (que yacía colorado de crobo en el grasño barro del albañal) y después escaparon muy scorro. Entonces apareció en primer plano la golová del veco starrio castigado, y el crobo le brotaba con un hermoso color colorado. Es raro que los colores del mundo real parezcan reales de verdad sólo cuando se los ve en la pantalla.

Bueno, mientras miraba empecé a darme cuenta de que no me sentía del todo bien, y pensé que era la desnutrición y mi estómago que no estaba preparado para la rica pischa y las vitaminas. Pero traté de olvidarme, y me concentré en la película siguiente, que empezó en seguida, hermanos míos, sin tiempo ni para respirar. Esta vez trataba de una joven débochca a quien le daban el viejo unodós unodós primero un málchico después otro después otro después otro, y ella crichando muy gronco por los altavoces, y al mismo tiempo se oía

una música muy patética y trágica. Todo era real, muy real, aunque si uno pensaba bien en el asunto, no se podía imaginar que una liuda aceptara que le hiciesen eso en una película, y si esto lo filmaban en nombre de la moral o el Estado no se podía imaginar que lo permitiesen sin intervenir. De modo que tenía que ser un trabajo muy hábil, lo que llaman armar, o montar, o cualquier otra vesche por el estilo. Porque era muy real. Y cuando le llegó el turno al sexto o séptimo málchico, que se burlaba y smecaba y se disponía a hacer la cosa, y la débochca crichaba como besuña en la banda de sonido, comencé a sentirme mal. Me dolía todo el cuerpo, y tenía ganas de vomitar y al mismo tiempo no tenía ganas, y empecé a sentirme nervioso, oh hermanos míos, pues estaba atado y rígido en el sillón. Cuando terminó la escena, slusé la golosa de este doctor Brodsky que decía desde el tablero de mando: —¿Reacción alrededor de doce punto cinco? Promisorio, promisorio.

Sin parar pasamos a otro lontico de película, y esta vez era nada más que un litso humano, una cara humana muy pálida que estaba sujeta, y a la que le hacían diferentes vesches podridas. Yo transpiraba un poco por el dolor en las tripas, y la sed horrible, y la golová que me hacía zrob zrob zrob, y se me ocurrió que si no videaba esa película tal vez no me sentiría tan enfermo. Pero no podía cerrar los glasos, y aunque trataba no conseguía sacarlos de la línea de fuego de la película. Así que tuve que seguir videando lo que pasaba, y oyendo las más atroces crichadas que salían de ese litso. Sabía que no podía ser realmente *real*, pero eso no cambiaba las cosas. Yo estaba retorciéndome, pero no podía vomitar, y vi primero una britba que arrancaba un ojo, después cortaba la mejilla, y luego hacía raj raj raj aquí y allá, mientras el crobo colorado inundaba el lente de la cámara. En eso comenzaron a arrancarle los dientes con un par de pinzas, y la crichada y la sangre eran terroríficas. Aquí slusé la voz del doctor Brodsky que decía: —Excelente, excelente, excelente.

El siguiente lontico de película mostraba una vieja que tenía un negocio, y un montón de málchicos que la pateaban entre risas groncas, y después destrozaban el negocio y lo incendiaban. Se podía videar a la pobre ptitsa starria tratando de arrastrarse fuera de las llamas, gritando y crichando, pero como le habían roto una pierna a patadas, no podía moverse. Así que las llamas la envolvían, y uno podía videarle el litso doloroso como pidiendo ayuda entre el fuego, y que después desaparecía tragado por las llamas, y entonces se slusaba el más gronco, doloroso y doliente grito que haya lanzado nunca una golosa humana. Y entonces supe que iba a vomitar, de modo que criché:

—Quiero vomitar. Por favor, déjenme vomitar. Por favor, tráiganme algo para vomitar. —Pero este doctor Brodsky replicó:

—Pura imaginación. No tiene por qué preocuparse. Ya viene otra película. —Tal vez quiso hacer una broma, porque oí como una smecada en la oscuridad. Y entonces tuve que empezar a videar una película repugnante sobre la tortura

japonesa. Era en la guerra de 1939-1945, y aparecían soldados clavados a los árboles, y debajo encendían fuego, y después les cortaban los yarblocos, e incluso se videaba cómo le cortaban la golová a un soldado de un sablazo; la cabeza rodaba, y la rota y los glasos parecían seguir vivos, y el ploto del soldado continuaba corriendo, y del cuello le brotaba una fuente de crobo, y al final se derrumbaba, y todo el tiempo los japoneses se reían como locos. Los dolores en la barriga, y la cabeza, y la sed que yo sentía eran terribles, y todo parecía venir de la pantalla. Así que criché:

—¡Paren la película! ¡Por favor, paren eso! ¡No puedo soportar más! —Y la golosa de este doctor Brodsky dijo:

—¿Que paremos? *¿Que paremos*, dijíste? Caramba, si apenas hemos comenzado. —Y él y los otros smecaron de veras.

No quiero explicarles, oh hermanos, qué otras horribles vesches me obligaron a videar esa tarde. Las mentes de este doctor Brodsky y el doctor Branom y los otros de chaquetas blancas, y recuerden que estaba esta débochca manejando las llaves y mirando los medidores, deben haber sido más calosas y sucias que cualquier prestúpnico de la propia staja. Porque no me parece posible que a un veco se le ocurriese siquiera hacer películas con lo que me obligaban a videar, atado al sillón y los glasos abiertos a la fuerza. Lo único que yo podía hacer era crichar muy gronco que pararan, que pararan, y así en parte ahogaba el ruido de los que dratsaban y peleaban, y también de la música que acompañaba todo. Ya se imaginan qué alivio fue cuando vi la última película y este doctor Brodsky dijo, con una golosa aburrida y somnolienta: —Creo que es suficiente para el Día Uno, ¿no le parece, Branom? —Y se encendieron las luces, y la golová me palpitaba como un motor bolche y grande que fabrica dolores, y tenía la rota toda seca y calosa, y la sensación de que podía vomitar hasta el último pedazo de pischa que había comido, oh hermanos míos, desde el día que me destetaron—. Muy bien —dijo este doctor Brodsky—, pueden llevarlo a la cama. —Me dio unos golpecitos en el plecho y dijo: —Bien, bien. Un comienzo muy promisorio —sonriendo con todo el litso, y se alejó seguido por el doctor Branom; pero antes de irse el doctor Branom me echó una sonrisa muy druga y simpática, como si él no tuviese nada que ver con esta vesche, y lo hiciese obligado como yo.

En fin, me soltaron el ploto atado al sillón y la piel encima de los glasos, así que pude abrirlos y cerrarlos de nuevo, y bien que los cerré, oh hermanos míos, por el dolor y los latidos de la golová, y luego me pusieron en la vieja silla de ruedas, y sentí que me llevaban a mi malenco dormitorio, y el subveco que empujaba el carrito canturreaba una podrida canción pop, de modo que casi rugí: —Cállate de una vez —pero se limitó a smecar y dijo: —No te preocupes, amigo —y siguió cantando más fuerte. Me pusieron en la cama, pero yo seguía bolnoyo y no podía dormir, aunque pronto empecé a sentirme un malenco mejor, y ahí nomás me trajeron un chai caliente con mucho moloco y sacarro, y al pitearlo comprendí que la horrible pesadilla era cosa pasada y concluida. En eso entró el doctor Branom, todo simpatía y sonrisas, y me dijo:

—Bien, según mis cuentas ahora comienzas a sentirte mejor, ¿no es así?

—Señor —respondí con voz cansada. No entendí muy bien de qué goboraba con ese asunto de las cuentas, porque sentirse mejor después de estar bolnoyo es asunto de uno, y nada tiene que ver con cuentas. El doctor Branom se sentó, muy amable y drugo, en el borde de la cama, y me dijo:

—El doctor Brodsky está muy contento contigo. Tuviste una reacción muy positiva. Por supuesto, mañana habrá dos sesiones, por la mañana y por la tarde, y supongo que luego te sentirás un poco decaído. Pero si queremos curarte

tenemos que ser duros.

—¿Quiere decir que tendré que aguantar…? Es decir, ¿otra vez esas…? Oh, no —dije—. Fue horrible.

—Por supuesto que fue horrible —sonrió el doctor Branom—. La violencia es algo muy horrible. Eso precisamente es lo que estás aprendiendo ahora. Tu cuerpo lo está aprendiendo.

—Pero —dije— no entiendo nada. No entiendo por qué me sentí tan enfermo. Antes no me enfermaba nunca. Todo lo contrario. Quiero decir, que si lo hacía o miraba, me sentía realmente joroschó. No veo ahora por qué o cómo o qué…

—La vida es algo maravilloso —observó el doctor Branom con una golosa muy solemne—. ¿Quién conoce realmente esos milagros que son los procesos de la vida, la estructura del organismo humano? Por supuesto, el doctor Brodsky es un hombre notable. Lo que ahora te ocurre es lo que debiera ocurrirle a cualquier organismo humano normal y sano que observa las fuerzas del mal, el trabajo del principio de destrucción. Estamos curándote, te estamos devolviendo la salud.

—No me parece —dije—, y no entiendo nada. Lo que ustedes consiguieron es que me sienta muy enfermo.

—¿Te sientes enfermo ahora? —preguntó, siempre con la vieja sonrisa druga en el litso—. Estás bebiendo té, descansando, charlando tranquilamente con un amigo… ¿no es cierto que te sientes bien?

Busqué como escuchando y tanteando dolores y malestares en la golová y el ploto, claro que con algún temor, pero era cierto, hermanos; me sentía realmente joroschó, y hasta tenía ganas de comer. —No sé —dije—. Seguro que hacen algo para que me sienta enfermo. —Y fruncí el ceño, tratando de recordar.

—Esta tarde te sentiste mal —dijo el doctor Branom— porque estás mejorando. El hombre sano siente náusea y miedo cuando se encuentra con cosas odiosas. Te estás curando, eso es todo. Y mañana a la misma hora te sentirás mejor todavía. —El doctor Branom me dio una palmadita en la noga y salió de la habitación, y yo traté de descifrar lo mejor posible toda la vesche. Pensé que tal vez eran los cables y las otras vesches que me habían puesto en el ploto los que me provocaban esos malestares, y que en realidad todo era un truco. Seguía pensando en el asunto y preguntándome si valdría la pena resistirse al día siguiente, cuando me quisieran atar al sillón, armando una buena dratsada con todos, porque yo tenía mis derechos, cuando vino a verme otro cheloveco. Era un veco starrio y sonriente, Encargado de Egresos según dijo, y traía un montón de papelitos.

—¿Adónde irás cuando salgas de aquí? —En realidad, no había pensado en esa clase de vesche, y sólo ahora comenzaba a entender que muy pronto sería un málchico suelto y libre; y entonces vi que eso ocurriría sólo si yo aceptaba todo, y no empezaba a dratsar, crichar, y rehusarme, y esas cosas.

—Oh, iré a casa —dije—. De vuelta con pe y eme.

—¿Con quién? —Claro, el veco no conocía la jerga nadsat, así que le aclaré:

—Con mis padres, en la vieja y querida casa de vecindad.

—Comprendo —dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que te visitaron?

—Un mes —contesté— más o menos. Suspendieron un tiempo las visitas porque una ptitsa le pasó un poco de pólvora a un prestúpnico, y castigaron también a los inocentes, lo cual fue una jugada calosa. Así que desde hace un mes no tengo visitas.

—Comprendo —dijo el veco—. ¿Y saben tus padres de tu traslado y tu próxima libertad? —Ese slovo *libertad* tenía un svuco realmente hermoso.

—No —contesté, y luego—: Será toda una sorpresa para los dos, ¿verdad? Yo entro por la puerta y digo: « Aquí estoy, otra vez un veco libre» . Sí, realmente joroschó.

—Bien —dijo el Encargado de Egresos—, lo dejaremos así. Lo importante es que tengas dónde vivir. Bueno, está también el problema del trabajo ¿no? —y me mostró una larga lista de empleos posibles, pero yo pensé que para eso había tiempo de sobra. Primero un lindo y malenco descanso. Podía buscarme una crastada apenas saliera y llenarme así los carmanos, pero tendría que hacerlo con mucho cuidado y completamente odinoco. Ya no confiaba en los supuestos drugos. Así que le dije a este veco que dejáramos estar un poco la cosa, y que ya volveríamos a goborarla. El veco dijo bien bien bien y se preparó para salir. Descubrí que era un tipo muy raro de veco, pues en ese momento soltó una risita y luego dijo: —¿Te gustaría darme un puñetazo en la cara, antes que me vaya? —Me pareció que yo no había slusado bien, y le pregunté:

—¿Qué?

—¿No te gustaría —aquí otra risita— darme un puñetazo en la cara? —Lo miré con el ceño fruncido, muy asombrado, y pregunté:

—¿Por qué?

—Oh —dijo—, sólo para ver cómo andas. —Y me acercó mucho el litso, con una sonrisa satisfecha en toda la rota. Así que levanté el puño y se lo descargué sobre el litso, pero el veco se apartó realmente scorro, siempre sonriendo, y mi ruca pegó al aire. Me pareció muy extraño, y fruncí el ceño mientras él se alejaba, smecando a todo trapo. Y entonces, hermanos míos, me sentí otra vez realmente enfermo, lo mismo que durante la tarde, aunque sólo un par de minutos. Se me pasó scorro, y cuando trajeron la cena descubrí que tenía buen apetito, y que estaba dispuesto a devorarme el pollo asado. Pero era curioso que el cheloveco starrio me hubiese pedido un tolchoco en el litso. Y más raro todavía que yo hubiese sentido ese malestar.

Pero lo peor de todo fue que esa noche, cuando me quedé dormido, oh hermanos, tuve una pesadilla, y como todos se imaginarán soñé con una de esas escenas de película que yo había visto a la tarde. Un sueño o una pesadilla es en

realidad una película dentro de la golová, excepto que entonces parece que uno puede caminar y participar en todo. Y eso es lo que me ocurrió. Era la pesadilla de una de las películas que me habían mostrado al final de la tarde, acerca de los málchicos smecantes que le hacían la ultraviolencia a una joven ptitsa, y la ptitsa crichaba mientras le salía el crobo rojo rojo, con todos los platis rasreceados realmente joroschó. Yo participaba de la vesche, smecando y siendo el líder de todo, vestido a la última moda nadsat. Pero en lo mejor de la dratsada y los tolchocos me sentí como paralizado y quise vomitar, y todos los demás málchicos smecaron realmente gronco. De modo que dratsé para volver a despertar, chapoteando en mi propio crobo, y había litros y galones, y al final me encontré en este dormitorio, en la cama. Quería vomitar, así que me levanté temblando para salir al corredor donde estaba el viejo WC. Pero ¿saben?, hermanos, habían cerrado la puerta del dormitorio con llave. Y al volverme videé por primera vez que había barrotes en la ventana. Y entonces, cuando extendí la ruca para retirar la bacinilla guardada en la malenca mesa de noche, al lado de la cama, videé que no tenía modo de escapar de todo esto. Pero todavía no me atrevía a meterme de nuevo en la golová dormida. Pronto descubrí que, después de todo, no deseaba vomitar, pero me sentía puglio ante la idea de acostarme de nuevo en la cama. En fin, poco después me dormí, y ya no volví a soñar.

—Basta, basta, basta —crichaba yo sin parar—. Paren eso, grasños bastardos, que ya no aguanto. —Hermanos, era el día siguiente, y había hecho de veras lo posible por la mañana y la tarde, siguiéndoles el juego, sentado en esa silla de tortura como un málchico joroschó amable y bien dispuesto, mientras pasaban en la pantalla sucias escenas de ultraviolencia, y yo tenía los glasos bien abiertos para videarlo todo, y el ploto, las rucas y las nogas atados al sillón, de modo que no podía moverme. Lo que ahora me obligaban a videar no era en realidad una vesche que antes me hubiese parecido muy mala; sólo eran tres o cuatro málchicos crastando una tienda y llenándose de dinero los carmanos, al mismo tiempo que jugaban con la ptitsa starria y crichante de la tienda, y la tolchocaban y le hacían brotar el crobo rojo rojo. Pero el latido y el bum bum bum bum en mi golová y las ganas de vomitar y la sed asquerosa y raspante en la rota, todo eso era peor que el día anterior. —Oh, basta, basta —exclamé—. No es justo, sodos vonosos —y traté de despegarme de la silla, pero no era posible, yo estaba allí como clavado.

—Excelente —crichó este doctor Brodsky—. Está yendo muy bien. Una más y hemos terminado.

Bueno, otra vez la starria guerra de 1939-1945, y era una película toda manchada, con rayas y grietas, y se podía videar que había sido hecha por los alemanes. Comenzaba con las águilas alemanas y la bandera nazi y esa cruz toda retorcida que a los málchicos de la escuela les gusta dibujar, y había oficiales alemanes muy altaneros y nadmeños caminando por calles polvorientas, entre agujeros de bombas y edificios caídos. Después se vieron unos liudos fusilados contra la pared, oficiales dando órdenes y también horribles plotos nagos tirados en las alcantarillas, todos como jaulas de costillas peladas y las nogas blancas y delgadas. Después aparecían otros liudos que crichaban, pero eso no se oía en la banda de sonido, oh hermanos —el único sonido era la música—, y los oficiales los tolchocaban mientras se los llevaban a la rastra. Y en eso, a pesar de todo el dolor y las náuseas, comprendí que la música que resonaba y crepitaba en la banda de sonido era de Ludwig van, el último movimiento de la Quinta Sinfonía, y entonces criché como un besuño: —¡Basta! —criché—. Basta, sodos grasños y asquerosos. ¡Un pecado, sí, eso, eso, un sucio e imperdonable pecado, brachnos! —No suspendieron en seguida la filmación, porque sólo faltaban un minuto o dos — unos liudos apaleados y crobosos, más pelotones de fusilamiento, luego la vieja bandera nazi y FIN. Pero cuando se encendieron las luces, este doctor Brodsky y también el doctor Branom estaban de pie frente a mí, y el doctor Brodsky decía:

—¿Qué decías acerca del pecado, eh?

—Eso —dije, sintiéndome muy enfermo—. Usar de ese modo a Ludwig van.

Él no le hizo daño a nadie. Beethoven no hizo más que escribir música. —Y entonces me sentí realmente enfermo, y tuvieron que traerme un recipiente que tenía forma de riñón.

—La música —dijo el doctor Brodsky, como hablándose a sí mismo—. De modo que le gusta la música. No sé nada de música, excepto que intensifica bien las emociones. Bueno, bueno. ¿Qué opina, doctor Branom?

—No puede evitarlo —replicó el doctor Branom—. El hombre destruye lo que ama, como dijo el poeta-prisionero. Quizás hemos encontrado el factor personal de castigo. Esto seguramente complacerá al director.

—Denme de beber —dije—. Por amor de Bogo. —Suéltenlo —ordenó el doctor Brodsky—. Tráiganle una jarra de agua helada. —Así que los subvecos se lanzaron a cumplir las órdenes, y poco después yo estaba piteando galones y más galones de agua, y era una felicidad, oh hermanos míos. El doctor Brodsky dijo:

—Pareces un joven bastante inteligente. Además, se diría que tienes cierto gusto. El único inconveniente es esa inclinación a la violencia, ¿no es así? Violencia y robo, y el robo como forma de la violencia. —Yo no goboré una sola palabra, hermanos. Todavía me sentía enfermo, aunque ahora un malenco mejor. Pero había sido un día espantoso—. Bien —continuó el doctor Brodsky—, ¿qué piensas de todo esto? Dime, ¿qué crees que te estamos haciendo?

—Me hacen enfermar, me siento mal cada vez que veo esas sucias películas perversas. Aunque en realidad no es por las películas. Creo que si dejara de verlas no volvería a enfermarme.

—Justo —dijo el doctor Brodsky—. Asociación, el método educativo más antiguo del mundo. ¿Y cuál es la verdadera causa de que te sientas mal?

—Esas vesches grasñas y podridas que me han puesto en la golová y el ploto —repliqué—. Eso es.

—Muy curioso —comentó el doctor Brodsky— ese dialecto de la tribu. ¿Sabe usted de dónde viene, Branom?

—Fragmentos de una vieja jerga —dijo el doctor Branom, que ya no tenía un aire tan amistoso—. Algunas palabras gitanas. Pero la mayoría de las raíces son eslavas. Propaganda. Penetración subliminal.

—Bien bien bien —dijo el doctor Brodsky, un poco impaciente, como si el asunto ya no le interesara—. Bien —repitió, volviéndose hacia mí—, no son los cables. Nada tiene que ver con los cables que te conectamos al cuerpo. Sólo sirven para medirte las reacciones. ¿De qué se trata, pues?

Claro, entonces videé qué schuto besuño había sido, no dándome cuenta de que todo venía de las hipodérmicas en la ruca. —Oh —criché—, oh, ahora lo video todo. Un truco sucio, vonoso y caloso. Una traición, sodos, y no me la harán otra vez.

—Mejor que protestes ahora —dijo el doctor Brodsky—. Así lo aclararemos todo en seguida. Podríamos meterte en el cuerpo esta sustancia de Ludovico por

distintos medios. Oralmente por ejemplo. Pero el método subcutáneo es el mejor. Por favor, no te resistas. No tiene objeto. No nos vencerás.

—Grasños brachnos —dije, medio lloriqueando. Y continué: —No me importa lo de la ultraviolencia y toda esa cala. Puedo aguantarlo. Pero no es justo meterse con la música. No es justo que me enferme cuando estoy slusando al hermoso Ludwig van y G. F. Handel, y otros. Todo lo cual demuestra que ustedes son un perverso montón de sodos, y nunca los perdonaré.

Pareció que los dos se quedaban pensativos. Luego, el doctor Brodsky observó: —Siempre es difícil poner límites. El mundo es uno, y es una la vida. La actividad más dulce y celestial participa en alguna medida de la violencia; por ejemplo, el acto amoroso, o la música. Hemos de correr ciertos riesgos, muchacho. Tú elegiste. —No entendí todos esos slovos, pero contesté:

—No necesitamos seguir, señor. —Astuto, yo había cambiado un malenco el tono—. Ya me demostraron que toda esta dratsada y la ultraviolencia y el asesinato están mal, mal, terriblemente mal. Aprendí la lección, señores. Ahora comprendo lo que nunca había visto antes. Estoy curado, gracias a Dios. —Y levanté piadosamente los glasos al techo. Pero los dos doctores menearon tristemente las golovás, y el doctor Brodsky dijo:

—Todavía no estás curado. Falta mucho por hacer. Sólo cuando tu cuerpo reaccione pronta y violentamente a la violencia, como si estuviera frente a una víbora, sin ayuda nuestra, sin medicinas, entonces podremos…

—Pero, señor —lo interrumpí—, señores, ya *veo* que está mal. Está mal porque va contra la sociedad, está mal porque todos los vecos de la tierra tienen derecho a vivir y a ser felices sin que los golpeen, tolchoquen y apuñalen. Aprendí mucho, de veras lo digo. —Pero el doctor Brodsky smecó ruidosamente, mostrando todos los subos blancos, y dijo:

—La herejía de la edad de la razón —o unos slovos por el estilo—. Veo lo que es justo y lo apruebo, pero hago lo que es injusto. No, no, muchacho, tienes que ponerte en nuestras manos. Pero alégrate. Pronto todo terminará. En menos de dos semanas serás un hombre libre. —Brodsky me dio unas palmaditas en el plecho.

Menos de dos semanas, hermanos y amigos míos, fue como toda una vida. Fue como vivir desde el principio al final del mundo. Catorce años completos en la staja hubiesen sido nada comparados con esto. Todos los días lo mismo. Cuando apareció la débochca con la hipodérmica, cuatro días después de esta goborada con el doctor Brodsky y el doctor Branom, no pude más y le dije: —Oh, no, nada de eso —y le di un tolchoco en la ruca, y la jeringa fue a parar tincle-tinc-tinc al suelo. Era para ver lo que harían. Lo que hicieron fue traer a cuatro o cinco subvecos realmente bolches de chaqueta blanca que me sujetaron a la cama, tolchocándome con los litsos sonrientes muy cerca del mío, y entonces la ptitsa enfermera dijo: —Perverso y malvado demonio —mientras

me pinchaba la ruca con otra jeringa y me metía la sustancia de un modo brutal y malévolo. Y así, agotado, me llevaron en la silla de ruedas al siny de los infiernos.

Todos los días, hermanos míos, pasaban películas parecidas, todas con patadas y tolchocos y el crobo rojo rojo que goteaba de los litsos y los plotos y se derramaba sobre los lentes de la cámara. Los personajes eran casi siempre málchicos sonrientes y smecantes vestidos a la última moda nadsat; o dientudos torturadores japoneses, o nazis brutales que se libraban de las víctimas a tiros y patadas. Y todos los días empeoraban el deseo de querer morir y las náuseas, y los dolores y calambres en la golová y los subos, y esa sed terrible terrible. Hasta que una mañana quise fastidiar a los bastardos ras ras rasreceándome la golová contra la pared, y que los tolchocos me dejaran inconsciente, pero lo único que ocurrió fue que me enfermé al ver que esta clase de violencia era la misma de las películas, y lo único que conseguí fue agotarme, y entonces me dieron la inyección y me llevaron como siempre en el sillón de ruedas.

Y llegó la mañana en que me desperté y tomé el desayuno de huevos, tostadas y jalea, y chai con leche muy caliente, y entonces pensé: —Ya no falta mucho. Debo de estar cerca del final. Sufrí el máximo, y no puedo más. —Y esperé, esperé, hermanos, que la ptitsa enfermera trajese la jeringa, pero no apareció. Y en eso llegó el subveco de chaqueta blanca, y dijo:

—Hoy, viejo amigo, caminarás sobre tus piernas. —¿Caminaré? —pregunté —. ¿Adónde?

—Al lugar de siempre —dijo el veco—. Sí, sí, no te asombres tanto. Irás a ver las películas, conmigo por supuesto. Ya no irás más en la silla de ruedas.

—Pero —pregunté— ¿qué hay de esa horrible inyección que me dan todas las mañanas? —Hermanos, la novedad me tenía muy sorprendido, porque ellos habían mostrado mucho interés en meterme la vesche de Ludovico, como la llamaban—. ¿No volverán a inyectarme esa podrida sustancia en la pobre ruca dolorida?

—Nunca más —casi smecó el enfermero—. Por los siglos de los siglos, amén. Ahora te las arreglarás solo, muchacho. Irás con tus propios pies a la cámara de los horrores. Pero todavía te atarán y te obligarán a ver. Vamos, pues, mi tigrecito. —Y tuve que ponerme la bata y los tuflos y bajar por el corredor al mesto de las películas.

Pero esta vez, oh hermanos míos, no sólo me sentí muy enfermo sino además muy asombrado. Lo pasaron todo de nuevo: la vieja ultraviolencia y los vecos con las golovás aplastadas y las ptitsas destrozadas y goteando crobo que crichaban pidiendo compasión, y las peleas y porquerías privadas e individuales de costumbre. Después aparecieron los campos de prisioneros y los judíos, y las grisáceas calles extranjeras atestadas de tanques y uniformes y vecos que caían barridos por las balas, que era el lado público del asunto. Y esta vez no había

motivo para las náuseas, la sed y los dolores, excepto el hecho de que me obligaran a videar, pues seguían poniéndome los broches en los glasos, y habían asegurado las nogas y el ploto al sillón, pero ya no tenía los cables y demás vesches aplicados al ploto y la golová. De modo que lo que me estaba pasando era culpa de las películas que videaba, ¿no les parece? Excepto, por supuesto, hermanos, que esta vesche de Ludovico fuese como una vacuna, y que ahora me estuviese viajando por el crobo, y en ese caso me enfermaría siempre siempre siempre cada vez que videase una escena de ultraviolencia. Así que abrí la rota y empecé buuu buuuu buuu, y las lágrimas enturbiaron lo que yo estaba obligado a videar, pues tenía que ir pasando como por una cortina de gotas de rocío plateadas y que corrían y corrían. Pero los brachnos de chaqueta blanca vinieron scorro a limpiarme las lágrimas con unos tastucos, diciendo: —Bueno, bueno, vean qué chiquillo más llorón. —Y entonces todo reapareció claro ante mis ojos, los alemanes que empujaban a los judíos suplicantes y gimientes, vecos y chinas, y málchicos y débochcas, metiéndolos en los mestos donde los ahogaban a todos con gas venenoso. Buuu juuu juuu otra vez, y en seguida estaban limpiándome las lágrimas, muy scorro, para que no me perdiera ni una vesche solitaria del espectáculo. Fue un día terrible y horrible, oh hermanos míos y únicos amigos.

Esa naito yo estaba tendido en la cama, completamente solo, después de mi cena de guiso de cordero, pastel de frutas y crema helada, y pensaba para mí: Demonios, demonios, demonios, habría tiempo aún si pudiese salir ahora. Pero yo no tenía armas. No me permitían usar britba, y día por medio me afeitaba un veco gordo y calvo que venía a mi cama antes del desayuno, y dos brachnos de chaqueta blanca estaban ahí cerca, videando si yo me comportaba como un buen málchico no violento. Me habían cortado y limado las uñas casi al ras, así que ni siquiera podía arañar. Pero todavía era muy scorro en el ataque, aunque, hermanos, me habían debilitado casi a una sombra de lo que había sido en mis buenos tiempos de málchico libre. Así que ahora bajé de la cama y fui a la puerta cerrada con llave y comencé a descargar golpes fuertes y joroschós, crichando a la vez: —Oh, socorro, socorro. Estoy enfermo, me muero. Doctor doctor doctor por favor, rápido. Oh, me muero. Socorro. —Tenía el gorlo de veras seco y dolorido antes que apareciese alguien. De pronto oí nogas que venían por el corredor y una golosa gruñona, y reconocí entonces la golosa del veco de chaqueta blanca que me traía la pischa y me escoltaba a mi condenación cotidiana. Gruñó a través de la puerta:

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa ahí? ¿Qué juego podrido te traes entre manos?

—Oh, me estoy muriendo —casi gemí—. Tengo un terrible dolor en el costado, aquí. Es apendicitis. Ooooohhh.

—Apendicitis, mierda —gruñó el veco, y entonces, oh hermanos, alcancé a slusar el clanc clanc de las llaves—. Si intentas una jugarreta, amigo, mis compañeros y yo te patearemos toda la noche. —El veco abrió la puerta y junto

con él entró el dulce aroma de la promesa de libertad. Bueno, yo estaba detrás de la puerta cuando el veco la abrió, y pude videarlo a la luz del corredor buscándome con los glasos, un poco sorprendido. En eso alcé los dos puños para tolchocarlo fuerte en el cuello, y entonces, lo juro, cuando medio ya lo videaba de antemano tirado en el suelo gimiendo o fuera de carrera y comenzaba a sentir el goce que me subía de las tripas, la náusea cayó sobre mí como una ola y sentí un miedo horrible, como si realmente me fuese a morir. Me acerqué a la cama vacilando y haciendo urg urg urg, y el veco, que no estaba con la chaqueta blanca sino con una bata, videó clarito lo que yo había pensado pues me dijo:

—Bueno, siempre se aprende, ¿verdad? Siempre aparece algo nuevo, ¿no? Vamos, amiguito, levántate de la cama, y pégame. Realmente, me gustaría. Un buen golpe a la mandíbula. Oh, vamos, me muero de ganas. —Pero lo único que pude hacer, hermanos, fue quedarme tendido sollozando juuu juuu juuu—. Basura —rezongó burlón el veco—. Mierda. —Y me alzó por el cuello de la chaqueta del piyama, y yo estaba muy débil y agotado, y luego levantó y descargó la ruca derecha, de modo que recibí un lindo y viejo tolchoco justo en el litso—. Esto —dijo— es por sacarme de la cama, basura. —Y el veco se frotó las rucas una contra la otra suich suich suich y salió. Clic clac hizo la llave en la cerradura.

Y entonces, hermanos, tuve que hundirme en el sueño para escapar de la horrible y perversa impresión de que recibir un golpe era mejor que darlo. Si ese veco no se hubiese ido, yo tal vez le habría ofrecido la otra mejilla.

Hermanos, no podía creer a mis propios oídos. Me parecía que había estado en ese mesto vonoso toda una vida, y que me lo pasaría allí eternamente. Pero siempre había sido una quincena, y ahora decían que la quincena casi había terminado.

—Mañana, amiguito, fuera fuera fuera. —Y movieron el viejo pulgar, como apuntando a la libertad. Y el veco de chaqueta blanca que me había tolchocado, y que seguía trayéndome bandejas de pischa y me escoltaba todos los días a la tortura, me dijo luego: —Pero todavía te falta un día importante. Será el examen de salida. —Y el veco smecó con una sonrisa recelosa.

Supuse que esa mañana me llevarían como de costumbre al mesto de las películas en piyama, tuflos y bata. Pero no fue así. Me dieron la camisa y la ropa interior, y mis platis de la noche, y mis joroschós botas de patear, todo bien preparado y lavado o planchado o lustrado. Hasta me devolvieron la britba filosa que había usado en los buenos viejos tiempos en peleas y dratsas. Desconcertado, miré todo esto mientras me vestía, pero el veco de la chaqueta blanca se limitó a sonreír y no quiso goborar palabra, oh hermanos míos.

Me llevaron muy amablemente al mismo viejo mesto, pero había algunos cambios. Habían puesto cortinas frente a la pantalla, y el vidrio opaco ya no estaba bajo los orificios de proyección, tal vez porque lo habían levantado o plegado a los costados como persianas. Y donde antes se oía solamente el ruido de toses cashl cashl cashl cashl y se veían como sombras de liudos ahora había un verdadero público, y en él algunos litsos que yo conocía. Estaba el director de la staja, y el hombre santo, el chaplino como le decían, y el jefe de los chasos, y ese cheloveco muy importante y bien vestido que era el ministro del Interior o Inferior. A los demás no los conocía. También estaban el doctor Brodsky y el doctor Branom, pero no llevaban chaqueta blanca, y se habían vestido ahora como visten los doctores que son importantes y quieren vestirse a la última moda. El doctor Branom estaba y nada más, pero el doctor Brodsky estaba y goboraba con palabras muy complicadas a todos los liudos reunidos. Cuando me videó venir dijo: —Ajá. Aquí, caballeros, presentamos al propio sujeto. Como ven, se encuentra en excelentes condiciones y bien alimentado. Acaba de dormir bien y de tomar un abundante desayuno, y no está drogado ni hipnotizado. Mañana lo devolveremos confiadamente al mundo, un chico tan decente como los que asisten a la escuela dominical, dispuesto a la palabra amable y la colaboración. Qué cambio, caballeros, comparado con el perverso granuja que el Estado condenó a sufrir un castigo estéril hace dos años, y que no cambió nada en ese período. ¿Dije que no cambió? No, no fue así. La prisión le enseñó la sonrisa falsa, las manos untuosas de la hipocresía, la sonrisa obsequiosa y baja. Le enseñó otros vicios, además de confirmar los que practicaba desde hacía tiempo.

Pero, caballeros, basta de palabras. Los hechos hablan mejor que las palabras. Bien, acción. Atentos todos.

Yo estaba un poco aturdido por esta goborada, y trataba de entender qué hablaba de mí Brodsky. Entonces se apagaron todas las luces y se encendieron dos reflectores que venían de los orificios de proyección, y uno de ellos iluminaba directamente a Vuestro Humilde y Sufriente Narrador. Y la otra luz fue a fijarse sobre un cheloveco grande y bolche que yo jamás había videado antes. Tenía un litso grasiento, y mostacho, y como mechones de pelo pegados a la golová casi calva. Era de unos treinta, cuarenta o cincuenta años, es decir un starrio que andaba por esa edad. Se me acercó y el reflector lo acompañó, y poco después las dos luces eran una sola más grande. El veco me dijo con mucha burla: —Hola, montón de basura. Puff, no te lavas mucho, qué olor tienes. —Luego, como si estuviera dando pasos de baile, me pisó las nogas, la izquierda y también la derecha, y después me dio un arañazo en la nariz que me dolió como besuño y me llenó los glasos con las viejas lágrimas, y además me retorció el uco izquierdo como si fuera la perilla de una radio. Pude slusar risitas y un par de jajajas realmente joroschós que venían del público. La nariz, las nogas y las orejas me ardían y dolían como besuño, así que le dije:

—¿Por qué me tratas así? Jamás te hice mal, hermano.

—Ah —dijo este veco—. Mira esto —arañazos a la nariz— y esto —retorcimiento de oreja—, y esto otro —feo pisotón en la noga derecha— pues no me gusta la gente como tú. Y si quieres responder de algún modo, empieza, por favor empieza. —Entonces comprendí que tenía que andar verdaderamente scorro y sacar la britba filosa antes que se me apareciese aquella náusea espantosa, convirtiendo la alegría de la batalla en el sentimiento de que era mejor contenerse. Pero, oh hermanos, cuando mi ruca buscó la britba en el carmano interior, mi glaso mental videó a este cheloveco insultante, y ahora me pedía compasión, y el crobo rojo rojo le corría por la rota, y apenas había aparecido esta imagen cuando llegaron las náuseas, la garganta seca y los dolores, y comprendí que tenía que cambiar muy scorro lo que sentía por este podrido veco, de modo que busqué cigarrillos o dinero en los carmanos, y entonces, oh hermanos míos, como no tenía ninguna de las dos vesches, le dije, medio tembleque y balbuceante:

—Me gustaría darte un cigarrillo, hermano, pero parece que no tengo. —Y el veco me dijo:

—Bah, bah, juuujuuu. Llora, chiquito. —Y ahí nomás me arañó otra vez la nariz con una uña bolche y dura, y pude slusar smecadas muy ruidosas de diversión que venían del público en la oscuridad. Le dije verdaderamente desesperado, procurando mostrarme amable con este veco insultante y agresivo, y parar así los dolores y las náuseas:

—Por favor, déjame hacer algo por ti. —Y rebusqué en mis carmanos; pero

sólo encontré la britba filosa, así que la saqué y se la ofrecí, al mismo tiempo que le decía: —Por favor, toma esto, te lo ruego. Un regalito. Te pido que lo aceptes.

—Guárdate esos sobornos hediondos —dijo el veco—. No me convencerás de ese modo. —Me dio un golpe en la ruca y la britba filosa cayó al suelo. Así que le dije: —Por favor, tengo que hacer algo. ¿Te limpio las botas? Mira, me agacho para lamértelas. —Y entonces, hermanos míos, créanlo o bésenme los scharros, me arrodillé y saqué un kilómetro y medio de mi yasicca roja para lamerle las botas grasñas y vonosas. Pero el veco me contestó con una patada —no muy fuerte— en la rota. Entonces pensé que no vendrían las náuseas y el dolor si sólo le agarraba los tobillos con las rucas y lo mandaba al suelo a este grasño brachno. Así lo hice y el veco se llevó una real y bolche sorpresa, porque se fue al suelo entre las risas del podrido público. Pero al videarlo en el suelo sentí que me venía esa sensación horrible, de modo que le ofrecí la ruca para que se levantara scorro, y arriba fue el tipo. Y cuando se disponía a darme un tolchoco realmente feo y perverso en el litso el doctor Brodsky dijo:

—Está bien, suficiente. —Así que este veco horrible medio se inclinó y se alejó muy elegante, como un actor, mientras se encendían las luces enceguecíéndome, y yo abría la rota aullando. El doctor Brodsky dijo al público: —Como ven ustedes, nuestro sujeto se siente impulsado hacia el bien porque paradójicamente se siente impulsado al mal. La intención de recurrir a la violencia aparece acompañada por hondos sentimientos de incomodidad física. Para aliviarlos, el sujeto tiene que pasar a una actitud diametralmente opuesta. ¿Alguna pregunta?

—El problema de la elección —dijo una golosa rica y profunda, y era el chaplino de la cárcel—. En realidad, no tiene alternativa, ¿verdad? El interés propio, el temor al dolor físico lo llevaron a esa humillación grotesca. La insinceridad era evidente. Ya no es un malhechor. Tampoco es una criatura capaz de una elección moral.

—Ésas son sutilezas —sonrió a medias el doctor Brodsky—. No nos interesan los motivos, la ética superior. Sólo queremos eliminar el delito…

—Y —agregó el ministro bolche y bien vestido— aliviar la espantosa congestión de las prisiones.

—Bien, bien —dijo alguien.

Hubo mucha goborada y discusión, y yo estaba allí, hermanos, casi completamente ignorado por esos brachnos ignorantes, así que criché:

—Yo, yo, yo. ¿Qué hay de mí? ¿Dónde entro en todo esto? ¿Soy un animal, o un perro? —Y así provoqué una goborada de veras fuerte, y todos me arrojaban slovos. Así que criché más fuerte todavía: —¿No soy más que una naranja mecánica? —No sé qué me llevó a usar esos slovos, hermanos, que se me vinieron a la golová sin pensarlo. Y no sé por qué, pero los hice callar a todos los vecos durante un minuto o dos. Entonces, un cheloveco starrio de tipo profesoral

se puso de pie, y tenía un cuello que era como un montón de cables que le salían de la golová y le bajaban al ploto, y me dijo:

—No tienes por qué protestar, muchacho. Elegiste, y esto es el resultado de tu elección. Lo que venga ahora es lo que elegiste tú mismo. —Pero el chaplino de la prisión crichó:

—Oh, ojalá pudiera creerlo. —Y se podía videar que el director lo miraba como diciéndole que no ascendería en la religión carcelera tan alto como él creía. Aquí recomenzó la discusión a gritos, y entonces pude slusar el slovo Amor que iba de un lado para otro, y el propio chaplino de la prisión crichaba tan alto como los demás sobre el Amor Perfecto que Destruye el Miedo, y el resto de esa cala. Y aquí el doctor Brodsky dijo, sonriendo con todo el litso:

—Me alegro, caballeros, de que se haya suscitado esta cuestión del Amor. Ahora veremos en acción una forma del Amor que creíamos muerta, junto con la Edad Media. —Se apagaron las luces y otra vez se encendieron los reflectores, uno enfocado sobre vuestro pobre y doliente Amigo y Narrador, y en el pedazo iluminado por el otro rodó o se deslizó la más hermosa débochca joven que uno hubiera podido imaginar en toda la chisna. Es decir, tenía unos grudos realmente joroschós, que casi se videaban enteros, porque llevaba unos platis que bajaban y bajaban y bajaban por los plechos. Y tenía las nogas como Bogo en el Paraíso, y cuando caminaba uno sentía que se le revolvían las quischcas, aunque el litso era un litso dulce y cordial, joven e inocente. Se me acercó y era de luz, como la luz de la gracia celestial y toda esa cala, y lo primero que me vino a la golová era que quería tumbarla ahí mismo, sobre el suelo, para hacer el viejo unodós unodós realmente salvaje, pero scorro como un tiro me atacó la náusea, como un detective que hubiese estado vigilando desde la esquina y ahora viniese a hacer el arresto. Y el vono del agradable perfume de la débochca inició un movimiento en mis quischcas, y así entendí que tenía que pensar de otro modo en ella, antes que el dolor, la sed y la náusea horrible se me echasen encima verdaderamente joroschós. Así que criché:

—Oh, la más bella y dulce de las débochcas, pongo el corazón a tus pies para que lo pises. Si tuviera una rosa te la daría. Si el suelo estuviera mojado y caloso extendería mis platis para que caminaras encima y no mancharas tus nogas exquisitas con la roña y la cala. —Y mientras decía todo esto, oh hermanos míos, sentía que la náusea iba cediendo. —Permite —criché— que te venere y sea tu auxilio y protector en este mundo perverso. —Entonces me vino el slovo justo, y me sentí mejor, y le dije: —Déjame ser tu auténtico caballero —y otra vez me arrodillé, inclinado casi hasta rozar el suelo.

Y entonces me sentí de veras schuto y tonto, porque todo había sido teatro, y la débochca sonrió y se inclinó ante el público, y salió con paso ágil y elegante, y las luces se encendieron y se oyeron algunos aplausos. Y los glasos de algunos de los starrios vecos del público se les salían de las órbitas al mirar a esta joven

débochca, y se videaba en ellos el deseo sucio e impío, oh hermanos míos.

—Será nuestro auténtico cristiano —estaba crichando el doctor Brodsky— dispuesto a ofrecer la otra mejilla, dispuesto a dejarse crucificar antes que a crucificar, que se enfermará ante la mera idea de matar siquiera a una mosca. —Y era cierto, hermanos, porque cuando dijo eso pensé en matar una mosca, y comencé a sentir una ligera náusea, pero ahogué la sensación imaginando que yo alimentaba a la mosca con pedacitos de azúcar, y la cuidaba como a un animalito regalón, y toda esa cala. —Recuperación —crichó el doctor Brodsky —. Alegría ante los Angeles del Señor.

—El hecho es —estaba diciendo con voz gronca el ministro del Inferior— que funciona.

—Oh —dijo el chaplino de la prisión, medio suspirando—, por cierto que funciona, Dios nos asista a todos.

TERCERA PARTE

1

—¿Y ahora qué pasa, eh?

Eso, hermanos míos, era lo que me preguntaba a la mañana siguiente, de pie fuera del edificio blanco que estaba como encajado en la vieja staja, vestido con mis platis nocturnos de dos años antes, a la luz gris del amanecer, con una malenca bolsa donde tenía mis pocas vesches personales y algo de dinero amablemente donado por las vonosas Autoridades para ayudarme a empezar la nueva vida.

El resto del día anterior había sido muy agotador, con las entrevistas grabadas para los telenoticiosos y las fotografías flash flash flash y nuevas demostraciones de cómo me repugnaba la ultraviolencia, y toda esa basura calosa. Y luego me tumbé en la cama, y en seguida, según me pareció, me despertaron para decirme que me fuese, que me marchase, que no querían ver más a Vuestro Humilde Narrador, oh hermanos míos. Y ahí estaba yo muy muy temprano en la mañana, con ese dinero malenco en el carmano izquierdo, haciendo sonar las monedas y preguntándome:

—¿Y ahora qué pasa, eh?

Desayuno en un mesto, pensé, pues todavía no había comido en la mañana, ya que todos los vecos habían tenido tantas ganas de tolchocarme mostrándome el camino de la libertad. Sólo había piteado una chascha de chai. Esa staja se alzaba en un sector muy tétrico de la ciudad, pero por todas partes había malencos cafés para obreros, y pronto descubrí uno, hermanos míos. Era muy caloso y vonoso, con una lamparilla en el techo y la suciedad de las moscas como oscureciendo la luz, y algunos rabotadores tempranos que sorbían chai y devoraban unas salchichas repulsivas, atragantándose con trozos de klebo, trag trag trag, y luego crichando más. Los servía una débochca muy calosa, pero que tenía unos grudos muy bolches, y algunos de los vecos que estaban allí comiendo trataban de tocarla, y hacían ja ja ja y ella respondía je je je, y el espectáculo me dio náuseas, hermanos. Pero pedí unas tostadas y jalea y chai, todo muy cortésmente y con mi golosa de caballero, y me senté en un rincón oscuro a comer y pitear.

Mientras estaba en eso, entró un malenco enanito, vendiendo las gasettas de la mañana, un prestúpnico grasño y deforme con lentes gruesos de armazón de acero, los platis del color de un budín de grosellas starrio y rancio. Cuperé una gasetta, con la idea de meterme otra vez en la chisna normal videando lo que pasaba en el mundo. Me pareció que era una gasetta del gobierno, pues en la primera página sólo se hablaba de la necesidad de que los vecos volviesen a elegir al gobierno en la próxima elección general, que según decían se haría en unas dos o tres semanas. Había slovos muy sonoros acerca de lo que el gobierno había hecho, hermanos míos, en el último año o cosa así, con el aumento de las

exportaciones, y la política exterior realmente joroschó y el mejoramiento de los servicios sociales y toda esa cala. Pero de lo que en realidad más se alababa el gobierno era de que en los últimos seis meses había mejorado la seguridad en las calles para todos los liudos amantes de la paz que andaban de noche, y esto gracias al aumento de los sueldos de la policía y al hecho de que la policía procedía ahora con mano dura contra los jóvenes matones, los ladrones, los pervertidos y toda esa cala. Lo que interesó bastante a Vuestro Humilde Narrador. Y en la segunda página de la gasetta había una fotografía borrosa de alguien que me pareció muy conocido, y que en definitiva no era otro que yo yo yo. Tenía una cara sombria y como atemorizada, pero eso era realmente por los fogonazos que hacían pop pop todo el tiempo. Debajo de mi foto se decía que yo era el primer graduado del nuevo Instituto Estatal de Recuperación de Criminales, curado de los malos instintos en sólo una quincena, y ahora un buen ciudadano temeroso de la ley y toda esa cala. Después vi que había un artículo muy elogioso sobre la Técnica de Ludovico, y de lo inteligente que era el gobierno, y toda esa cala. Después venía otra foto de un veco que me pareció conocido, y era este ministro del Inferior o Interior. Parece que había estado vanagloriándose un poco, y pronosticando una época sin delitos, en la que nadie tendria miedo a los cobardes ataques de los jóvenes matones y pervertidos y ladrones y toda esa cala. Así que hice ajjjjj y tiré al suelo la gasetta, y fue a cubrir las manchas de chai derramado y los gargajos horribles de los vonosos animales que venían al cafetín.

—¿Y ahora qué pasa, eh?

Lo que ahora me proponía hacer, hermanos, era irme a casa y darles una bonita sorpresa a papapa y a ma, yo, el único hijo y heredero de regreso al seno de la familia. Allí podria recostarme en la cama de mi propia y malenca madriguera, y slusar un poco de buena música, y al mismo tiempo podria pensar lo que haria yo con mi chisna. El Encargado de Egresos me había dado el día anterior una larga lista de los empleos que yo podía probar, y había telefoneado a diferentes vecos acerca de mí; pero yo no queria, hermanos míos, ponerme a rabotar en seguida. Ante todo un malenco descanso, sí, y un poco de trabajo mental en la cama, oyendo la buena música.

Así que tomé el ómnibus al centro de la ciudad, y luego el que va a la avenida Kingsley, porque el edificio 18A está ahí cerca. Créanme, hermanos, si les digo que el corazón me hacía clop clop clop a causa de la excitación. Todo estaba tranquilo, pues era temprano y una mañana de invierno, y cuando entré en el vestíbulo del edificio no había ningún veco por ahí, sólo las chinas y los vecos nagos de la Dignidad del Trabajo. Lo que me sorprendió, hermanos, fue el modo como los habían limpiado, de modo que ya no les salían slovos sucios de las rotas a los Trabajadores Dignificados, ni se veían tampoco las partes indecentes del cuerpo que los málchicos de mente sucia aficionados al lápiz habían dibujado en

los plotos desnudos. Y también me llamó la atención que el ascensor funcionara. Vino zumbando cuando apreté el nopca eléctrico; entré y me sorprendió de nuevo videar que todo estaba limpio dentro de la jaula.

Subí al décimo piso, y allí vi el 10-8 como estaba antes, y la ruca me tembló y se estremeció cuando saqué del carmano el pequeño quilucho. Metí firmemente el quilucho en la cerradura y lo hice girar; luego abrí y entré y me encontré con tres pares de glasos sorprendidos y casi atemorizados que me miraban, y eran pe y eme que estaban tomando el desayuno, pero también otro veco al que nunca había videado en toda mi chisna, un veco bolche y grueso en camisa y tirantes, muy en su casa, hermanos, tragando el chai con leche y munchmunchmunch los huevos y las tostadas. Y este veco extraño fue el primero que habló:

—¿Quién es usted, amigo? ¿Dónde consiguió esa llave? Afuera, antes de que le aplaste la cara. Salga y golpee. Explique qué lo trae, pronto.

Pe y eme se quedaron como petrificados, y pude videar que no habían leído la gasetta, y recordé entonces que la gasetta llegaba cuando papapa ya había salido para el trabajo. Pero entonces eme dijo: —Oh, te fugaste. Huiste. ¿Qué haremos ahora? Vendrá la policía, oh oh oh. Oh, muchacho perverso y malvado, que así nos avergüenzas. —Y créanlo o bésenme los scharros, comenzó la función de buuu buuu. Así que empecé a explicar la cosa, podían telefonear a la staja si querían, y mientras tanto el desconocido estaba ahí sentado, frunciendo el ceño y mirando como si pudiera aplastarme el litso con el puño peludo, bolche y carnoso. Así que dije:

—¿Qué le parece si me contesta unas cuantas, hermano? ¿Qué está haciendo aquí y por cuánto tiempo? No me gustó el tono de lo que acaba de decir. Andese con cuidado. Vamos, hable. —Era un veco de tipo obrero, muy feo, de unos treinta o cuarenta años, y ahora me miraba con la rota abierta, sin goborar slovo. Entonces mi pe dijo:

—Todo esto es un poco desconcertante, hijo. ¿Por qué no nos escribiste que venías? Creímos que pasarían por lo menos cinco o seis años antes que te soltaran. No quiero decir —agregó, y su tono era muy sombrío— que no nos agrade mucho verte otra vez, y además libre.

—¿Quién es éste? —pregunté—. ¿Por qué no me habla? ¿Qué hace aquí?

—Es Joe —dijo mi ma—. Ahora vive aquí. Es nuestro pensionista. Oh, Dios Dios Dios.

—Tú —intervino este Joe—, sé bastante de ti, muchacho. Sé lo que hiciste, y que les destrozaste el corazón a tus pobres y doloridos padres. Así que regresaste, ¿eh? Volviste para amargarles otra vez la vida, ¿no? Tendrás que pasar sobre mi cadáver, porque me han permitido ser un hijo más que un inquilino. —Yo casi hubiese podido smecarme a todo trapo al oír eso si el viejo rasdrás interior no me hubiese provocado una sensación de náusea, porque este veco parecía tener casi

la misma edad que mi pe y mi eme, y ahí estaba tratando de abrazar a mi llorosa ma con una ruca protectora de hijo, oh hermanos míos.

—Ajá —dije, y sentí que yo mismo estaba próximo a llorar—. De modo que así son las cosas. Bien, le doy cinco largos minutos para sacar de mi cuarto todas sus horribles y calosas vesches. —Y me fui al cuarto, y este veco era un malenco demasiado lento para detenerme. Cuando abrí la puerta se me fue a la alfombra el corazón, pues videé que ya no era más mi cuarto, hermanos. Habían quitado de las paredes todas mis banderas, y este veco había puesto fotografías de boxeadores, y también un equipo sentado con las rucas cruzadas y al frente como un escudo de plata. Y entonces videé qué otra cosa faltaba. Mi estéreo y mis estantes de discos ya no estaban allí, ni el cofre cerrado que guardaba las botellas y las drogas y dos jeringas brillantes y limpias—. Alguien estuvo haciendo un trabajo vonoso y sucio —criché—. ¿Qué hizo con mis vesches personales, horrible bastardo? —Le estaba hablando a Joe, pero fue mi pe el que contestó:

—La policía se lo llevó todo, hijo. ¿Sabes?, el nuevo reglamento acerca de la indemnización a las víctimas.

Me costó mucho no enfermarme de veras, pero la golová me dolía de lo peor, y sentía la rota tan seca que me vi obligado a beber scorro un trago de la botella de leche que estaba sobre la mesa, y este Joe dijo: —Modales de cerdo sucio.

—Pero la ptitsa murió —dije—. Ésa murió.

—Fue por los gatos, hijo —dijo mi pe con gesto dolorido—, que no tenían quien los cuidara hasta que se leyera el testamento, de manera que había que alimentarlos. Por eso la policía vendió tus cosas, ropas y todo, para que los cuidasen. Así es la ley, hijo. Pero a ti nunca te preocupó mucho la ley.

Aquí tuve que sentarme, y este Joe dijo: —Pide permiso antes de sentarte, cerdo sin educación —y yo le respondí scorro con—: Cierra tu sucio y gordo agujero —y me sentí enfermo. En seguida procuré mostrarme razonable y cordial, en bien de mi salud, así que les dije—: Ése es mi cuarto, ¿verdad? Ésta es mi casa también. ¿Qué opinan ustedes, pe y eme? —Pero los dos parecían contrariados, mi eme un poco conmovida, el litso todo arrugado y húmedo por las lágrimas, y luego mi pe dijo:

—Hay que pensarlo, Alex. No podemos echar a Joe, así de buenas a primeras, ¿no es cierto? Quiero decir que Joe tiene un contrato de trabajo, creo que por dos años, y nosotros llegamos a un arreglo, ¿no es verdad, Joe? Quiero decir, hijo, pensamos que estarías mucho tiempo en la cárcel, y ese cuarto de nada servía. —En el litso se le veía que estaba un poco avergonzado. Así que me limité a sonreír y medio asentí.

—Ya video todo —dije—. Ustedes se acostumbraron a un poco de paz y a un poco de dengo extra. Así son las cosas. Y el hijo que tuvieron no es ni fue otra

cosa que una molestia terrible. —Y entonces, hermanos míos, créanme o bésenme los scharros, me eché a llorar, y a sentirme muy compadecido de mí mismo. Así que mi pe dijo:

—Bien, ya ves, hijo, Joe pagó el alquiler del mes próximo. Es decir, no importa lo que hagamos, pero no podemos decirle a Joe que se marche, ¿no es así, Joe? —Y este Joe contestó:

—Yo tengo que pensar en ustedes dos, que han sido para mí como un padre y una madre. ¿Sería justo o equitativo que me fuese y los dejase a merced de las dulces atenciones de este joven monstruo, que nunca fue un verdadero hijo? Ahora está llorando, pero eso no es más que maña y trampa. Que se vaya y busque un cuarto por ahí. Que comprenda sus errores, y que un mal muchacho como él no merece una mamá y un papá como los que tuvo.

—Muy bien —dije, poniéndome de pie, y las lágrimas seguían corriéndome —. Ahora sé cómo están las cosas. Nadie me quiere ni me desea. He sufrido y sufrido y sufrido y todos quieren que siga en lo mismo. Ahora lo entiendo.

—Hiciste sufrir a otros —observó este Joe—. Es justo que ahora tú también sufras. Me han contado todo lo que hiciste, sentado aquí por la noche a la mesa familiar, y bastante que me impresioné. Cuando conocí tu historia, me sentí enfermo de veras.

—Quisiera —dije— estar otra vez en la prisión. La vieja y querida staja. Ahora me marcho. No volverán a videarme. Seguiré mi propio camino, muchas gracias, y que les pese en la conciencia.

—No lo tomes así, hijo —contestó mi pe, y mi eme empezó otra vez buuujuuujuuu, con el litso todo retorcido y realmente feo, y este Joe le volvió a poner la ruca sobre los hombros, y la palmeaba y le decía vamos vamos vamos como verdadero besuño, y fui vacilando hacia la puerta y salí, dejándolos que se las arreglaran a solas con esa culpa horrible que ellos sentían, oh hermanos míos.

Iteando por la calle como sin rumbo fijo, hermanos, en esos platis nocturnos que llamaban la atención de los liudos cuando me cruzaba con ellos, sintiendo mucho frío también, pues era un día de invierno bastardo, lo único que yo deseaba era alejarme de todo y no tener que pensar más en ninguna vesche. Así que tomé el ómnibus al centro, y luego volví caminando hacia la plaza Taylor, y allí estaba la disquería MELODÍA a la que yo solía favorecer con mis inestimables compras, oh hermanos míos, y parecía más o menos el mismo tipo de mesto, y al entrar esperé videar allí al viejo Andy, el veco calvo y muy delgado, siempre servicial, a quien yo había cuperado discos en otras épocas. Pero Andy no estaba ahora, hermanos, y sólo se oían los gritos y las crichadas de los málchicos y las ptitsas nadsats —adolescentes— que slusaban una nueva y horrible canción pop y también la bailaban, y el veco que estaba detrás del mostrador no era mucho más que un nadsat también él, y hacía sonar los huesos de la ruca y smecaba como besuño. Así que me acerqué y esperé hasta que se dignó verme, y ahí le dije:

—Quiero oír una grabación de la Cuarenta, de Mozart. —No sé por qué me vino eso a la golová, pero así fue. El veco del mostrador me dijo:

—¿La Cuarenta qué, amigo?

—Sinfonía. Sinfonía Número Cuarenta en sol menor.

—Ooooh —dijo uno de los nadsats que bailaban, un málchico con el pelo sobre los glasos—. Sinfona. ¿No es gracioso? Quiere una sinfona.

Sentí por dentro que el rasdrás me dominaba, pero tenía que andar con cuidado, así que les sonreí al veco que ocupaba el lugar de Andy y a todos los nadsats danzantes y crichantes. El veco del mostrador dijo: —Amigo, métase ahí en esa cabina y le mandaré algo.

Así que fui a la cabina malenca donde uno podía slusar los discos que quería comprar, y el veco me puso un disco, pero no era la Cuarenta sino la Praga —el veco había sacado lo primero de Mozart que encontró en el estante, pensé— y eso empezó a rasrecearme de veras, y tenía que cuidarme por miedo al dolor y a las náuseas, pero lo que yo había olvidado era algo que no debía de haber olvidado, y ahora me dieron ganas de acabar de una vez. Era que esos brachnos doctores habían dispuesto las cosas de modo que cualquier música que me emocionara tenía que enfermarme, lo mismo que si videara o quisiera recurrir a la violencia, y esto porque todas esas películas de violencia tenían música. Y recordé especialmente la horrible película nazi con la Quinta de Beethoven, último movimiento. Y ahora descubría que el hermoso Mozart se había convertido también en algo horrible; salí corriendo de la tienda mientras los nadsats smecaban y el veco del mostrador crichaba: —¡Eh eh eh!— Pero no le hice caso y me fui, y tambaleándome como un ciego, crucé la calle y di vuelta

la esquina, hacia el bar lácteo *Korova*. Yo sabía qué me hacía falta.

El mesto estaba casi vacío, porque todavía era de mañana. También me pareció extraño, todo pintado con vacas rojas mugientes, y detrás del mostrador un veco que yo no conocía. Pero cuando pedí: —Un moloco-plus, grande— el veco de litso flaco recién afeitado supo lo que yo quería. Me llevé el vaso grande de leche a uno de los pequeños cubículos del mesto, todos con una cortina que lo aislaba del mesto principal, y allí me senté en el sillón afelpado, y bebí y bebí. Cuando acabé de beber sentí que ocurrían cosas. Tenía los glasos fijos en el malenco trozo de papel de plata de un atado de cancrillos tirado en el suelo, porque, hermanos, la limpieza de este mesto no era tan joroschó. Y este pedazo de papel de plata empezó a crecer y crecer y crecer y era tan brillante y amenazador que tuve que bizquear los glasos. Se agrandó tanto que al fin fue no sólo todo el cubículo donde yo estaba sino todo el *Korova*, la calle, la ciudad. Al fin ocupó el mundo entero, hermanos, y era como un océano que inundaba todas las vesches que existieron o alguna vez fueron concebidas. Me slusaba la propia voz haciendo chumchums especiales, y goborando slovos como «Desiertos muertos y amados, rotas que no tienen apariencias variformes», y toda esa cala. Entonces la visión nació de todo este papel de plata y después aparecieron colores que nadie había videado antes, y alcancé a videar un grupo de estatuas muy muy lejos, que se acercaban más y más y más, todas muy iluminadas, y la luz brillante venía de arriba y también de abajo, oh hermanos míos. Este grupo de estatuas representaba a Bogo y todos los sagrados ángeles y santos, muy resplandecientes como de bronce, con barbas y alas bolches que se agitaban y producían una especie de viento, así que en realidad no podían ser de piedra o bronce, y además los glasos se les movían y estaban vivos. Estas figuras grandes y bolches se acercaron más y más y más, y al final pareció que me iban a aplastar, y alcancé a slusar mi golosa que decía «Eeeeee». Y sentí que me libraba de todo —platis, cuerpo, cerebro, nombre, todo— y me sentía realmente joroschó, como en el paraíso. Se oyó entonces como un chumchum de cosas apretadas y aplastadas, y Bogo y los ángeles y los santos medio menearon las golovás al mirarme, como si quisieran goborar que todavía no había llegado el momento y que era necesario probar otra vez, y entonces se oyeron burlas y risas y derrumbe, y la luz cálida y grande se enfrió, y así me encontré en el mismo lugar de antes, el vaso vacío sobre la mesa, y yo quería llorar y sentía como que la muerte era la única solución a todo.

Y así fue, y pude videar muy claro lo que tenía que hacer, pero no sabía bien cómo hacerlo, porque antes nunca se me había ocurrido una idea como ésa, oh hermanos míos. En mi bolsita de vesches personales yo llevaba la britba filosa, pero comencé a sentirme muy enfermo cuando pensé que yo mismo me haría suiiis, y que luego me saldría el crobo rojo rojo. Yo quería algo que no fuera violento, y que me hiciera dormir dulcemente, y que ahí acabase Vuestro

Humilde Narrador, y no más problemas. Se me ocurrió que si iba a la biblio pública, a la vuelta de la esquina, podría encontrar un libro sobre el mejor modo de snufar sin dolor. Me imaginé muerto, y cómo sufrirían todos, pe y eme y ese Joe podrido y caloso que era un usurpador, y también el doctor Brodsky y el doctor Branom y el ministro del Interior Inferior, y todos los demás vecos. Y también el gobierno vonoso que tanto se vanagloriaba. Así que salí al frío del invierno, y ya era de tarde, casi las dos, como pude videar en el bolche cuentatiempo público, así que mi viaje al paraíso con el viejo moloco-plus tuvo que llevarme más tiempo de lo que yo me había imaginado. Bajé por el bulevar Marghanita, y luego entré por la avenida Boothby, doblé otra vez y encontré la biblio pública.

El mesto, starrio y caloso, tenía dos partes, una para los libros que prestaban, y otra para leer, con atriles de gasettas y revistas, y yo no recordaba haber estado allí sino cuando era un málchico malenco, a la edad de seis años. Los vecos, muy starrios, tenían en los plotos un vono de vejez y pobreza; estaban de pie frente a los atriles de las gasettas, resoplando y eructando y goborando entre dientes, y volviendo las páginas para leer con tristeza las noticias, o sentados a las mesas mirando las revistas o fingiendo leerlas, algunos dormidos y uno o dos roncando de veras gronco. Al principio casi no pude recordar qué quería, y después comprendí un poco impresionado que había iteado aquí buscando el modo de snufar sin dolor, así que me acerqué al estante de las vesches de consulta. Había muchos libros, pero ninguno tenía un título, hermanos, que me sirviera realmente. Saqué un libro de medicina, pero cuando lo abrí estaba lleno de dibujos y fotografías de heridas y enfermedades horribles, y ahí nomás empecé a sentirme un poco enfermo. Así que lo devolví a su sitio y retiré el libro grande que llaman Biblia, creyendo que me haría sentir un poco mejor, como había ocurrido en los viejos tiempos de la staja (en realidad no había pasado tanto tiempo, pero ahora me parecía que era mucho), y me acerqué vacilando a una silla. Pero lo único que encontré fueron cosas acerca de castigar setenta veces siete, y la historia de un montón de judíos que se maldecían y tolchocaban unos a otros, y todo eso me trajo náuseas otra vez. Así que casi me echo a llorar, y un cheloveco muy starrio y raído sentado enfrente me preguntó:

—¿Qué pasa, hijo? ¿Qué problema es ése?

—Quiero snufar —dije—. Ya tengo suficiente, eso me pasa. La vida es demasiado para mí.

Un veco starrio que leía a mi lado dijo: —Shhhh— sin apartar los glasos de una besuña revista, llena de vesches bolches y geométricas. El otro cheloveco dijo:

—Eres demasiado joven para eso, hijo. Caramba, tienes la vida por delante.

—Sí —dije con amargura—. Como un par de grudos artificiales. —El veco que leía la revista dijo «Shhhh» otra vez, pero ahora levantó los glasos y algo nos

hizo clic en las golovás. Videé quién era. Y el otro dijo con voz muy gronca:

—Por Dios, nunca olvido una forma. Jamás olvido la forma de nada. Por Dios, cerdo inmundo. Ahora te tengo. —Sí, cristalografía. Eso era lo que había retirado de la biblio aquella vez. Los dientes postizos aplastados verdaderamente joroschó. Los platis desgarrados. Los libros rasreceados, y todos eran de cristalografía. Hermanos, se me ocurrió que lo mejor era salir de allí realmente scorro. Pero el starrio y viejo cheloveco se había puesto de pie, crichando como besuño a todos los starrios y viejos tosedores que miraban las gasettas frente a la pared, y a los que dormitaban sobre las revistas en las mesas—. Lo tenemos —crichó—. El cerdo perverso que destruyó los libros de cristalografía, obras raras, obras que es imposible conseguir de nuevo. —Y todo lo decía con un chumchum realmente enloquecido, como si el viejo veco hubiese perdido de veras la golová —. Un ejemplar especial de esas bandas de jóvenes bestias cobardes —crichó—. Aquí, entre nosotros, y en nuestro poder. Él y sus amigos me golpearon, me patearon y derribaron. Me desnudaron y destrozaron la dentadura. Se rieron viendo cómo yo sangraba y gemía. Y me despidieron a patadas, mareado y desnudo. —Como ustedes saben, hermanos, eso no era del todo cierto. Le dejamos algunos platis, y no estaba completamente nago.

Entonces yo criché: —Eso fue hace más de dos años. Después me castigaron y he aprendido la lección. Vean allí… mi foto está en los diarios.

—Castigo, ¿eh? —dijo un dedón que parecía un ex soldado—. Habría que exterminarlos a todos ustedes. Como si fueran una plaga maligna. Sí, no me vengan con castigos.

—Está bien, está bien —dije—. Todos tienen derecho a opinar. Perdónenme todos, ahora tengo que marcharme. —Y empecé a salir de este mesto de viejos besuños. Aspirina, no se necesitaba más. Se podía snufar con cien aspirinas. Aspirina que se compraba en la vieja farmacia. Pero el veco de la cristalografía crichó:

—No lo dejen ir. Ahora le enseñaremos cómo se castiga, basura criminal. Agárrenlo. —Y créanme, hermanos, o hagan la otra vesche, dos o tres de estos starrios tembleques, de unos noventa años por cabeza, me aferraron con las viejas rucas temblorosas, y casi me derribó el vono de vejez y enfermedad que despedían estos chelovecos medio muertos, casi me enfermó de veras. El veco de los cristales estaba ahora sobre mí, y había empezado a acariciarme el litso con malencos y débiles tolchocos, y yo trataba de apartarme y de itear, pero esas rucas starrias que me sujetaban eran más fuertes de lo que yo había creído. En eso otros vecos starrios vinieron cojeando desde los atriles de las gasettas para darle lo suyo a Vuestro Humilde Narrador. Crichaban vesches como «Mátenlo, aplástenlo, asesínenlo, rómpanle los dientes» y toda esa cala, y videé bastante claro lo que ocurría. La vejez tenía la oportunidad de cobrársela a la juventud, eso era lo que ocurría. Pero algunos decían: —Pobre viejo Jack, casi mató al

pobre viejo Jack, puerco asesino —y así sucesivamente, como si todo hubiera ocurrido ayer. Supongo que así era para ellos. Ahora una multitud de viejos sucios, agitados y vonosos trataba de alcanzarme con las débiles rucas y las viejas y afiladas garras, crichando y jadeando, y el drugo de los cristales siempre al frente, tirándome un tolchoco tras otro. Y yo no me atrevía a hacer una sola y solitaria vesche, oh hermanos míos, porque era mejor recibir golpes que enfermarse y sentir ese horrible dolor; aunque, por supuesto, la violencia de los vecos me hacía sentir como si la náusea estuviese espiando desde la esquina, para videar si había llegado el momento de salir al descubierto y dominar la situación.

En eso apareció un veco empleado, un tipo jovencito, que crichó: —¿Qué pasa aquí? Basta ya. Esto es una sala de lectura. —Pero nadie le hizo caso. Así que el veco empleado anunció: —Bien, llamaré a la policía. —Y al oír esto yo criché, y nunca lo hubiera creído en toda mi chisna:

—Sí, sí, sí, llámelos, protéjame de estos viejos locos. —Observé que el veco empleado no tenía muchas ganas de meterse en la dratsada ni de salvarme de la rabia y la locura de esos vecos starrios; de modo que enderezó para la oficina, o para el lugar donde estaba el teléfono. Ahora los viejos jadeaban mucho, y me pareció que si les daba un empujón se irían al suelo, pero me dejé sujetar, muy paciente, por todas esas rucas starrias, cerrando los glasos y sintiendo los débiles tolchocos en el litso, y slusando también las viejas golosas jadeantes y agitadas que crichaban: —Puerco joven, asesino, matón, bandido, liquídenlo. —En eso recibí un tolchoco realmente doloroso en la nariz, así que me dije al diablo al diablo, abrí los glasos y empecé a pelear para librarme, lo que no fue difícil, hermanos, y me fui corriendo y crichando a la especie de vestíbulo que estaba fuera de la sala de lectura. Pero los starrios vengadores vinieron detrás, jadeando como moribundos, alzando las garras animales que trataban de clavarse en Vuestro Amigo y Humilde Narrador. Allí tropecé y caí al suelo, y me patearon otra vez, y entonces slusé las golosas de unos vecos jóvenes que crichaban: —Está bien, está bien, basta ya —y comprendí que había llegado la policía.

Yo estaba aturdido, oh hermanos míos, y no podía videar muy claro, pero me parecía que había conocido antes en algún mesto a estos militsos. El que me sostenía, diciendo: —Vamos, vamos, vamos— en la puerta principal de la biblio pública, era un litso nuevo, aunque parecía muy joven para estar con los militsos. Pero los otros dos tenían unas espaldas que yo había videado antes, estaba seguro. Repartían golpes a los chelovecos starrios y lo hacían con mucho placer y alegría, y los malencos látigos silbaban, y las golosas crichaban: —Vamos, muchachos desobedientes. Esto les enseñará a no provocar desórdenes perturbando la paz del Estado, individuos perversos—. Así empujaron de regreso a la sala de lectura a los starrios vengadores, jadeantes, gimientes y casi moribundos; luego se volvieron, smecando todavía, luego de tanta diversión, y me videaron. El mayor de los dos exclamó:

—Bueno bueno bueno bueno bueno bueno bueno. El pequeño Alex en persona. Tanto tiempo que no nos videamos, ¿eh, drugo? ¿Cómo te va? —Yo estaba aturdido, y el uniforme y el schlemo me impedían videar quién era, aunque el litso y la golosa me parecían conocidos. Entonces volví los glasos hacia el otro, y sobre ese de litso sonriente y besuño, no tuve dudas. Entonces, todo entumecido y cada vez más aturdido, volví los ojos al que decía bueno bueno bueno. Reconocí nada menos que al gordo y viejo Billyboy, mi antiguo enemigo. El otro, por supuesto, era el Lerdo, que había sido mi drugo y también el enemigo del gordo cabrón Billyboy, pero que ahora era un militso con uniforme y schlemo, y látigo para mantener el orden. Exclamé:

—Oh, no.

—Sorprendido, ¿eh? —y el viejo Lerdo largó la vieja risotada que yo recordaba tan joroschó—. Ju ju juju.

—Imposible —dije—. No puede ser. No lo creo.

—La evidencia de los viejos glasos —sonrió Billyboy—. No nos guardamos nada en la manga. Aquí no hay trucos, drugo. Empleo para dos que ya están en edad de trabajar. La policía.

—Ustedes son muy jóvenes —dije—. Demasiado jóvenes. No aceptan militsos de esa edad.

—Éramos jóvenes —dijo el viejo militso Lerdo. Yo no podía creerlo, realmente no podía—. Eso éramos, joven drugo. Y tú siempre fuiste el más joven. Y aquí estamos ahora.

—No, es imposible —dije. Y entonces Billyboy, el militso Billyboy en quien yo no podía creer, dijo al joven militso que me sujetaba, y a quien yo no conocía.

—Rex, será mejor si cambiamos un poco el sistema, me parece. Los muchachos serán siempre muchachos, como ha ocurrido toda la vida. No es

necesario que vayamos ahora a la estación de policía, y todo lo demás. Este joven ha vuelto a los viejos trucos, los que nosotros recordamos muy bien, aunque tú, naturalmente, no los conoces. Atacó a los ancianos y los indefensos, y ellos tomaron las correspondientes represalias. Pero tenemos que decir nuestra palabra en nombre del Estado.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté, porque casi no podía creer lo que llegaba a mis ucos—. Hermanos, fueron ellos los que me atacaron. Ustedes no querrán ayudarlos, no pueden. No puedes, Lerdo. Fue un veco con quien jugamos una vez en otra época, y ahora ha buscado una malenca venganza después de tanto tiempo.

—Lo de tanto tiempo es cierto —dijo el Lerdo—. No recuerdo muy joroschó aquellos días. Y además, no vuelvas a llamarme Lerdo. Llámame oficial.

—Bueno, basta de recuerdos —dijo Billyboy asintiendo. No era tan gordo como antes—. Los málchicos perversos que manejan las britbas filosas… bueno, hay que tenerlos a raya. —Y los dos me sujetaron muy fuerte y casi me sacaron en andas de la biblio. Afuera esperaba un auto de los militsos, y el veco que llamaban Rex era el conductor. Me tolchocaron al meterme en el asiento de atrás, y no pude dejar de pensar que en realidad todo parecía una broma, y que en cualquier momento el Lerdo se quitaría el schlemo de la golová y largaría el jajajaja. Pero no lo hizo. Dije, tratando de dominar el straco dentro de mí:

—Y al viejo Pete, ¿qué le pasó? Triste lo de Georgie. Slusé lo que le pasó.

—Pete, ah, sí, Pete —dijo el Lerdo—. Me parece recordar el nombre. —Vi que estábamos saliendo de la ciudad, y pregunté:

—¿Adónde se supone que vamos?

Billyboy volvió la cabeza en su asiento para decir: —Todavía hay luz. Un pequeño paseo por el campo, desnudo en el invierno, pero solitario y hermoso. No siempre conviene que los liudos de la ciudad videen demasiado los castigos sumarios. Las calles tienen que mantenerse limpias, y de distintos modos. —Y Billyboy miró de nuevo hacia adelante.

—Vamos —dije—. No entiendo. Los viejos tiempos están muertos y enterrados. Ya me castigaron por lo que hice. Y me han curado.

—Eso mismo nos leyeron —contestó el Lerdo—. El jefe nos leyó todo. Dijo que era un sistema magnífico.

—Te lo leyeron —le dije, con un poco de malignidad—. Hermano, ¿de modo que eres todavía muy lerdo para leer solo?

—Ah, no —dijo el Lerdo, muy suavemente, como lamentándolo—. No debes hablar así. No hables más así, drugo. —Y me descargó un bolche tolchoco en el cluvo, y el crobo rojo rojo comenzó a salirme goteando goteando de la nariz.

—Nunca me gustaste —dijo con amargura, limpiándome el crobo con mi ruca—. Siempre me sentí odinoco.

—Aquí, aquí —dijo Billyboy. Estábamos en el campo, y solamente se veían

los árboles desnudos y como unos pájaros lejanos y escasos, y a la distancia una máquina agrícola que hacía chumchum. Anochecía ya, pues estábamos en pleno invierno. No se veían liudos ni animales. Solamente los cuatro—. Afuera, querido Alex —dijo el Lerdo—. Aquí te levantaremos un malenco sumario.

Y mientras duró todo, el veco conductor se quedó sentado frente al volante del auto, fumando un cancrillo y leyendo un malenco librito. Tenía encendidas las luces del auto para poder videar, pero no se dio por enterado de lo que Billyboy y el Lerdo le hacían a Vuestro Humilde Narrador. No daré detalles, pero todo fue jadeos y porrazos contra este fondo de máquinas agrícolas que zumbaban y el tuituituitititi en las ramas nagas. Se podía videar un hilo de humo a la luz del auto; y el conductor volvía tranquilamente las páginas. Y estuvieron sobre mí todo el tiempo, oh hermanos míos. Luego, Billyboy o el Lerdo, no podría decir cuál de los dos, observó: —Ya es bastante, drugo, me parece, ¿no crees? —Así que me dieron un tolchoco final en el litso cada uno y caí y quedé tendido en la hierba. Estaba frío, pero yo no lo sentía. Después se limpiaron las rucas y volvieron a ponerse los schlemos y las túnicas, que se habían quitado, y regresaron al auto—. Te videaremos otra vez, Alex —dijo Billyboy, y el Lerdo largó una de sus risotadas de payaso. El conductor terminó la página que había estado leyendo y apartó el libro; luego el auto arrancó y todos se alejaron en dirección a la ciudad, y mi drugo y mi ex enemigo agitaron las manos como despedida. Pero yo me quedé allí, deshecho y agotado.

Después de un rato comencé a sentir dolores en todo el ploto, y entonces llovió y era una lluvia helada. No había liudos a la vista, ni luces de casas. ¿Adónde podía ir, si no tenía hogar ni dengo en los carmanos? Lloré por mí mismo, ju ju juuuu. Luego me levanté y eché a caminar.

Hogar, hogar, hogar, un hogar era lo que yo quería, y a un HOGAR llegué, hermanos. Caminé en las sombras, no hacia la ciudad, sino buscando el lugar de donde venía el chumchum de una máquina agrícola. Así llegué a una especie de aldea, y se me ocurrió que ya la había videado antes, pero eso era tal vez porque todas las aldeas se parecen, principalmente en la oscuridad. Aquí había casas, y una especie de mesto para beber, y justo al final de la aldea una malenca casita odinoca, y entonces pude videar el nombre brillando en la oscuridad. HOGAR, decía. Yo estaba empapado en lluvia helada, así que mis platis ya no parecían a la última moda, sino unos trapos miserables y patéticos, y mi lujosa gloria era una pasta húmeda y calosa sobre mi golová, y estaba seguro de que tenía cortes y raspones en todo el litso, y sentía dos subos flojos cuando me los tocaba con la yasicca. Y me dolía todo el ploto y tenía mucha sed, de modo que caminaba abriendo la rota a la lluvia fría, y el estómago me gruñía grrrr todo el tiempo, pues no había recibido pischa desde la mañana, y aun entonces no mucha, oh hermanos míos.

HOGAR, decía, y tal vez aquí encontrase un veco que me prestara ayuda. Abrí la puerta del jardín y a los tumbos recorrí el sendero, y parecía que la lluvia se convertía en hielo, y luego llamé a la puerta con un golpe leve y patético. No vino ningún veco, así que golpeé un malenco más largo y más fuerte, y entonces oí el chumchum de unas nogas que se acercaban.

Se abrió la puerta, y una golosa de hombre dijo: —Sí, ¿quién es?

—Oh —dije— por favor, socorro. La policía me golpeó y me dejó para que me muriese en el camino. Por favor, deme algo para beber y un sitio al lado del fuego, se lo ruego, señor.

La puerta se abrió del todo, y vi una luz cálida y un fuego que hacía cracl cracl cracl. —Entre —dijo el veco—, no importa quién sea. Dios lo asista, pobre víctima, y veamos qué le pasa. —Entré tambaleándome, y esta vez, hermanos, no representaba una escena, porque me sentía realmente acabado. Este veco bondadoso me pasó las rucas por los plechos y me llevó al cuarto donde ardía el fuego, y entonces comprendí en seguida por qué el slovo HOGAR sobre la entrada me había parecido tan familiar. Miré al veco y él me miró con bondad, y entonces lo recordé bien. Por supuesto, él no podía recordarme, porque en aquellos tiempos yo y mis supuestos drugos hacíamos todas nuestras bolches dratsadas, juegos y crastadas con máscaras que eran disfraces realmente joroschós. Era un veco más bien bajo, de mediana edad, treinta, cuarenta o cincuenta años, y llevaba ochicos. —Siéntate al lado del fuego —dijo—, y te traeré un poco de whisky y agua caliente. Dios mío, alguien estuvo golpeándote con verdadera saña. —Y me echó una mirada compasiva a la golová y el litso.

—La policía —dije—, la horrible e inmunda policía. —Otra víctima —dijo el

veco, medio suspirando—. Otra víctima de los tiempos modernos. Te traeré un poco de whisky, y después trataremos de limpiarte las heridas. —Eché una ojeada a la habitación malenca y cómoda. Ahora estaba casi totalmente llena de libros, y había una chimenea y un par de sillas, y no se sabía por qué, pero uno videaba que allí no vivía una mujer. Sobre la mesa había una máquina de escribir y un montón de papeles, y recordé que este veco era un veco escritor. *La naranja mecánica*, sí, así se llamaba. Extraño que me hubiese quedado en la memoria. Pero yo no debía abrir la rota, pues ahora necesitaba ayuda y bondad. Los horribles y grasños brachnos de aquel terrible mesto blanco me habían hecho así, obligándome a necesitar bondad y ayuda, e imponiéndome el deseo de dar yo mismo bondad y ayuda, si alguien quería recibirlas.

—Aquí estamos, pues —dijo este veco, volviendo. Me dio un vaso caliente y estimulante para pitear, y me sentí mejor, y el veco me limpió después las cortaduras en el litso. Luego dijo—: Ahora un buen baño caliente, yo te lo prepararé, y después me cuentas todo lo que pasó, mientras yo te sirvo una buena cena caliente. —Oh, hermanos míos, podría haber llorado ante tanta bondad, y creo que él alcanzó a videarme las viejas lágrimas en los glasos, porque dijo. —Bueno bueno bueno —al mismo tiempo que me palmeaba el plecho.

En fin, subí y me di el baño caliente, y el veco me trajo un piyama y una bata para que me los pusiese, todo calentado al lado del fuego, y un par de tuflos muy gastados. Y ahora, hermanos, aunque tenía dolores y puntadas por todas partes, me pareció que pronto me sentiría mucho mejor. Bajé las escaleras y vi que el veco había preparado la mesa en la cocina con cuchillos y tenedores, y una magnífica hogaza de klebo, y también una botella de salsa, y en seguida sirvió un lindo plato de huevos fritos, lonticos de jamón y salchichas gordas y grandes, y unas bolches tazas de chai con leche. Era bueno estar sentado ahí al calor, y comiendo, y descubrí que tenía mucha hambre, así que después de los huevos y el jamón comí un lontico tras otro de klebo con maslo y jalea de frambuesas de un frasco grande y bolche. —Mucho mejor —dije—. ¿Cómo podré pagarle todo esto?

—Creo que ya sé quién eres —dijo el veco—. Si eres quien creo, amigo, has venido al sitio que te conviene. ¿No apareció tu foto en los diarios esta mañana? ¿No eres acaso la pobre víctima de esa horrible técnica nueva? Si es así, te envió la providencia. Torturado en la prisión, y luego arrojado a la calle para que te torture la policía. Mi corazón está contigo, pobre muchacho. —Hermanos, yo no entendía ni un slovo, aunque tenía la rota bien abierta para responder a todas las preguntas—. No eres el primero que viene apremiado por las dificultades —dijo el veco—. La policía trae a menudo a sus víctimas a las afueras de esta aldea. Pero es providencial que tú, que eres también una víctima de otra clase, hayas venido aquí. ¿Tal vez me conoces?

Tenía que andar con mucho cuidado, oh hermanos. —Oí hablar de *La naranja mecánica* —le contesté—. No la leí, pero me hablaron del libro.

—Ah —dijo el veco, y el litso le resplandeció como el sol en toda la gloria de la mañana—. Ahora, háblame de ti.

—No hay mucho que decir, señor —empecé, muy humilde—. Me metí en una travesura tonta e infantil, y mis llamados amigos me convencieron o más bien me obligaron a entrar en la casa de una vieja ptitsa; una dama, quiero decir. No queríamos hacer nada malo. Por desgracia, la dama hizo trabajar demasiado su buen corazón cuando quiso expulsarme, a pesar de que yo estaba muy dispuesto a salir por las buenas, y luego murió. Me acusaron de ser la causa de su muerte. Y entonces, señor, me mandaron a la cárcel.

—Sí sí sí, continúa.

—Luego, el ministro del Inferior o el Interior me eligió para que probasen conmigo esta vesche nueva de Ludovico.

—Cuéntame todo lo que sepas —pidió el veco, inclinándose hacia adelante con ansiedad, los codos de la tricota manchados con la jalea de frambuesa, pues habían rozado el plato que yo dejé a un costado. Así que le conté todo, le expliqué la cosa de cabo a rabo, hermanos míos. El veco estaba muy deseoso de saberlo todo, los glasos le relucían y tenía las gubas entreabiertas, mientras la grasa de los platos se ponía cada vez más dura dura dura. Cuando terminé de hablar el veco se levantó de la mesa, asintiendo varias veces y diciendo hum hum hum, mientras recogía los platos y otras vesches y los depositaba en la pila para lavarlos. Le dije:

—Con mucho gusto me ocuparé de eso, señor.

—Descansa, descansa, pobre muchacho —contestó él, y abrió el grifo, de modo que todo se llenó de vapor—. Hay pecado supongo, pero el castigo fue del todo desproporcionado. Te han convertido en algo que ya no es una criatura humana. Ya no estás en condiciones de elegir. Estás obligado a tener una conducta que la sociedad considera aceptable, y eres una maquinita que sólo puede hacer el bien. Comprendo claramente el asunto… todo ese juego de los condicionamientos marginales. La música y el acto sexual, la literatura y el arte, ahora ya no son fuente de placer sino de dolor.

—Así es, señor —dije, mientras fumaba uno de los cancrillos con filtro de corcho de este hombre bondadoso.

—Siempre se exceden —dijo el veco, secando un plato con aire distraído—. Pero la intención esencial es el pecado real. El hombre que no puede elegir ha perdido la condición humana.

—Eso es lo que dijo el chaplino, señor —observé—. Quiero decir, el capellán de la prisión.

—¿Eso dijo? ¿De veras? Sí, es natural. ¿No es la actitud que corresponde, en un cristiano? Bien, ahora —continuó el veco, frotando el plato que estaba secando

desde hacía diez minutos— haremos que algunas personas vengan a verte mañana. Creo que nos serás útil, pobre muchacho. Me parece que ayudarás al derrocamiento de este gobierno que nos aplasta. Convertir a un joven decente en un mecanismo de relojería no es ciertamente un triunfo para ningún gobierno, excepto si se siente orgulloso de su propia capacidad de represión.

El veco seguía secando el mismo plato. Yo dije:

—Señor, usted sigue secando el mismo plato. Estoy de acuerdo con usted, señor, en lo de sentirse orgulloso. Este gobierno parece muy inclinado a vanagloriarse.

—Oh —dijo él, como si videara por primera vez el plato, y depositándolo en la mesa—. Todavía no estoy muy práctico —explicó— en las tareas domésticas. Mi mujer lo hacía todo, y así yo podía dedicarme a escribir.

—¿Su mujer, señor? —pregunté—. ¿Acaso lo abandonó? —Realmente deseaba tener noticias de la mujer, pues la recordaba muy bien.

—Sí, me abandonó —dijo el veco, con golosa más fuerte y amarga—. Sí, murió. Fue violada y golpeada brutalmente. La impresión fue terrible para ella. Ocurrió en esta misma casa —continuó, y le temblaban las rucas, que sostenían la bayeta—, en ese cuarto, al lado. He tenido que endurecerme para continuar viviendo aquí, pero ella hubiese deseado que yo siguiese en el sitio donde todavía perdura su fragante recuerdo. Sí sí sí. Pobre muchachita. —Pude videar claramente, hermanos míos, lo que había ocurrido aquella naito lejana, y al videarme en esa escena, sentí náuseas de nuevo, y la golová empezó a dolerme. El veco videó que pasaba algo, porque el litso se me quedó sin el crobo rojo rojo, muy pálido, y él podía videármelo bien—. Ahora, vete a la cama —me dijo bondadosamente—. Tengo lista la habitación de los huéspedes. Pobre pobre muchacho, seguramente ha sido terrible. Una víctima de los tiempos modernos, lo mismo que ella. Pobre pobre pobre muchacha.

Hermanos, dormí toda la noche realmente joroschó, sin ninguna clase de sueños, y la mañana amaneció clara y fría, y sentí el agradable vono del desayuno que estaba friéndose allá abajo. Me llevó cierto tiempo saber dónde estaba, como ocurre siempre, pero pronto recordé, y entonces me sentí caliente y protegido. Pero mientras estaba tendido en la cama, esperando que me llamaran a desayunar, pensé que tenía que conocer el nombre de este veco bondadoso, protector y casi maternal, así que caminé por el cuarto con las nogas desnudas buscando *La naranja mecánica*, que seguramente tenía escrito el imya del veco, ya que él era el autor. En mi dormitorio no había más que una cama, una silla y una lámpara, de modo que caminé hasta una puerta que daba al dormitorio del veco, y allí vi a la mujer en la pared, una bolche foto ampliada, de modo que me sentí un malenco enfermo recordando. Pero también había dos o tres estantes de libros, y tal como lo había pensado, encontré un ejemplar de *La naranja mecánica*, y en el lomo del libro, como en la columna vertebral, estaba el imya del autor: F. Alexander. Gran Bogo, pensé, es otro Alex. Recorrí las hojas del libro, de pie, en piyama y con las nogas desnudas, pero no sentía nada de frío pues la casita estaba tibia. Yo no podía entender de qué trataba el libro. Parecía escrito en un estilo muy besuño, de Ah Ah y Oh Oh y toda esa cala, pero lo que se sacaba en limpio era que ahora estaban convirtiendo en máquinas a todos los liudos, y que en realidad todos —usted y yo y él y bésame los scharros— tenían que ir creciendo de manera natural, como una fruta. Según parece, F. Alexander pensaba que todos crecemos en lo que él llamaba el árbol del mundo y el jardín del mundo, que el mismo Bogo o Dios había plantado, y así estábamos allí, porque Bogo o Dios nos necesitaba para satisfacer el amor ardiente que tenía por nosotros, o alguna cala por el estilo. No me gustó el chumchum de todo eso, oh hermanos míos, y me pregunté hasta qué punto estaría besuño este F. Alexander, quizá porque la mujer había snufado. Pero en eso me llamó desde abajo con una golosa de tipo en sus cabales, con mucha alegría y amor y toda esa cala, y abajo fue Vuestro Humilde Narrador.

—Has dormido mucho —dijo el veco, mientras sacaba con una cuchara los huevos pasados por agua y retiraba las tostadas oscuras de la tostadora—. Ya son casi las diez. Ya llevo varias horas trabajando.

—¿Escribiendo otro libro, señor? —pregunté.

—No, no, ahora no se trata de eso —dijo, y nos acomodamos cordiales y drugos, y se oyó el viejo crac crac crac de los huevos y el crac crunch crunch de las tostadas oscuras, y frente a nosotros había bolches tazas de chai con mucha leche—. No, estuve telefoneando a varias personas.

—Creí que no tenía teléfono —dije, metiendo la cuchara en el huevo, sin pensar en lo que decía.

—¿Por qué? —preguntó, como un animal scorro con una cucharita en la ruca —. ¿Por qué creíste que no tenía teléfono?

—Nada —repliqué—, por nada, por nada. —Y entonces, hermanos, me pregunté si yo recordaba bien la primera parte de aquella naito lejana, cuando yo me acerqué con el viejo cuento, pidiendo telefonear al doctor y ella me contestó que no tenían teléfono. El veco me smotó con mucha atención, pero después fue bueno otra vez y alegre, comiendo cucharadas de huevo. Mientras masticaba munch munch me dijo:

—Sí, he telefoneado a varias personas que se interesarán en tu caso. Comprenderás ya que puedes ser un arma muy poderosa, que impida el retorno de este gobierno malvado en la próxima elección. Ya sabes que el gobierno está muy orgulloso hablando de cómo ha resuelto el problema de la delincuencia en los últimos meses. —El veco me miró otra vez con mucha atención por encima del huevo humeante, y de nuevo me pregunté si estaba tratando de videar el papel que yo había tenido alguna vez en su chisna. Pero continuó hablándome: —Han incorporado a la policía matones jóvenes. Esas nuevas técnicas de condicionamiento debilitan la voluntad del individuo. —Y hermanos, mientras el veco me decía todos esos slovos tan largos, tenía en los glasos una mirada de loco o besuño—. Lo mismo ya hicieron en otros países —dijo—. Se empieza de a poco. Antes que sepamos lo que pasa estaremos todos sometidos al aparato totalitario. —Y yo pensaba: « Caramba, caramba, caramba» mientras comía los huevos y mordía crunch crunch las tostadas.

—¿Y qué tengo que ver con todo eso, señor? —pregunté.

—Tú —replicó, siempre con una mirada besuña— eres el testigo viviente de estos proyectos diabólicos. La gente, la gente común tiene que enterarse y comprender. —El veco se levantó de la silla y se puso a recorrer la cocina, de la pila a la alacena, diciendo con voz muy gronca: —¿Querrán todos que sus hijos se conviertan en lo que tú eres, pobre víctima? ¿No terminará decidiendo el propio gobierno qué es y qué no es delito, y destruyendo la vida y la voluntad de quien se atreva a desobedecer? —F. Alexander se tranquilizó un poco, pero no regresó al huevo—. Escribí un artículo —dijo— esta mañana, mientras dormías.

Se publicará en un día o dos, con una foto que mostrará la dolorosa expresión de tu rostro. Tienes que firmarlo tú, pobre muchacho, para que se sepa lo que te hicieron.

—¿Y usted, qué saca de todo esto, señor? —pregunté—. Quiero decir, aparte el dengo que le darán por el artículo, como usted lo llama. Es decir, ¿por qué se opone tanto a este gobierno, si puedo tener el atrevimiento de preguntárselo?

F. Alexander se aferró al borde de la mesa y dijo, apretando los subos, calosos y todos manchados con el humo de los cancrillos: —Alguien tiene que luchar. Hay que defender las grandes tradiciones libertarias. No soy hombre de partido, pero si veo la infamia procuro destruirla. Los partidos nada significan. La

tradición de libertad es lo más importante. La gente común está dispuesta a tolerarlo todo, sí. Es capaz de vender la libertad por un poco de tranquilidad. Por eso debemos aguijonearla, *pincharla*… —Y aquí, hermanos, el veco aferró un tenedor y descargó dos o tres tolchocos sobre la pared, de modo que el tenedor se dobló todo. Después, lo arrojó al suelo. Con voz bondadosa dijo: —Come bien, pobre muchacho, pobre víctima del mundo moderno —y pude videar bastante claro que la golová no le funcionaba muy bien—. Come, come. Puedes comerte también mi huevo. —Pero yo dije:

—Y yo, ¿qué saco de todo esto? ¿Me curarán lo que me hicieron? ¿Podré volver a slusar la vieja sinfonía *Coral* sin sentir náuseas? ¿Podré vivir otra vez una chisna normal? ¿Qué me pasará, señor?

El veco me miró, hermanos, como si no hubiera pensado en eso, y de todos modos no tenía mucha importancia comparado con la Libertad y toda esa cala, y me miró sorprendido porque había dicho lo que dije, como si pensara que yo era egoísta porque quería algo para mí. Luego contestó: —Oh, como ya te dije, eres una prueba viviente, pobre muchacho. Termina el desayuno y ven a ver lo que escribí, porque aparecerá en *La Trompeta Semanal* con tu propio nombre, infortunada víctima.

Bueno, hermanos, lo que él había escrito era una cosa muy larga y dolorida, y mientras la leía yo lo sentía mucho por el pobre málchico que goboraba de sus sufrimientos y de cómo el gobierno le había carcomido la voluntad, y de que todos los liudos no debían permitir que un gobierno tan podrido y perverso gobernase de nuevo, y entonces, claro, comprendí que ese pobre y doliente málchico era nada menos que Vuestro Humilde Narrador. —Muy bueno —dije —. De veras joroschó. Bien escrito, oh señor. —Y entonces el veco volvió a mirarme con mucho cuidado y dijo:

—¿Qué? —Era como si nunca me hubiese slusado antes.

—Oh —dije—, es lo que llamamos el habla nadsat. Todos los adolescentes lo usan, señor. —Así que este veco se fue a la cocina a lavar los platos, y yo me quedé con los platis de dormir y los tuflos prestados, esperando que me hicieran lo que tenían que hacerme, porque personalmente no se me ocurría nada, oh hermanos.

Mientras el gran F. Alexander estaba en la cocina, se oyó dingalingaling en la puerta. —Ah —crichó él, y apareció secándose las rucas—, ha de ser esa gente. Iré a atender. —Así, que abrió y los dejó pasar, y se oyó un confuso jajaja de charla y hola y qué malo está el tiempo y cómo andan las cosas, y entonces se metieron en el cuarto donde estaba el fuego encendido, y el libro y el artículo sobre lo mucho que había sufrido yo, y me videaron y dijeron Aaaaaah. Eran tres liudos, y F. Alex me dijo los imyas. Z. Dolin era un veco que jadeaba y resoplaba, y tosía cashl cashl cashl con un pedazo de cancrillo en la rota, derramándose ceniza sobre los platis y después se la limpiaba con rucas muy

impacientes. Era un veco redondo y malenco, de grandes ochicos de marco grueso. Después estaba qué sé yo cuántos Rubinstein, un cheloveco muy alto y cortés, con golosa de verdadero caballero, muy starrio y con una barba en punta. Y finalmente D. E. da Silva, un tipo con movimientos muy scorros y fuerte vono a perfume. Todos me miraron de veras joroschó y parecieron muy contentos con lo que veían. Z. Dolin dijo:

—Perfecto, perfecto, ¿eh? Este muchacho puede ser un instrumento perfecto, ¿eh? Hasta convendría que pareciera todavía más enfermo y estúpido que ahora. Cualquier cosa por la causa. Seguramente se nos ocurrirá algo.

No me gustó lo de estúpido, hermanos, y dije: —¿Qué pasa, bratitos? ¿Qué le están preparando a este druguito? —Y entonces F. Alexander murmuró:

—Es extraño, ese tono de voz me da escalofríos. Quizá nos hemos conocido antes. —Y frunció el ceño, tratando de recordar. Yo tendría que andar con cuidado, oh hermanos míos. D. E. da Silva dijo:

—Sobre todo asambleas públicas. Será tremendamente útil exhibirlo en reuniones públicas. Por supuesto, hay que considerar la presentación en los diarios. Tocaremos el tema de la vida arruinada. Tenemos que inflamar los sentimientos. —Mostró los subos desparejos, muy blancos contra el litso de piel oscura, y me pareció que debía ser medio extranjero. Yo le dije:

—Nadie me quiere aclarar lo que sacaré de todo esto. Torturado en la cárcel, echado de mi casa por mis propios padres y ese inquilino roñoso y prepotente, golpeado por los viejos y casi muerto por los militsos… ¿qué será de mí?

El veco Rubinstein me respondió:

—Muchacho, ya verás que el Partido no olvida. Oh, no. Al final descubrirás una pequeña sorpresa muy aceptable. Espera y verás.

—Sólo reclamo una vesche —criché— y es estar normal y sano como en los tiempos starrios, tener mi malenca diversión con *verdaderos* drugos, y no los que se llaman así y en realidad no son más que traidores. ¿Pueden darme eso, eh? ¿Hay un veco que pueda hacerme como era antes? Eso quiero, y eso necesito saber.

Cashl cashl cashl tosió este Z. Dolin. —Un mártir de la causa de la Libertad —dijo—. Tienes que hacer tu parte, y no olvidarlo. Entretanto, te cuidaremos. —Y comenzó a palmearme la ruca izquierda como si yo fuese un idiota, sonriéndome como besuño. Yo criché:

—Dejen de tratarme como si quisieran aprovecharse de mí y nada más. No soy un idiota ni haré lo que ustedes me manden, estúpidos brachnos. Los prestúpnicos comunes son estúpidos, pero no soy común ni lerdo de entendederas, ¿me slusan?

—Lerdo —dijo F. Alexander, casi musitando—. Lerdo. Yo he oído ese nombre. Lerdo.

—¿Eh? —dije—. ¿Qué tiene que ver el Lerdo con todo esto? ¿Qué sabe usted

del Lerdo? —y luego exclamé: —Oh, que Bogo nos ayude. —No me gustaba la expresión de los glasos de F. Alexander. Me acerqué a la puerta, porque quería subir, ponerme los platis y dejar la casa.

—Casi podría creerlo —dijo F. Alexander, mostrando los subos manchados, y una expresión enloquecida en los glasos—. Pero cosas así son imposibles. Cristo, si así fuera lo mataría, lo aplastaría, por Dios que sí.

—Vamos —dijo D. B. da Silva, calmándolo, golpeándole el pecho como si fuese un perrito—. Eso es historia antigua. Fue otra gente. Ahora hemos de auxiliar a esta pobre víctima. Es necesario, en beneficio del futuro y la Causa.

—Voy a buscar mis platis —dije al pie de la escalera—, quiero decir la ropa, y luego me marcho odinoco. Quiero decir que estoy agradecido a todos, pero tengo que vivir mi propia chisna. —La verdad, hermanos, quería salir de ahí de veras scorro. Pero Z. Dolin dijo:

—Ah, no. Te tenemos, amigo, y no pensamos dejarte. Ven con nosotros, ya verás que todo se arregla. —Y se acercó para aferrarme otra vez el brazo. Hermanos, pensé luchar, pero la idea de pelear provocó el malestar y en seguida la náusea, de modo que me quedé quieto, y entonces vi otra vez los glasos como enloquecidos de F. Alexander, y dije:

—Lo que ustedes digan, porque me tienen en sus rucas. Pero empecemos y terminemos de una vez, hermanos. —La verdad, ahora quería salir de ese mesto llamado HOGAR. Estaba empezando a no gustarme ni un malenquito la mirada de los glasos de F. Alexander.

—Bien —dijo este Rubinstein—. Vístete y salgamos. —Lerdo lerdo lerdo —murmuraba F. Alexander—. ¿Qué o quién era este Lerdo? —Subí de veras scorro y me vestí en dos segundos justos. Luego salí con estos tres y me metí en un auto. Rubinstein a un lado y Z. Dolin haciendo cashl cashl cashl al otro, y D. B. da Silva manejando, y fuimos a la ciudad y a un edificio que en realidad no estaba muy lejos del bloque donde yo había vivido—. Vamos, muchacho, baja —dijo Z. Dolin, tosiendo de modo que el cancrillo que tenía en la rota le brilló como un horno malenco—. Aquí te instalarás. —Entramos, y en la pared del vestíbulo había otra de esas vesches de la Dignidad del Trabajo, y subimos en el ascensor, y nos metimos en una casa que era como todas las casas de todos los bloques de la ciudad. Muy muy malenca, con dos dormitorios y un cuarto para vivir-comer-trabajar, pero aquí la mesa estaba cubierta de libros y papeles y tinta y botellas y toda esa cala—. Éste es tu nuevo hogar —dijo D. B. da Silva—. Instálate, muchacho. Comida encontrarás en la alacena. Hay piyamas en un cajón. Descansa, descansa, espíritu perturbado.

—¿Eh? —pregunté, porque no ponimaba muy bien lo que me decía.

—Perfectamente —dijo Rubinstein, con golosa starria—. Ahora te dejamos. Tenemos que hacer. Después vendremos a verte. Pasa el tiempo lo mejor posible.

—Una cosa —tosió Z. Dolin cashl cashl cashl—. Habrás observado lo que se movió en la torturada memoria de nuestro amigo. F. Alexander. ¿Tal vez, por casualidad…? Quiero decir, ¿tú…? En fin, ya sabes lo que quiero decir. No ahondaremos el asunto.

—Ya he pagado —repliqué—. Bogo sabe bien que pagué por todo. Pagué no sólo por mí sino por esos brachnos que se decían mis drugos. —Me sentía irritado, y empecé a tener náuseas—. Me recostaré un poco —dije—. Pasé cosas terribles, de veras.

—Así es —dijo D. B. da Silva, exhibiendo los treinta subos—. Descansa.

Y se marcharon, hermanos. Fueron a ocuparse de sus asuntos, que según me pareció eran la política y toda esa cala, y yo me recosté, completamente odinoco y muy tranquilo. Ahí estaba acostado, con la corbata suelta. También me había descalzado los sabogos, y me sentía muy aturdido y sin saber qué clase de chisna me esperaba. Y toda clase de cosas me pasaban por la golová, cosas de los diferentes chelovecos que había conocido en la escuela y en la staja, y de las diferentes vesches que me habían ocurrido, y de que en todo el bolche mundo no había un solo veco en quien uno pudiese confiar. Y entonces medio me dormí, hermanos.

Cuando me desperté pude slusar música que atravesaba la pared, de veras gronca, y eso fue lo que terminó de despertarme. Era una sinfonía que conocía realmente joroschó pero no había slusado durante muchos años, la Tercera Sinfonía del veco danés Otto Skadelig, una pieza muy gronca y violenta, sobre todo el primer movimiento, justo lo que estaban tocando ahora. Slusé unos dos segundos, interesado y gustoso, y de pronto todo se me vino encima, empezó el dolor y la náusea, y el gemido me salía de lo más profundo de las quischcas. Y ahí estaba yo, que tanto había querido la música, arrastrándome fuera de la cama y gimiendo oh oh oh, y después bang bang bang en la pared, mientras crichaba: —¡Basta, basta, paren eso! —Pero siguió, y parecía que más fuerte. Y yo seguí golpeando la pared hasta que me quedaron los nudillos todos pelados y manchados de crobo rojo rojo, y crichaba y crichaba, pero la música no paraba nunca. Entonces pensé que tenía que escapar, así que salí del malenco dormitorio y fui scorro a la puerta de entrada, pero la habían cerrado con llave por fuera y no conseguí salir. Y mientras tanto la música se hacía cada vez más gronca, como si tuvieran la intención de torturarme, oh hermanos míos. De modo que me metí los dedos en los ucos, hasta el fondo, pero los trombones y los timbales resonaban bastante groncos. Así que les criché otra vez que parasen y otra vez golpes y golpes y golpes en la pared, pero no conseguí nada—. Oh, ¿qué puedo hacer? —jujujué para mí mismo—. Oh, Bogo del Cielo, Señor, ayúdame. —Recorría todas las habitaciones, queriendo escapar del dolor y las náuseas, tratando de no oír la música y sintiendo el gemido que me venía de las tripas, y entonces, arriba de la pila de libros y papeles y de toda esa cala que estaba sobre

la mesa, vi lo que tenía que hacer y lo que yo había querido hacer hasta que me lo impidieron los vecos de la biblio pública y después el Lerdo y Billyboy disfrazados de militsos, y lo que yo había querido hacer era eliminarme, snufar, desaparecer para siempre de este mundo perverso y cruel. Lo que vi fue el slovo MUERTE en la tapa de un folleto, aunque sólo se trataba de las palabras MUERTE AL GOBIERNO. Y como si hubiera sido el Destino había otro folleto malenco que mostraba una ventana abierta en la tapa, y decía: « Abra la ventana al aire fresco, a las nuevas ideas, a un nuevo modo de vivir» . Y entonces comprendí que era como decirme que acabase todo saltando. Tal vez un momento de dolor, y después el sueño para siempre siempre siempre.

La música seguía brotando de todos los bronces y tambores y violines, a kilómetros de distancia, a través de la pared. La ventana del dormitorio estaba abierta. Me acerqué, y vi que había bastante altura hasta los autos y los ómnibus y los chelovecos que caminaban abajo. Criché al mundo: —Adiós, adiós, que Bogo los perdone por haber arruinado una vida. —Me subí al reborde, y la música seguía sonando a mi izquierda, y cerré los glasos y sentí el viento frío en el litso, y salté.

Salté, oh hermanos míos, y pegué fuerte en la vereda, pero no snufé, oh no. Si hubiese snufado no estaría aquí para escribir lo que escribí. Parece que no salté desde una altura suficiente para matarme. Pero me rompí la espalda y las muñecas y las nogas y sentí un dolor muy bolche antes de desmayarme, hermanos, y vi los litsos sorprendidos y desconcertados de los chelovecos de la calle que me miraban desde arriba. Y justo antes de desmayarme videé muy claro que en todo el horrible mundo no había un solo cheloveco que me apoyase, y que la música a través de la pared había sido preparada por los que se suponía eran mis nuevos drugos, y que querían una vesche así para imponer la política que a ellos les interesaba, horrible y vanidosa. Todo eso se me pasó por la golová en un millonésimo de minuta antes que desaparecieran el mundo y el cielo y los litsos de los chelovecos que me miraban desde arriba.

Cuando volví a la chisna, después de un hueco negro negro que a lo mejor duró un millón de años, yo estaba en un hospital, todo blanco y con ese vono de los hospitales, todo ácido y pulido y limpio. Esas vesches antisépticas que usan en los hospitales tendrían que tener un vono de veras joroschó a cebollas fritas o a flores. Muy despacio empecé a entender quién era yo, y me tenían todo envuelto en cosas blancas, y no podía sentir nada en el ploto, ni dolor ni sensación ni otras vesches. Me habían vendado la golová, y tenía como unos pedazos de tela pegados al litso, y las rucas también todas vendadas, y pedacitos de madera atados a los dedos, algo así como si fueran flores que hay que tener derechas, y mis pobres y viejas nogas también estaban estiradas, y por todos lados vendas y jaulas de alambre, y en la ruca derecha, cerca del plecho, el crobo rojo rojo goteaba de un frasco boca abajo. Pero yo no sentía nada, oh hermanos míos. Había una enfermera sentada al lado de mi cama, y leía un libro impreso con letras muy oscuras, y se podía videar que era un cuento porque había un montón de comas invertidas, y mientras leía respiraba fuerte uh uh uh por la emoción, así que seguramente era un cuento acerca del viejo unodós unodós. Esta enfermera era una débochca de veras joroschó, con una rota muy roja y largas pestañas en los glasos, y debajo del uniforme muy almidonado se podía videar que tenía unos grudos realmente joroschó. Así que le dije: —¿Qué tal, hermanita? Ven y acuéstate un ratito con tu malenco drugo en esta cama. —Pero los slovos no me salieron nada joroschó, era como si yo tuviera la rota toda rígida, y sentí con la yasicca que algunos de mis subos ya no estaban. Pero la enfermera pegó un salto y el libro cayó al suelo, y ella dijo:

—Oh, recuperó el sentido.

Era mucho hablar para una malenca ptitsa como ella, y quise decírselo, pero los slovos no se formaron, y sólo salió algo como er er er. La enfermera se marchó y me dejó odinoco, y entonces pude videar que estaba en un malenco

cuarto para mí solo, y no en una de esas salas largas como la que conocí cuando era málchico muy pequeño, llena de vecos starrios moribundos que tosían, de modo que uno deseaba sanarse pronto. Difteria era lo que yo tenía entonces, oh hermanos míos.

Según parece ahora no podía mantenerme consciente mucho tiempo, pues volví a dormirme casi en seguida, muy scorro, pero dos minutos más tarde tuve la seguridad de que esta ptitsa enfermera había vuelto con varios chelovecos de chaquetas blancas, y que me videaban con el ceño muy fruncido, haciendo hum hum hum frente a Vuestro Humilde Narrador. Y estoy seguro que con ellos estaba el viejo chaplino de la staja goborando: —Oh, hijo mío, hijo mío —y despidiendo un vono muy rancio de whisky y diciendo luego: —Pero no quise quedarme allí, oh no. De ningún modo podía aceptar lo que estos brachnos les están haciendo a los pobres prestúpnicos. Así que me fui y ahora predico sermones denunciando todo, mi pequeño y bienamado hijo en J. C.

Más tarde desperté de nuevo, y alrededor de la cama estaban los tres, los vecos de la casa de donde yo había saltado, es decir D. E. da Silva, qué sé yo cuántos Rubinstein y Z. Dolin. —Amigo —estaba diciendo uno de esos vecos, pero no pude videar o slusar joroschó quién era—, amiguito —seguía diciendo la golosa—, la gente arde de indignación. Has destruido las posibilidades de reelección de esos horribles e infatuados villanos. Has prestado un buen servicio a la Libertad. —Traté de decir:

—Si hubiese muerto habría sido todavía mejor para ustedes, brachnos políticos, ¿verdad, drugos falsos y traidores? —Pero lo único que me salió fue er er er. Entonces me pareció que uno de los tres desplegaba un montón de recortes de gasettas, y pude videarme en una horrible fotografía, todo cubierto de crobo y tendido en una camilla que llevaban dos vecos, y me pareció recordar algo así como fogonazos que seguramente eran de los vecos fotógrafos. Con un glaso pude leer los titulares de los recortes, que temblaban en la ruca del cheloveco, cosas como NIÑO VÍCTIMA DEL CRIMINAL PLAN DE REFORMA y GOBIERNO ASESINO, y aparecía la foto de un veco que me pareció conocido, y decía QUE LO ECHEN, y seguro que era el ministro del Inferior o Interior. En eso la ptitsa enfermera dijo:

—No tienen que excitarlo tanto. No hagan nada que lo ponga nervioso. Ahora, vamos, salgan de aquí. —Intenté hablar:

—Que los echen —pero otra vez salió er er er. En fin, los tres vecos políticos se marcharon. Y yo también me fui, pero de regreso a mi mundo, a la oscuridad total que se interrumpía únicamente con sueños raros que yo no sabía si eran sueños o no, oh hermanos míos. Por ejemplo, se me ocurrió que todo mi cuerpo o ploto se vaciaba de algo que era como agua sucia, y que después lo llenaban con agua limpia. Y después tenía sueños realmente hermosos y joroschós, y estaba en el auto de un veco que yo había crastado, y recorría el mundo odinoco,

atropellando liudos y oyéndolos crichar que se morían, y yo no sentía náuseas ni dolor. Y también otros sueños en que les hacía el viejo unodós a las débochcas, obligándolas a tirarse en el suelo y que me la aguantaran bien, y todos alrededor mirando, golpeando las rucas y vivando como besuños. Y ahí me desperté otra vez y eran mi pe y mi eme que venían a videar al hijo enfermo, y mi eme hacía bujú realmente joroschó. Yo ya podía goborar mucho mejor, y les dije:

—Bueno bueno bueno bueno bueno, ¿qué pasa? ¿Qué les hace pensar que son bienvenidos? —Mi papá dijo con un aire medio avergonzado:

—Saliste en los diarios, hijo. Dicen que te hicieron mucho daño. Explican que el gobierno te obligó a que trataras de matarte. Y en cierto modo también fue culpa nuestra, hijo. En fin, tu casa es tu casa, hijo. —Y mi ma seguía haciendo bujuju, y fea como bésame los scharros. De modo que les dije:

—¿Y cómo está el nuevo hijo, Joe? Bien, sanito y próspero, espero y deseo. —Mi ma dijo:

—Oh, Alex, Alex. Ouuuuuu. —Y mi papapa continuó:

—Una cosa muy triste, hijo. Tuvo problemas con la policía y lo golpearon.

—¿De veras? —dije—. ¿De veras? Un cheloveco tan bueno y tan virtuoso… Sinceramente, estoy sorprendido.

—No se metía con nadie —dijo mi pe—, y la policía le dijo que no se quedara allí. Estaba en una esquina, hijo, esperando a una chica. Y le dijeron que se moviera, y él dijo que tenía derecho a estar allí, y entonces se le fueron encima y lo golpearon mucho.

—Terrible —dije—. De veras terrible. ¿Y dónde está ahora el pobre chico?

—Ouuuuu —sollozó mi ma—. Volvió a su caaaaasa. —Sí —dijo papá—. Volvió a su pueblo para curarse.

Aquí tuvieron que darle el empleo a otro.

—Así que ahora —dije— ustedes quieren que yo vuelva a casa, y que todo quede como antes.

—Sí, hijo —contestó mi papapa—. Por favor, hijo. —Lo pensaré —dije—. Lo pensaré con mucho cuidado.

—Ouuuuu —seguía mi ma.

—Oh, basta —dije—, o te daré algo apropiado para chillar y crichar. Un buen puntapié en los subos, eso es lo que necesitas. —Y cuando se lo dije, hermanos míos, me sentí de veras un malenco mejor, como si el crobo rojo rojo y nuevo me estuviese subiendo y bajando por todo el ploto. Realmente, tenía que pensarlo. Era como si para sentirme mejor tuviese que sentirme peor.

—No le hables así a tu madre, hijo —dijo mi papapa—. Después de todo, ella te trajo al mundo.

—Sí —contesté—, y qué grasño mundo vonoso. —Cerré fuerte los glasos, como si me dolieran, y dije: —Ahora váyanse. Pensaré en eso de volver. Pero las cosas tendrán que ser muy distintas.

—Sí, hijo —contestó mi pe—. Lo que tú digas.

—Tendrán que entender de una vez —continué— quién es el amo.

—Ouuuuu —seguía mi ma.

—Muy bien, hijo —dijo mi papapa—. Las cosas se harán como tú digas. Pero ahora cúrate.

Cuando se marcharon me quedé tendido y pensé un poco en diferentes vesches, como diferentes visiones que me pasaban por la golová, y cuando volvió la ptitsa enfermera y me arregló las sábanas de la cama, le dije:

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Cerca de una semana —dijo ella.

—¿Y qué me hicieron?

—Bueno —explicó ella—, tenía muchas fracturas y golpes, conmoción grave, y había perdido mucha sangre. Tuvieron que arreglarle todo eso, ¿no es así?

—Pero —dije— ¿me hicieron algo en la golová? Quiero decir, ¿estuvieron toqueteándome adentro en el cerebro?

—Lo que hayan hecho —dijo la ptitsa— es para bien suyo.

Pero un par de días después vinieron dos vecos doctores, jovencitos y con sonrisas muy sladquinas, y traían un libro de imágenes. Uno de ellos dijo: —Queremos que mire estas cosas y nos cuente lo que piensa. ¿De acuerdo?

—¿Qué pasa, druguitos? —pregunté—. ¿Qué nueva idea besuña se traen ahora? —Los dos se miraron con una sonrisa avergonzada y se sentaron a cada lado de la cama y abrieron el libro. En la primera página se videaba la fotografía de un nido con huevos.

—¿Qué le parece? —preguntó uno de los vecos doctores.

—Un nido de pájaros —contesté—, lleno de huevos. Muy muy lindos.

—¿Y qué le gustaría hacer con esos huevos? —preguntó el otro.

—Oh —dije—, romperlos. Juntarlos todos y tirarlos contra una pared o una piedra, y videar cómo se rompen realmente joroschó.

—Bien, bien —dijeron los dos, y volvieron la página. Era como el retrato de una de esas aves grandes y bolches llamadas pavos reales, con todas las plumas desplegadas, mostrando vanidosa todos los colorines—. ¿Sí? —dijo uno de estos vecos.

—Me gustaría —dije— arrancarle todas las plumas de la cola y slusar cómo cricha desesperado. Por ser tan vanidoso.

—Bien —dijeron los dos— bien bien bien. —Y siguieron volviendo las páginas. Eran como imágenes de débochcas de veras joroschó, y contesté que me gustaría aplicarles el viejo unodós unodós con mucha ultraviolencia. Había otras imágenes de chelovecos a quien les daban con la bota justo en el litso y el crobo rojo rojo por todas partes, y dije que me gustaría estar también en eso. Y había una imagen del viejo nago que era drugo del chaplino de la prisión, y se lo

veía cargando la cruz y subiendo la colina, y yo expliqué que me gustaría manejar el viejo martillo y los clavos. Muy bien. Pregunté:

—¿Qué significa todo esto?

—Hipnopedia profunda —o algún otro slovo por el estilo, dijo uno de los dos vecos—. Parece que está curado.

—¿Curado? —pregunté—. ¿Atado así a esta cama y dicen que estoy curado? Bésenme los scharros, es lo que yo digo.

—Paciencia —aclaró el otro—. Ya no le falta tanto. Así que tuve paciencia y, oh hermanos míos, mejoré mucho, masticando huevos y lonticos de tostada y piteando tazones bolches de chai con leche, hasta que un día me dijeron que vendría a verme una visita muy muy muy especial.

—¿Quién? —pregunté mientras me arreglaban la cama y me peinaban la lujosa gloria, pues ya me habían quitado la venda de la golová y el pelo había vuelto a crecer.

—Ya verá, ya verá —contestaron. Y por cierto que vi. A las dos y media de la tarde estaban allí todos los fotógrafos y los hombres de las gasettas con libretas y lápices y toda esa cala. La verdad, hermanos, casi tocaron trompetas y una fanfarria bolche por este veco grande e importante que venía a videar a Vuestro Humilde Narrador. Y claro que vino, y por supuesto no era otro que el ministro del Interior o el Inferior, vestido a la última moda y con la golosa ja ja ja muy de clase alta. Las cámaras hicieron flash flash cuando extendió la ruca para estrechar la mía. Le dije:

—Bueno bueno bueno bueno bueno. ¿Qué pasa, viejo druguito? —Parece que nadie ponimó eso, pero alguien me dijo con golosa áspera:

—Muchacho, demuestre más respeto al hablar con el ministro.

—Yarblocos —respondí, gruñendo como un perrito—. Bolches y grandes yarblocos para ti.

—Está bien, está bien —dijo muy scorro el del Inferior Interior—. Me habla como a un amigo, ¿no es así, hijo?

—Yo soy el amigo de todos —dije—. Excepto de mis enemigos.

—¿Y quiénes son tus enemigos? —preguntó el ministro, mientras todos los vecos de las gasettas dale que dale que dale al lápiz—. Cuéntanos, hijo mío.

—Todos los que me hacen daño —dije— son mis enemigos.

—Bien —dijo el Min del Int Inf, sentándose al lado de mi cama—. Yo y el gobierno queremos que nos consideres amigos. Sí, amigos. Te hemos curado, ¿no es así? Te dimos el mejor tratamiento. Nosotros nunca quisimos que sufrieras, pero algunos sí lo quisieron, y todavía lo quieren. Y creo que sabes de quiénes hablo.

» Sí sí sí —dijo—. Hay ciertos hombres que quisieron utilizarte, sí, utilizarte con fines políticos. Les hubiera alegrado, sí, alegrado que murieses, y le habrían echado la culpa de todo al gobierno. Creo que sabes quiénes son esos hombres.

» Hay un hombre —continuó el Minitinf— llamado F. Alexander, un escritor de literatura subversiva que ha estado reclamando tu cabeza. Estaba como loco por atravesarte de una cuchillada. Pero ya no corres peligro. Lo hemos encerrado.

—Se suponía que era un drugo —dije—. Como una madre para mí fue lo que él fue.

—Descubrió que le habías hecho daño. Por lo menos —dijo el min muy scorro— creyó que le habías hecho daño. Te culpaba de la muerte de alguien a quien había querido mucho.

—O sea —dije— que alguien se lo explicó.

—Tenía esa idea —continuó el min—. Era una amenaza. Lo encerramos para su propia protección. Y también —dijo— para la tuya.

—Muy amable —dije—. Amabilísimo.

—Cuando salgas de aquí —dijo el min— no tendrás problemas. Nos ocuparemos de todo. Un buen empleo y un buen sueldo. Porque estás ayudándonos.

—¿De veras?

—Siempre ayudamos a nuestros amigos, ¿no es así? —Y entonces me estrechó la mano y un veco crichó: —¡Sonría! —y yo sonreí como besuño sin pensarlo, y entonces flash flash flash crac flash bang se tomaron fotos de mí y el Minintinf muy juntos y drugos—. Buen chico —dijo este gran cheloveco—. Buen chico. Y ahora, te haremos un regalo.

Hermanos, lo que trajeron entonces fue una gran caja brillante, y vi en seguida qué clase de vesche era. Era un estéreo. Lo pusieron al lado de la cama y lo abrieron, y un veco lo enchufó en la pared. —¿Qué quiere oír? —preguntó un veco con ochicos en la nariz, y tenía en las rucas unos álbumes de música, hermosos y brillantes. ¿Mozart? ¿Beethoven? ¿Schoenberg? ¿Carl Orff?

—La Novena —dije—. La gloriosa Novena.

Y fue la Novena, oh hermanos míos. Todos empezaron a salir despacio y en silencio mientras yo descansaba, con los glasos cerrados, slusando la hermosa música. El min dijo: —Buen buen chico —palmeándome el plecho, y luego se fue. Sólo quedó un veco que dijo—: Firme aquí, por favor. —Abrí los glasos para firmar, sin saber qué firmaba, y sin que me importase tampoco, oh hermanos míos. Y así me quedé solo con la gloriosa Novena de Ludwig van.

Oh, qué suntuosidad, qué yumyumyum. Cuando llegó el scherzo pude videarme clarito corriendo y corriendo sobre nogas muy livianas y misteriosas, tajeándole todo el litso al mundo crichante con mi filosa britba. Y todavía faltaban el movimiento lento y el canto hermoso del último movimiento. Sí, yo ya estaba curado.

—¿Y ahora qué pasa, eh?

Estábamos yo, Vuestro Humilde Narrador, y mis tres drugos, es decir Len, Ricky Toro, llamado Toro porque tenía un cuello bolche y una golosa realmente gronca que eran como las de un toro bolche bramando auuuuuuh. Estábamos sentados en el bar lácteo *Korova*, exprimiéndonos los rasudoques y decidiendo qué podríamos hacer en esa bastarda noche de invierno, oscura, helada, aunque seca. Había muchos chelovecos puestos en órbita con leche y velocet, synthemesco y drencrom, y otras vesches que te llevaban lejos, muy lejos de este infame mundo real a la tierra donde videabas a Bogo y el Coro Celestial de Angeles y Santos en tu sabogo izquierdo, mientras chorros de luces te estallaban en el mosco. Estábamos piteando la vieja leche con cuchillos, como decíamos, que te avivaba y preparaba para una piojosa una-menos-veinte, pero ya os he contado todo esto.

Íbamos vestidos a la última moda, que en esos tiempos era un par de pantalones muy anchos y un holgado y reluciente chaleco negro de piel sobre una camisa con el cuello desabrochado y una especie de pañuelo metido dentro. En esos tiempos también estaba de moda pasarse la britba por la golová y rasurar la mayor parte, dejando pelo sólo a los lados. Pero siempre era lo mismo para nuestras viejas nogas, unas grandes botas bolches, realmente espantosas, para patear litsos.

—¿Y ahora qué pasa, eh?

Yo era el mayor de los cuatro y todos me consideraban el líder del grupo, pero a veces se me ocurría que a Toro le rondaba por la golová la idea de tomar el mando, y esto sólo porque era enorme y por la gronca golosa que le salía cuando estaba en pie de guerra. Pero todas las ideas venían de Vuestro Humilde, oh hermanos míos, y además estaba la vesche de que yo había sido famoso y habían publicado mi foto y artículos sobre mí y toda esa cala en las gasettas. Además yo tenía el mejor trabajo de los cuatro, en los Archivos Nacionales de Gramodiscos en el lado de la música, y cada fin de semana tenía los carmanos repletos de preciosos gollis, además de un montón de buenos discos gratis para el malenco estante de mi lado.

Esa noche en el *Korova* había un buen número de vecos y ptitsas y débochcas y málchicos que smecaban y piteaban y que interrumpían las goboraciones y la cháchara de los en-órbita barbotando cosas como « Gargariza los falatucos y el gusano se disemina en pequeñas bolas masacradas» y toda esa cala, uno podía slusar una canción pop en el estéreo, Ned Achimota cantando *Ese día, sí, ese día*. En la barra había tres débochcas vestidas a la última moda nadsat, esto es, pelo largo despeinado teñido de blanco y grudos postizos que sobresalían lo menos un metro y faldas muy cortas y ajustadas y ropa interior blanca y espumosa, y

Toro repetía sin cesar: —Eh, podríamos meternos ahí, tres de nosotros. Al viejo Len no le interesa. Dejemos al viejo Len a solas con su Dios. —Y Len repetía sin cesar: —Yarboclos yarboclos. ¿Qué ha sido del espíritu del todos para uno y uno para todos, eh, chico? —De pronto me sentí muy muy cansado y al mismo tiempo con una energía hormigueante, y dije:

—Fuera fuera fuera fuera fuera.

—¿Adónde? —preguntó Rick, que tenía litso de rana.

—Oh, sólo a videar que sucede en el gran exterior —dije. Pero por alguna razón, hermanos míos, me sentí enormemente aburrido y algo desesperado, y esos días me había sentido así a menudo. De modo que me volví al cheloveco sentado junto a mí en el largo asiento de felpa que corría alrededor del mesto, un cheloveco somnoliento que barboteaba, y le aticé unos puñetazos en el estómago, ac ac ac, realmente scorro. Pero él ni los sintió, hermanos, y barbotó: « Carretea la virtud, ¿dónde en el extremo de las colas yacen las palopalomitas?» Así que nos largamos a la gran noche invernal.

Descendimos por el bulevar Marghanita y como no había militsos patrullando por allí, cuando encontramos a un starrio veco que venía del quiosco donde acababa de cuperar la gasetta le dije a Toro: —Muy bien, Toro, adelante si así lo deseas. —En aquellos tiempos, cada vez con más frecuencia me limitaba a dar las órdenes y videar cómo las cumplían. Toro se le echó encima y lo cracó, er er er, y los otros dos lo pisotearon y patearon, smecando todo el tiempo, y luego dejaron que se arrastrara gimoteando hasta donde vivía.

—¿Qué me dices de un delicioso vaso de algo que nos saque el frío, eh Alex? —propuso Toro. No estábamos lejos del *Duque de Nueva York*. Los otros dos dijeron sí sí sí con la cabeza, pero todos me miraron para videar si eso estaba bien. Estuve de acuerdo, así que hacia allá iteamos. Dentro del antro esperaban aquellas starrias ptitsas o harpías o bábuchcas que recordaréis del principio y todas empezaron con lo de « Buenas noches, muchachos, Dios os bendiga, chicos, no hay mejores muchachos que vosotros» , esperando que nosotros dijéramos: « ¿Qué vais a tomar, chicas?» Toro hizo sonar el colocolo y acudió un camarero frotándose las rucas en el delantal grasiento. —El dinero sobre la mesa, drugos —dijo Toro sacando un tintineante montón de dengo—. Escocés para nosotros y lo mismo para las viejas bábuchcas, ¿eh?

Y entonces yo dije: —Ah, al demonio. Que se lo paguen ellas. —No sabía por qué, pero en aquellos últimos tiempos me había vuelto algo tacaño. Se me había metido en la golová el deseo de guardar todos esos preciosos billetes para mí, de atesorarlos por alguna razón.

Toro dijo: —¿Qué pasa, brato? ¿Qué le sucede al viejo Alex?

—Ah, al demonio —dije yo—. No lo sé, no lo sé. Ocurre que no me gusta despilfarrar los billetes duramente ganados, eso es todo.

—¿Ganados? —dijo Rick—. ¿Ganados? No tienen por qué ganarse, como bien

sabes, viejo drugo. Tomarlos, basta con tomarlos. —Y smecó realmente gronco y vi que tenía uno o dos subos menos estropeados.

—Ah —dije—, tengo que pensarlo. —Pero al videar la expresión de las viejas bábuchcas, que esperaban ansiosas un poco de alc gratis, encogí los plechos, saqué el dinero del carmano de los pantalones, billetes y monedas revueltos, y los dejé caer tintineando sobre la mesa.

—Escocés para todos, ¿verdad? —dijo el camarero, pero por alguna razón dije:

—No, muchacho, para mí será una cerveza pequeña, ¿de acuerdo?

—Esto no me gusta —dijo Len, y empezó a pasarme las rucas por la golová, como queriendo decir que yo tenía fiebre, pero le gruñí como un perro y se apartó scorro—. Está bien, está bien, drugo —dijo—. Como tú digas.

Pero Toro estaba smotando con la rota abierta algo que había salido de mi carmano junto con el precioso dinero que había dejado en la mesa.

—Bueno bueno bueno —dijo—. Y nosotros sin enterarnos.

—Dame eso —gruñí, y se lo arrebaté scorro. No me explicaba cómo había llegado allí, hermanos, pero era la fotografía que yo había recortado de una vieja gasetta, un bebé que gorjeaba gu gu gu mientras le babeaba leche de la rota y miraba arriba como smecando el mundo, y estaba todo nago y la carne toda como pliegues porque era un bebé muy gordo. Hubo un ja ja ja mientras querían arrebatarme el pedazo de papel y tuve que gruñirles de nuevo y agarré la foto y la rompí en pedazos diminutos que dejé caer como nieve. El whisky llegó al fin y las starrias bábuchcas dijeron: —Salud, muchachos, Dios los bendiga, chicos, no hay mejores muchachos que vosotros— y toda esa cala. Y una de ellas toda líneas y arrugas, sin un subo en la vieja rota hundida, dijo: —No rompas el dinero, hijo. Si tú no lo necesitas, dáselo a otros —lo cual fue muy descarado y audaz. Pero Rick dijo:

—No era dinero, oh bábuchka. Era la fotografía de un pequeño y tierno bebé.

—Ya me estoy cansando —dije yo—. Sois vosotros los bebés, todos. Mofándose y riéndose y lo único que saben hacer es smecar y arrear tolchocos bolches y cobardes a la gente, cuando ellos no pueden devolverlos.

—Bueno —dijo Toro—, siempre te habíamos tenido por el rey en esas cuestiones y además el maestro. No te encuentras bien, eso es lo que te pasa, viejo drugo.

Videé el turbio vaso de cerveza delante de mí sobre la mesa y sentí como un vómito dentro de mí, así que exclamé —Aaaaah— y arrojé por todo el suelo la cala espumosa y vonosa. Una de las ptitsas starrias comentó:

—No quiere gastar.

—Mirad, drugos, escuchadme —dije—. Por alguna razón esta noche no estoy bien de humor. No sé por qué o cómo, pero así es la cosa. Vosotros tres salid por vuestra cuenta esta noche y yo me quedo fuera. Mañana nos encontraremos en

el mismo lugar y hora, y espero estar mucho mejor.

—Oh —dijo Toro—, de veras que lo siento. —Pero se le videaba un brillo en los glasos, porque esa naito él podría llevar la batuta. Poder, poder, todos quieren poder—. Podemos posponer para mañana lo que teníamos en mente —dijo Toro —, esa crastada en las tiendas de la calle Gagarin. Diversión de película y dinero todo junto, drugo.

—No —dije yo—. No posponéis nada. Adelante como si nada y según vuestro propio estilo. Ahora, yo me iteo —añadí, y me levanté de la silla.

—¿Adónde? —preguntó Rick.

—No lo sé —dije—. Necesito estar solo y aclarar unas cosas. —Era evidente que las viejas bábuchcas estaban realmente confundidas porque me marchara de aquel modo todo taciturno y no como el malchiquito animado y smecante que ellas recordaban. Pero dije: —Ah, al demonio, al demonio —y me largué odinoco a la calle.

Estaba oscuro y se estaba levantando un viento afilado como un nocho, y muy muy pocos liudos fuera. Por las calles circulaban coches patrulla cargados de brutales ras ras, y de cuando en cuando podía videarse en alguna esquina una pareja de militsos muy jóvenes que pateaban el suelo para defenderse del frío malévolo y exhalaban un aliento de vapor al aire invernal, oh hermanos míos. Supongo que en verdad se estaban acabando los tiempos de la ultraviolencia y el crastar, pues los ras ras trataban con brutalidad a quienes atrapaban, aunque se había convertido más bien en una especie de guerra entre nadsats desobedientes y ras ras, que podían ser más scorros con el nocho y la britba y con el bastón e incluso la pistola. Pero lo que me ocurría en aquellos tiempos era que eso no me importaba mucho. Era como si algo suave estuviese colándoseme dentro y no ponimaba por qué.

Tampoco sabía qué quería. Incluso la música que me gustaba slusar en mi malenca guarida era la que antes me habría hecho smecar, hermanos. Slusaba más malencas canciones románticas, lo que llaman *Lieder*, sólo una golosa y un piano, muy tranquilas y tiernas, muy diferente de cuando todo eran bolches orquestas y yo me tumbaba en la cama entre violines, trombones y timbales. Algo estaba ocurriendo en mi interior, y yo me preguntaba si sería alguna enfermedad o si lo que me habían hecho aquella vez estaba trastornándome la golová y me iba a volver realmente besuño.

Así pensando, con la golová gacha y las rucas en los carmanos del pantalón, recorrí la ciudad, hermanos, y al fin empecé a sentirme muy cansado y necesitado de una bolche chascha de chai con leche. Pensando en el chai tuve una súbita visión, como una fotografía de mí mismo sentado en un sillón ante un bolche fuego piteando chai, y lo más divertido y a la vez extraño era que yo parecía haberme convertido en un starrio cheloveco, de unos setenta años de edad, porque videé mi propio boloso, muy gris, y además llevaba patillas, que

también eran muy grises. Pude videarme como un anciano sentado junto al fuego y entonces la imagen se desvaneció. Pero fue una experiencia como extraña.

Llegué a uno de esos mestos de té-y-café, hermanos, y a través de los grandes cristales videé que estaba atestado de liudos apagados, corrientes, de litsos pacientes e inexpresivos, que no harían daño a nadie, todos sentados allí goborando quedamente y piteando unos tés y cafés inofensivos. Iteé en el interior, fui hasta la barra y pedí un buen chai caliente con mucha moloco, y luego iteé hasta una mesa y me senté a pitearlo. Una pareja joven ocupaba aquella mesa y bebían y fumaban cánceres con filtro, y goboraban y smecaban en voz baja, pero apenas reparé en ellos y seguí bebiendo y soñando y preguntándome qué era lo que estaba cambiando en mí y qué iba a ocurrirme. Sin embargo videé que la débochca de la mesa que estaba con el cheloveco era de película, no de la clase que querrías tumbar en el suelo para darle el viejo unodós, unodós, sino que tenía un ploto y un litso de primera, y una rota sonriente y un boloso muy muy brillante y toda esa cala. Y entonces el veco que la acompañaba, que llevaba un sombrero en la golová y estaba de espaldas a mí, volvió el litso para videar el bolche reloj de pared que había en el mesto, y entonces pude videar quién era y él videó quién era yo. Era Pete, uno de mis tres drugos de los días en que éramos Georgie, Lerdo, él y yo. Era Pete, que parecía mucho mayor aunque no podía tener entonces más de diecinueve años y llevaba un pequeño bigote y un traje corriente y el sombrero puesto.

—Bueno bueno bueno, drugo —dije—, ¿cómo te va? Hace mucho, mucho tiempo que no te videaba.

Y él dijo: —Eres el pequeño Alex, ¿verdad?

—El mismo —dije—. Ha pasado mucho, mucho tiempo desde aquellos buenos tiempos de antes, muertos y enterrados. Y el pobre Georgie, según me dijeron, está bajo tierra, y el viejo Lerdo es un militso brutal, y aquí estás tú y aquí estoy yo, ¿y qué noticias tienes, viejo drugo?

—Qué manera de hablar más rara, ¿verdad? —dijo la débochca entre risitas.

—Éste es un viejo amigo —le dijo Pete a la débochca—. Se llama Alex. —Y volviéndose hacia mí añadió: —Te presento a mi mujer.

Me quedé boquiabierto. —¿Tu mujer? —balbucí—. ¿Mujer mujer mujer? Ah, no, eso no es posible. Eres demasiado joven para estar casado, viejo drugo. Imposible, imposible.

La débochca que era la mujer de Pete (imposible, imposible) soltó otra risita y le dijo: —¿Tú también hablabas de esa manera?

—Bueno… —dijo Pete, y sonrió—. Tengo cerca de veinte años. Bastante viejo para casarse, y ya hace dos meses. Tú eras muy joven y muy adelantado, recuerda.

—En fin… —Seguía como pasmado—. Me cuesta de veras hacerme a la

idea, viejo drugo. Pete casado. Vaya vaya vaya.

—Tenemos un piso pequeño —dijo Pete—. Gano muy poco en State Marine Insurance, pero las cosas mejorarán, seguro. Y Georgina…

—¿Puedes repetir el nombre? —dije, con la rota aún abierta como un besuño. La mujer de Pete (mujer, hermanos) volvió a soltar otra risita.

—Georgina —dijo Pete—. Georgina también trabaja. De mecanógrafa, ¿sabes? Nos las arreglamos, nos las arreglamos. —Hermanos, no podía apartar los glasos de él, de verdad. Había crecido y tenía golosa de hombre crecido también—. Tienes que venir a vernos alguna vez —dijo Pete—. Sigues pareciendo muy joven a pesar de tus terribles experiencias. Sí sí, sí lo leímos todo. Pero, por supuesto, aún eres muy joven.

—Dieciocho —dije—. Recién cumplidos.

—Dieciocho, ¿eh? —dijo Pete—. Tan mayor ya. Bueno bueno bueno. Ahora tenemos que irnos —añadió, y le dedicó a su Georgina una mirada amorosa y oprimió una de sus rucas entre las suyas y ella le devolvió una mirada igual, oh hermanos míos—. Sí —dijo Pete mirándome—, vamos a una pequeña fiesta en casa de Greg.

—¿Greg? —dije.

—Ah, claro —dijo Pete—, tú no conoces a Greg. Greg vino después de tu época. Entró en escena mientras estabas ausente. Organiza pequeñas fiestas, reuniones de copas y juegos de palabras sobre todo. Pero muy agradables, muy tranquilas. Inofensivas, si entiendes por dónde voy.

—Sí —dije—. Inofensivas. Sí, sí, video ese verdadero espanto. —Al oír esto la débochca Georgina se rió otra vez de mis slovos. Y luegos los dos itearon a sus vonosos juegos de palabras en casa del tal Greg, quienquiera que fuese. Y yo me quedé odinoco mirando mi chai con leche, frío a aquellas alturas, pensativo e inquieto.

Tal vez fuera eso, pensé. Tal vez me estaba volviendo demasiado viejo para la clase de chisna que había llevado hasta entonces, hermanos. Acababa de cumplir dieciocho años. Con dieciocho ya no era tan joven. A los dieciocho el viejo Wolfgang Amadeus había compuesto conciertos, sinfonías, óperas y oratorios y toda esa cala, no, no cala, música celestial. Y estaba también el viejo Felix M. con la obertura de su *Sueño de una noche de verano*. Y había otros. Y estaba ese poeta francés citado por el viejo Benjy Britt, que había escrito sus mejores poemas antes de los quince años, oh hermanos míos. Su primer nombre era Arthur. Dieciocho no era una edad tan tierna entonces. ¿Pero qué haría?

Mientras recorría las calles oscuras y bastardas de invierno después de itear del mesto de té-y-café, videé visiones parecidas a esos dibujos de las gasettas. Alex, Vuestro Humilde Narrador, regresaba a casa del trabajo para cenar un buen plato caliente, y una ptitsa acogedora lo recibía amorosamente. Pero no conseguía videarlo, hermanos, ni imaginar quién podía ser. Sin embargo, tuve la

profunda certeza de que si entraba en la habitación próxima a aquélla donde ardía el fuego y mi cena caliente esperaba sobre la mesa encontraría lo que realmente deseaba, y de pronto todo cuadró, la fotografía recortada de la gasetta y el encuentro con Pete. Porque en esa otra habitación, en una cuna, mi hijo gorjeaba gu gu gu. Sí sí sí, hermanos, mi hijo. Y sentí un bolche agujero dentro de mi ploto, que me sorprendió incluso a mí. Comprendí lo que estaba sucediendo, oh hermanos míos. Estaba creciendo.

Sí sí sí, eso era. La juventud tiene que pasar, ah, sí. Pero en cierto modo ser joven es como ser un animal. No, no es tanto ser un animal sino uno de esos muñecos malencos que venden en las calles, pequeños chelovecos de hojalata con un resorte dentro y una llave para darles cuerda fuera, y les das cuerda grrr grrr grrr y ellos itean como si caminaran, oh hermanos míos. Pero itean en línea recta y tropiezan contra las cosas bang bang y no pueden evitar hacer lo que hacen. Ser joven es como ser una de esas malencas máquinas.

Mi hijo, mi hijo. Cuando tuviera un hijo se lo explicaría todo en cuanto fuese lo suficiente starrio para comprender. Pero sabía que no lo comprendería o no querría comprenderlo, y haría todas las vesches que yo había hecho, sí, quizás incluso mataría a alguna pobre starria forella entre cotos y coschcas maullantes, y yo no podría detenerlo. Ni tampoco él podría detener a su hijo, hermanos. Y así itearía todo hasta el fin del mundo, una vez y otra vez y otra vez, como si un bolche gigante cheloveco, o el mismísimo viejo Bogo (por cortesía del bar lácteo *Korova*) hiciera girar y girar y girar una vonosa y grasña naranja entre las rucas gigantescas.

Pero antes de nada, hermanos, estaba la vesche de encontrar una débochca que fuera madre de ese hijo. Tendría que ponerme en esa tarea al día siguiente, pensé. Era una ocupación nueva. Era algo que tendría que empezar, un nuevo capítulo que comenzaba.

Eso es lo que va a pasar ahora, hermanos, ahora que llego al final de este cuento. Habéis acompañado a vuestro druguito Alex allá donde ha ido, habéis sufrido con él y habéis videado algunas de las acciones más brachnas y grasñas del viejo Bogo, todas sobre vuestro viejo drugo Alex. Y todo se explicaba porque era joven. Pero ahora, al final de esta historia, ya no soy joven, ya no. Alex ha crecido, oh sí.

Pero donde vaya ahora, oh hermanos míos, tengo que itear odinoco, no podéis acompañarme. Mañana es todo como dulces flores y la tierra vonosa que gira, y allá arriba las estrellas y la vieja luna, y vuestro viejo drugo Alex buscando odinoco una compañera. Y toda esa cala. Un mundo grasño y vonoso, realmente terrible, oh hermanos míos. Y por eso, un adiós de vuestro druguito. Y para todos los demás en esta historia, un profundo chumchum de música de labios: brrrrr. Y pueden besarme los scharros. Pero vosotros, oh hermanos míos, recordad alguna vez a vuestro pequeño Alex que fue. Amén. Y toda esa cala.

GLOSARIO NADSAT
Español

La inclusión en La naranja mecánica *de un léxico nadsat, que apareció por primera vez en la edición norteamericana, no fue idea original del autor, para quien una lectura ordenada del libro era como «un curso de ruso cuidadosamente programado». Este glosario nadsat-español, en cambio, ha contado con la colaboración de Anthony Burgess, quien propuso la mayor parte de las posibles equivalencias y algunas variantes fonéticas. Las palabras que no parecen de origen ruso han sido señaladas con un asterisco*. (*N. del editor*)

A
*apología *disculpas*

B
bábuchca *anciana*
besuño *loco*
biblio *biblioteca*
bitba *pelea*
Bogo *Dios*
bolche *grande*
bolnoyo *enfermo*
boloso *cabello*
brachno *bastardo*
brato *hermano*
bredar *lastimar*
britba *navaja*
brosar *arrojar*
bruco *vientre*
bugato *rico*

C
cala *excremento*
*cancrillo *cigarrillo*
cantora *oficina*
carmano *bolsillo*
cartófilo *papa*
clopar *golpear, llamar*

cluvo *pico*
colocolo *campanilla*
copar *entender*
coschca *gato*
coto *gato*
*cracar *golpear, destruir*
*crarcar *aullar, gritar*
crastar *robar*
crichar *gritar*
crobo *sangre*
cuperar *comprar*
chai *té*
*chaplino *sacerdote*
chascha *taza*
chaso *guardia*
cheloveco *individuo*
chepuca *tonteria*
china *mujer*
chisna *vida*
chistar *lavar*
chudesño *extraordinario*
chumchum *ruido*
*chumlar *murmurar*

D
débochca *muchacha*
dedón *viejo*
dengo *dinero*
dobo *bueno, bien*
domo *casa*
dorogo *estimado, valioso*
dratsar *pelear*
*drencrom *droga*
drugo *amigo*
duco *asomo, pizca*
dva *dos*

F

filosa *mujer*
forella *mujer*
*fuegodoro *bebida*

G
gasetta *diario*
glaso *ojo*
*gloria *cabello*
glupo *estúpido*
goborar *hablar, conversar*
*goli *unidad de moneda*
golosa *voz*
golová *cabeza*
gorlo *garganta*
grasño *sucio*
gronco *estrepitoso, fuerte*
grudos *pechos*
guba *labio*
gular *caminar*

I
imya *nombre*
interesobar *interesar*
itear *ir, caminar, ocurrir*

J
joroschó *bueno, bien*

K
klebo *pan*

L
lapa *pata*
litso *cara*
liudo *individuo*
lontico *pedazo, trozo*
lovetar *atrapar*
lubilubar *hacer el amor*

M

málchico *muchacho*
malenco *pequeño, poco*
*maluolo *mal, malo*
maslo *mantequilla*
mersco *sucio*
meselo *pensamiento, fantasía*
mesto *lugar*
militso *policía*
minuta *minuto*
molodo *joven*
moloco *leche*
mosco *cerebro*
*munchar *masticar, comer*

N
nachinar *empezar*
nadmeño *arrogante*
nadsat *adolescente*
nago *desnudo*
naito *noche*
naso *loco*
niznos *calzones*
nocho *cuchillo*
noga *pie, pierna*
nopca *botón*
nuquear *oler*

O
ocno *ventana*
ochicos *lentes*
odinoco *solo, solitario*
odin *uno*
osuchar *borrar, secar*

P
*pe y eme *papá y mamá*
pianitso *borracho*
pischa *alimento*

pitear *beber*
placar *gritar*
platis *ropas*
plecho *hombro*
plenio *prisionero*
plesco *salpicadura*
ploto *cuerpo*
poduchca *almohada*
polear *copular*
polesño *útil*
*polillave *llave maestra*
ponimar *entender*
prestúpnico *delincuente*
privodar *llevar, conducir*
ptitsa *muchacha*
puglio *miedoso*
puschca *arma de fuego*

Q
quilucho *llave*
quischcas *tripas*

R
rabotar *trabajar*
radosto *alegría*
rascaso *cuento, historia*
rasdrás *enojo, cólera*
rasrecear *trastornar, destrozar*
rasudoque *cerebro*
rota *boca*
ruca *mano, brazo*

S
sabogo *zapato*
sacarro *azúcar*
samechato *notable*
samantino *generoso*
*sarco *sarcástico*

sasnutar *dormir*
scasar *decir*
*scolivola *escuela*
scorro *rápido*
scotina « *vaca*»
scraicar *arañar*
scvatar *agarrar*
schaica *pandilla*
scharros *nalgas*
schesto *barrera*
schiya *cuello*
*schlaga *garrote*
schlapa *sombrero*
schlemo *casco*
schuto *estúpido*
*silaño *preocupación*
siny *cine*
sladquino *dulce*
slovo *palabra*
sluchar *ocurrir*
slusar *oír, escuchar*
smecar *reír*
smotar *mirar*
snito *sueño*
*snufar *morir*
sobirar *recoger*
*sodo *bastardo*
soviet *consejo, orden*
spatar *dormir*
spachca *sueño*
spugo *aterrorizado*
staja *cárcel*
starrio *viejo, antiguo*
straco *horror*
subos *dientes*
sumca *mujer vieja*
svonoco *timbre*

svuco *sonido, ruido*
synthemesco *droga*

T
talla *cintura*
*tastuco *pañuelo*
tolchoco *golpe*
tri *tres*
tuflos *pantuflas*

U
ubivar *matar*
ucadir *irse*
uco *oreja*
uchasño *terrible*
umno *listo*
usy *cadena*

V
varitar *preparar*
veco *individuo, sujeto*
*velocet *droga*
vesche *cosa*
videar *ver*
vono *olor*

Y
*yajudo *judío*
yama *agujero*
*yarboclos *testículos*
yasicca *lengua*
yecar *conducir un vehículo*